

Aguascalientes

José Luis Jacques
Tokio 207
Fracc. del Valle 2ª Sección
20089 Aguascalientes, Ags.
Tels.: (449) 870 54 55 ó 816 89 40

Baja California Norte

David Ungerleider K.
Ave. Centro Universitario 2501
Playas de Tijuana, (Apdo. Postal 185)
22200, Tijuana, B. C.
Tel.: (664) 630 1577 Ext. 205

Colima

Cruzare S.A., Atn: Salvador Cruz A.
Abasolo 79
28000 Colima, Col.

Guanajuato

Dr. Arturo Lozano Madrazo
CESCOM
Fray Daniel Mireles 416
San Pedro de los Hernández
37280 León, Gto.
Tel.: (477) 771 41 59

Nuevo León

Mariela Gómez García
Brillantes 111
Col. Pedregal del Valle
66280 Garza García, N. L.
Tel.: 35 17 10
Marianela Madrigal Hinojosa H.S.S.
Espinosa Ote. 851
64000 Monterrey, N. L.
Tel.: (81) 83 43 25 30

Oaxaca

P. Juan Ruiz
Parroquia de los Siete Príncipes
González Ortega 415
68000 Oaxaca, Oax.
Tel.: (951) 516 34 58

Tabasco

Miguel Ángel García Trinidad
Av. Madero 645
86000 Villahermosa Tab.
Tel.: (993) 31 20 9 18

Yucatán

Nancy Walker y M. Cristina Muñoz
Calle 31 N° 200A
García Ginerés
97070 Mérida, Yuc.

Christus, Teología y Ciencias Humanas

Número 740 Año LXIX, Enero-Febrero, 2004.

Editor: Luis G. del Valle/Centro de Reflexión Teológica, A.C.

Director: Luis G. del Valle.

Administradora: Magdalena Cubas Carlín.

Consejo de Redacción: Raúl Cervera, Magdalena Cubas C., Abel Fernández, Luis Arturo García, Mario Armando González, Omar David Gutiérrez Bautista, Enrique Maza, Sebastián Mier, Ángel Sánchez Campos, Luis G. del Valle.

Consejo Asesor: Miguel Álvarez G., José Álvarez I., Rafael Álvarez, María Luisa Lalinde, Mario Monroy, Rebeca Montemayor, Luis Ramos, Javier Riojas, Alfredo Zepeda.

Diseño: Jorge Arturo Vargas López

Diagramación: Mireya Guadalupe Salvatierra Salinas.

Suscripciones: Mireya Guadalupe Salvatierra Salinas y Amelia Jasso Castañeda

Una publicación del Centro de Reflexión Teológica, A.C. y órgano de la diócesis de la Tarahumara. Está registrada como artículo de 2ª clase en la Administración de Correos N° 1 de México, D.F., el 3 de enero de 1936. Registro de Propiedad Intelectual en la SEP, N° 998, otorgados ambos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas de la Secretaría de Gobernación, el día 15 de julio de 1982. Permiso N° 0020136, características: 228241205.

Autorizado por SEPOMEX. Registro postal PP09-0074, publicación bimestral. A partir del 1 enero 2004, cada número: \$50.00, suscripción anual (seis números) para el país: \$390.00, \$1045.00 por tres años; para América Latina y África (correo aéreo): 50 dls.; para otros países: 70 dls.

Librería: Miguel Laurent 340-A, Col. del Valle, Benito Juárez, 03100 México, D.F.;

Tel.: 55 59 61 55, 55 59 61 56, **Fax:** 55 59 54 84

Correspondencia: Apdo. 21-272
Coyoacán
04021 México, D.F.

Correo-e: christus@sjsocial.org

Página WWW: <http://www.sjsocial.org/crt/christus.html>

Impresa en Fototipo, S.A.

Las opiniones expresadas en la revista son responsabilidad de sus autores.

Puede reproducirse en revistas cualquier material, si se cita la fuente, y después se nos envían dos ejemplares de la publicación.

El Consejo de Redacción se reserva el derecho de publicación de artículos recibidos.

Las fotografías son cortesía de: Luciano Plascencia y archivo CRT.

El profetismo de la vida religiosa es el tema del cuaderno de este número. En teoría la frase es un pleonismo. La vida religiosa nació como profética. Vida religiosa entendida en el sentido de la vida de las órdenes y congregaciones religiosas desde sus antecedentes en los eremitas que se fueron al desierto para dejar el sistema económico y social en que vivían, y luego los cenobios y los monasterios, y luego otras formas como los mendicantes o los clérigos regulares. Formas diversas de salirse del sistema. Al principio sin intención ninguna de cambiarlo ni de influir en él ni en la estructuración o modelo de Iglesia. Luego y de diversas maneras algunos influyeron en cambios estructurales de la sociedad y de la Iglesia por opción deliberada o sin pretenderlo, por el simple contraste entre el modo de vida evangélico y el de este mundo en que vivimos.

El profeta pronuncia su palabra desde el proyecto de Dios: que los humanos se reconozcan entre sí y vivan como hermanos, y de esa manera lo reconozcan a Él como Padre universal y único. Palabra que es también juicio sobre lo que de hecho se vive que no es de ninguna manera la fraternidad; juicio contra el fundamento de nuestra actual sociedad, que es la ganancia en todas las situaciones.

La vida religiosa nació profética. Vale la pena ahora reflexionar en base a la pregunta sobre si lo sigue siendo. Y esto es lo que los artículos del cuaderno de este número van haciendo. Y en dos formas: por medio de discursos doctrinales y por medio de experiencias. Todos los autores son de la vida religiosa. Remito a la introducción al cuaderno para que el lector vea en lo concreto una descripción somera de los artículos más doctrinales y de los dos más experienciales. ¿Puede ser profética una orden o congregación religiosa que se ha instalado ya en el sistema económico y social? En esta pregunta se expresan las consideraciones principales que atraviesan todo el cuaderno: si la vida religiosa se ha instalado ya y si en esas condiciones puede seguir siendo profética.

Están también dos colaboraciones:

Una de Víctor Codina sobre la Iglesia y el poder. En cierto modo está dentro del tema del cuaderno, aunque visto desde el reverso. «¿cómo se concilia esta visión de Iglesia poderosa con el evangelio, con la opción por los pobres, con la kénosis de Jesús (Flp 2,7), con su mansedumbre y humildad (Mt 11,29), con su entrada en Jerusalén en un pollino como Mesías manso (Mt 21, 5), con su misterio pascual hecho de cruz y de resurrección?» Esta es la pregunta central.

La otra es de carácter testimonial sobre el conjunto de la vida visto desde una edad avanzada. Los editores de la revista *Sal terrae* le pidieron a cuatro personas «sabias y maduras» que relataran los principales cambios de su vida con breve explicación de los modos como los afrontaron. Una de esas personas fue Luis del Valle, y ésta es su colaboración, que ahora publicamos también aquí.

Las ayudas para las homilias vienen de la Misión por la fraternidad, que pidió lo de cuaresma a Sebastián Mier y lo de Pascua al mismo equipo de Cuernavaca que ya nos ha ayudado en la preparación de las homilias desde hace más de un año, casi dos. Sus nombres: José Luis Calvillo Esparza, Ignacio Martínez Espinoza y Ángel Sánchez Campos. ☩



En este número

EDITORIAL

CUADERNO

- 9 Mundo de hoy y profetismo de la vida consagrada
Camilo Maccise
- 15 Profetismo y vida consagrada: ser profeta en un cielo sin estrellas
Luis Arturo García Dávalos
- 19 Vida religiosa y radicalidad evangélica
Raúl Cervera
- 27 "Talitá Kum"
Muchacha, a ti te digo: ¡Levántate!
(Mc 5, 41)
Georgina Zubiría
- 36 El Cristo que ha cruzado mis fronteras
P. Flor María de la Trinidad
- 39 Hermanitas de Jesús
Betty Herrera

COLABORACIONES

- 41 Iglesia y poder
Víctor Codina
- 45 Por supuesto que he cambiado. Jesuita y Teólogo: mi persona y mi actividad
Luis G. del Valle

LIBROS

- 51 Christus y los libros.

PALABRA

- 53 La palabra a fondo
Misión por la Fraternidad
—Sebastián Mier
—José Luis Calvillo Esparza, Ignacio Martínez Espinoza y Ángel Sánchez Campos

Editorial

El Foro Social Mundial (FSM) se celebró en Mumbai, India del 16 al 21 de enero de 2004. Tres veces se había celebrado en Porto Alegre, Brasil a un ritmo anual. O sea, los años 2001, 2002 y 2003. Es un foro internacional formado por gente de la sociedad civil que comparte el común deseo de 'otro mundo' oponiéndose al neoliberalismo y dominación del mundo por el capital o cualquier otra forma de imperialismo y comprometida a construir una sociedad planetaria centrada en la persona humana. Como tal, el FSM no es una organización ni una plataforma bien definida con deliberaciones comunes con las cuales los participantes deban de estar de acuerdo. La idea básica, más bien, es crear un espacio para discutir alternativas, para intercambiar experiencias y fortalecer alianzas entre movimientos sociales, organizaciones de trabajadores, ONGs. Ser una oportunidad para todo aquel que respete tal espacio de encuentro.

Muchos son los aspectos y perspectivas que se pueden encontrar en este tan importante acontecimiento. Aquí nos limitamos a sólo uno: ¿Es eficaz, o sea, logra o puede lograr lo que pretende?

Pretende cambiar las relaciones sociales sin violencia. Ser eficaz y no forzar a nadie.

La fuerza del FSM está en que pueden participar todos los que estén interesados. Parece una contradicción decir que se trata de organizar la no organización. Lo que está detrás de esto se va entendiendo como una alternativa a las organizaciones de los poderes establecidos, en sus finalidades y en sus métodos y formas. Puesto que estos se mueven por intereses particulares de los mismos poderes, el FSM convoca y congrega a quienes buscan los intereses de todos; (así es el «otro mundo posible») y de modos que incluyan a todos sin violencia ni coerción que ejerzan unos sobre los demás.

Reto formidable porque organizar parece que es llevar a todos a un mismo fin y por un camino determinado por quien organiza. Pero se trata de organizar la no organización, en el sentido de que se ofrece un espacio y se ensayan caminos que no violenten a quienes por otra parte irán confluyendo en construir esa sociedad planetaria centrada en la persona humana y en contra de toda dominación.



El formato del FSM 2004 contempló actividades auto-organizadas además de las propuestas por los organizadores. Que las actividades organizadas oficialmente fueran el marco para las auto-organizadas al propio modo, como foros, encuentros, diálogos y otras manifestaciones no pre-vistas que surgirían (y de hecho surgieron) como espontáneamente.

Esta tensión de organizar-no organizar se manifestó ya desde el principio en dos propuestas. Un grupo de observadores lo expresan así:

Todos los discursos de apertura han compartido la crítica al orden económico y político internacional. Sin embargo, los enfoques y estrategias de los ponentes han sido diversos. Entre los contrastes más interesantes está el del brasileño Whitaker, uno de los padres del FSM y la escritora india Arundhati Roy.

Whitaker concibe el FSM como un espacio de debate, intercambio de experiencias y búsqueda de alternativas. Su intervención señaló que existen multitud de movimientos sociales. Muchísima gente en

todo el mundo está en contra de la globalización y aspira a construir otro mundo más justo. Se trata además de personas organizadas en multitud de movimientos sociales, ONGs, etc. El problema actual no es pues de cantidad. El problema es como actuar juntos, como ser fuerza social a nivel nacional y global. Las dificultades provienen de la multitud de movimientos e instituciones existentes, la diversidad de las situaciones de exclusión y pobreza que enfrentan y la diversidad de estrategias de actuación (las hay, por ejemplo, que atienden los efectos y las hay que optan por ir a las causas). El reto actual, en su opinión, es como puede articularse la sociedad civil organizada para incidir en las políticas económicas que gobiernan el mundo.



Frente a la visión del Foro como un espacio de análisis e intercambio, Arundhati Roy hizo una llamada a actuar como movimiento. Con un discurso cálido y claro que gustó en general al auditorio, centró su discurso en un ataque feroz al orden económico que gobierna el mundo. Enfrentados a las víctimas de la globalización, testigos de la exclusión que produce, los movimientos sociales no pueden seguir limitándose a criticar la globalización sino que es la hora de decir ¡BASTA! y pasar a la acción. Es necesario ir dando pasos y conseguir logros concretos. En esta llamada a la movilización, formuló una propuesta concreta: el boicot a las principales empresas que se han beneficiado de la reconstrucción en Irak. Para ello, ha propuesto difundir en el FSM el nombre de dichas empresas y sus sedes en todo el mundo.

Y el reto tan formidable de lograr que cambien las políticas públicas en modos democráticos con la participación de las multitudes y mayorías de los más pobres, de los sin casta, se vio también en la presencia

en gran cantidad de los adivasis y Dalits de la India sin voz en los foros y con su propia y potente voz de su humanidad.

No es previsible todavía cómo proseguirá este Foro. Quizá genere muchos otros foros o acontecimientos de otra forma y confluyentes hacia el otro mundo posible. La grandísima riqueza y diversidad cultural de la India fue muy patente. Y la del continente asiático todo. La colaboración entre América Latina y Asia se impone. Y por eso quizá habrá necesidad de más y más variados encuentros y ya no sólo con el formato del Foro Social Mundial como ha sido hasta ahora. ☐



¡SEÑOR, HAZ DE MÍ UN INSTRUMENTO DE TU PAZ!
SAN FRANCISCO de Asis

CUADERNO

Mundo de hoy y profetismo de la vida consagrada

Camilo Maccise, OCD

Profetismo y vida consagrada: ser profeta en un cielo sin estrellas

Luis Arturo García Dávalos, MSpS

Vida religiosa y radicalidad evangélica

Raúl Cervera, SJ

«Talitá kum»

Muchacha, a ti te digo: ¡levántate! (Mc 5,41)

Georgina Zubiría, RSCJ

El Cristo que ha cruzado mis fronteras

P. Flor María de la Trinidad, CS

Hermanitas de Jesús

Betty Herrera

Introducción al cuaderno

En el artículo *Mundo de hoy y profetismo de la vida consagrada*, Camilo Maccisse, hasta hace poco General de los Carmelitas, retoma algunas propuestas del documento *Vita Consecrata* de Juan Pablo II y del Documento de Puebla y, a partir de ahí, enfatiza el dinamismo simbólico de la vida religiosa —signo e instrumento—, y su correlato fundamental: la abolutez de Dios y su Reino. Queda claro, con esto, que las y los religiosos tienen una impronta profética que los impulsa a anunciar y denunciar. Siendo todo ello algo propio del Pueblo de Dios, en la vida religiosa se vive de una manera particular y, a su vez, esta peculiaridad ha ido adquiriendo diversos rostros, según los momentos históricos y el lugar social en que se concretiza.

Uno de los elementos que, en opinión del autor, caracterizan a la nueva situación es la necesidad de una «nueva ética» que responda más responsablemente a los vertiginosos cambios del momento presente.

A través de los votos, la vida religiosa reenfoca hoy sus canales de expresión: ante la secularidad, el secularismo y los movimientos de *revival* espiritual de carácter *light*, debe testimoniar las consecuencias solidarias y «terrenas» del amor cristiano; ante los movimientos de liberación, debe reafirmar esta dimensión central de la vida cristiana; ante un mundo dividido e injusto, las comunidades religiosas se convierten en signo de fraternidad y solidaridad; al interior de la Iglesia están llamadas a testimoniar los auténticos valores evangélicos y proclamar que el amor, el mayor de los dones carismáticos, es el gran principio rector del conjunto de ministerios, lo cual no excluye la realidad del conflicto.

En la reflexión, intitulada *Profetismo y vida consagrada: Ser profeta en un cielo sin estrellas*, Luis Arturo García Dávalos, Misionero del Espíritu Santo, parte de las aportaciones centrales de los profetas bíblicos: criticar, dismantelar y dinamizar, desde la perspectiva del restablecimiento de la justicia, especialmente en favor de los pobres, los huérfanos y las viudas. Ello le lleva a la pregunta acerca de cuál es la forma de profetismo que le corresponde encarnar a la vida religiosa en la situación presente.

Al reflexionar sobre esto, el autor encuentra que en este tiempo es corriente que sobrevengan dudas e inseguridad que llevan a posponer las decisiones; dudas que se refuerzan por el rechazo al conflicto que cada persona experimenta en su interior,

cuando decide enfrentar estas cuestiones vitales. Además, la radicalidad evangélica es un don y no un objetivo programable. Otros enemigos son la rutina y el aburguesamiento de las mismas congregaciones.

El autor considera que, en este momento, hay tres grandes cuestiones que salen al paso de la vida religiosa. En primer lugar está el problema del lenguaje más indicado para hablar de Dios y de Jesucristo en una forma comprensible y atractiva, en esta situación de tránsito cultural radical, cuya dirección no parece cabalmente definida. En segundo lugar salta la pregunta acerca de cómo se puede hablar de Dios en un escenario de pobreza generalizada y de iniquidad estructural. Lo tercero es la situación de pluriculturalidad y pluri-religiosidad que caracteriza a la situación presente, que lleva a preguntarnos por la presencia o ausencia de la revelación y la salvación en otras tradiciones religiosas y, consecuentemente, acerca del modo de entrar en relación, como cristianos, con ellas.

Para poder ser signos creíbles del Reino de Dios, los religiosos enfrentamos algunas exigencias: estar atentos a los cambios históricos; identificar cuidadosamente los rasgos propios de nuestros interlocutores; encontrar el lenguaje adecuado para hablar de Dios; fomentar la autocrítica; penetrar más a fondo en el fenómeno de la globalización.

Ante los desafíos del mundo actual la Iglesia arrastra algunos lastres que le impiden entrar en contacto. La vida religiosa no se encuentra en mejor situación, y el autor enumera algunas de las rémoras que le impiden ofrecer su modesta y, al mismo tiempo, trascendente contribución, así como algunos de los desafíos que enfrenta.

La siguiente reflexión, denominada *Vida religiosa y radicalidad evangélica*, escrita por Raúl Cervera, jesuita profesor de teología y pastoralista, gira en torno a la tesis de que esta radicalidad no consiste primariamente en la profesión de los tres votos que han caracterizado desde siempre a la vida religiosa, sino en la práctica del amor a Dios, a los demás seres humanos, y a la naturaleza, como aparece claramente en el Nuevo Testamento. Y ello se debe, ante todo, a que la radicalidad evangélica es un aspecto irrenunciable de la vocación al seguimiento de Jesús, al cual está llamado todo cristiano, es decir, todo el Pueblo de Dios.

En este cometido el discernimiento cumple una función indispensable. Con su ayuda se hace posible, por ejemplo, determinar cómo debe vivirse en cada momento concreto la «pobreza de convicción», uno de los rasgos centrales de todo seguidor de Jesucristo. Discernir, en definitiva, no es otra cosa que estar siempre atentos a la voluntad de Dios para realizarla, y en esto consiste, fundamentalmente, la obediencia.

Desde esta perspectiva puede entenderse mejor el significado histórico de la vida religiosa y, más específicamente, de los votos que en ella se emiten. Entre otras cosas, desempeñan un papel simbólico que pretende, precisamente, llamar la atención a un mundo cada vez menos sensible, para que perciba la presencia efectiva del don escatológico del Espíritu al interior del Pueblo de Dios, y cómo lo alienta y dinamiza, capacitándolo para recrear en los diferentes momentos de la historia los rasgos de Jesús. Esta es una de las formas centrales en las que la vida religiosa ejerce su profetismo.

Talitá kum, es el título de la siguiente contribución. Su

autora es Georgina Zubiría, Religiosa del Sagrado Corazón, profesora de Teología. El título está tomado del Evangelio de Marcos, 5, 41: «Y tomando (Jesús) la mano de la niña le dice: «*Talitá kum*» que quiere decir: «muchacha, a ti te digo, levántate».

La exposición parte de que la vida religiosa no se encuentra en una de sus mejores épocas, cierto,

pero también de que las crisis pueden ser el inicio de un nuevo esplendor.

El carisma de la vida religiosa ha presentado, a través de los siglos y en el momento presente, una diversidad asombrosa, que cada día va siendo mejor comprendida y valorada. Una fundamental es la que proviene de las diferencias de sexo y género.

Acallada durante siglos, es uno de los temas fundamentales en esta etapa de la historia.

Pero, para poder atinar en los caminos de futuro, es necesario enfrentar sin reservas los problemas actuales. Uno fundamental es el del miedo generado por «poner en práctica nuestro derecho a vivir el evangelio como personas adultas y en mayoría de edad», y que se experimenta, al menos en las congregaciones femeninas, ante quienes representan a la autoridad.

La prioridad absoluta de la vida religiosa es el seguimiento de Jesús y, para ello, hay que tener presentes las relaciones de éste con Dios, con sus contemporáneos, especialmente los que no contaban en su tiempo, y con sus

discípulos y discípulas. De Jesús nos sorprende su poder de transgredir leyes, las instituciones —por ejemplo la familia patriarcal—, para poner por encima de todo los deseos de Dios. También nos llama la atención su poder de atracción y fascinación que le lleva a formar un grupo de discípulos y discípulas, desde una perspectiva muy incluyente.



SAN IGNACIO DE LOYOLA EN SU CONVALECENCIA, LEÍA VADAS DE SANTOS Y MEDITABA

Jesús realiza su misión a través del ejercicio de su sensorialidad y la de otros, y constantemente desarrolla su capacidad de gozo y celebración. Su seguimiento, particularmente en el caso de las religiosas, exige la superación de los estereotipos femeninos y las represiones que la cultura patriarcal ha impuesto a las mujeres.

Ha habido una serie de cambios sociales que han impactado a la vida religiosa. Uno es la diversidad de oportunidades de realización profesional, social y personal que se han abierto a las mujeres en el presente. También comienza a contar el surgimiento de la perspectiva de género y la posibilidad de sacar a la luz las injusticias y abusos que se han cometido contra las mujeres y, en particular, contra las religiosas. La experiencia de autonomía financiera de muchas mujeres del presente lleva consigo otras decisivas consecuencias, entre otras, la posibilidad de libertad y autodeterminación. Todo ello impacta profundamente a la vida religiosa.

Las transformaciones que se experimentan en la identidad de la vida religiosa afectan a la espiritualidad, la práctica de los ministerios y la liturgia. Varios rasgos de la identidad femenina, corporal y espiritual, contribuyen a delinear aspectos centrales de la relación con Dios, con los seres humanos y con la naturaleza. De este modo crece la convicción de que las mujeres y, por ello, las religiosas son la expresión de la dimensión femenina de Dios. Su receptividad corporal, el ser portadoras del principio de la vida, su dimensión eucarística las lleva a vivir el ministerio de la interioridad, la apertura, el discernimiento y la verdad.

El cuaderno no termina con las anteriores contribuciones. Aparecen a continuación dos escritos más breves, caracterizados por su carácter testimonial. El motivo para incluir este otro género es que, si bien las elaboraciones doctrinales pueden ayudar a poner en orden nuestras ideas acerca de la identidad y la misión de la vida religiosa, las experiencias concretas de algunos religiosos y religiosas del presente nos pueden inspirar y mover a seguir caminando en nuestra práctica del discipulado cristiano.

En el primero, *El Cristo que ha cruzado mis fronteras*, Flor María de la Trinidad, sacerdote escalabrianiano y por tanto dedicado al trabajo pastoral con toda clase de migrantes, comparte cómo el servicio a los obreros y a los y las migrantes, en varias partes del mundo, ha ido configurando su identidad como religioso. Ha captado el fenómeno de la migración como la frontera de los atrevidos, del más allá. El estar «*in between*» (en medio), segunda naturaleza de toda persona que se aventura fuera de su patria, hace de él un receptor ideal del misterio de Dios que nos rebasa.

Es un Dios que rompe con toda tentativa de hacer de Él un museo, desde el sagrario hasta las estatuas, desde las rúbricas hasta las tradiciones. Es un Dios que sale del sagrario para asentarse en el sagrario de sus hijos, que transforma los templos en esquinas del encuentro en el peregrinar de sus hijos». El contacto íntimo con los migrantes hace que quien lo experimenta se convierta en un extranjero para muchos y un ciudadano del mundo y conciudadano de los

santos. Los votos religiosos adquieren entonces un sentido nuevo, muy profundo. Y la vida religiosa, de motivo de gloria, pasa a ser motivo de sospecha, de rechazo o de mofa.

En seguida nos adentramos en el mundo de quienes viven y sobreviven en las calles del centro de la ciudad de México, realizando muy diversas actividades y ocupaciones: «*drogadictos y dogradictas, sexoservidoras, indigentes, niños y niñas de la calle, ladrones, vendedores de sustancias psicoactivas, etc.*». En esto nos conduce Betty Herrera, hermanita de Jesús. La presencia de la vida religiosa femenina en este medio pretende encontrar alternativas que eviten todo paternalismo, que traten a las personas como agentes de su propio destino, y como capaces de vincularse con los demás más allá de la mera relación de dependencia. Todo ello va imprimiendo una huella imborrable en la vocación a la vida religiosa, y esta experiencia es lo que la autora acepta compartir con los lectores de *Christus*: «*vivir los votos no es cuidarme y apartarme de los peligros del mundo, sino vivir el Amor en toda su plenitud en relación con mis hermanos y hermanas, con todo el aporte y amenaza que esto conlleva*». ☐



SAN IGNACIO DE LOYOLA PREPÓSITO GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Mundo de hoy y profetismo de la vida consagrada

Camilo Maccise

Antiguo General de los Padres Carmelitas

El profetismo cristiano vivido y testimoniado en la vida consagrada se ha puesto de relieve en la reflexión teológico-pastoral de la época posconciliar. Este aspecto de la vida consagrada fue subrayado especialmente durante el Sínodo dedicado a ella, en 1994, y apareció en el documento postsinodal *Vita Consecrata*. La tercera parte del mismo le dedica el segundo apartado con el título: *Un testimonio profético ante los grandes retos*. Se trata, según el documento de «una forma de especial participación en la función profética de Cristo, comunicada por el Espíritu Santo a todo el Pueblo de Dios.»¹

La raíz de este profetismo particularmente acentuado en la vida consagrada se encuentra en el seguimiento radical de Jesús y «en la entrega a la misión que la caracteriza» y «se manifiesta en el testimonio profético de la primacía de Dios y de los valores evangélicos de la vida cristiana».² La vida consagrada es, hablando en general, un grupo de creyentes en el que la dimensión profética del cristiano se ha concentrado con fuerza caracterizadora. Desde sus orígenes los religiosos buscaron manifestar el absoluto de Dios y del Reino. El Concilio Vaticano II reconoció el significado profético de la vida consagrada cuando afirmó que ella *simboliza, prefigura, manifiesta, representa y proclama* los valores del Reino, convirtiéndose así en «símbolo que puede y debe atraer eficazmente a todos los miembros de la Iglesia a cumplir sin desfallecimiento los deberes de la vida cristiana».³

Por el bautismo los creyentes son enviados a trabajar por el Reino de Dios. Se les envía «como pueblo profético que anuncia el evangelio o discierne las

voces del Señor en la historia. *Anuncia* dónde se manifiesta la presencia de su Espíritu. *Denuncia* dónde opera el misterio de iniquidad mediante hechos y estructuras que impiden una participación más fraterna en la construcción de la sociedad y en el goce de los bienes que Dios creó para todos».⁴ La persona consagrada es un creyente bautizado que participa ya de esta consagración a Dios que le confiere una misión profética. Sin embargo, a través de la profesión de los consejos evangélicos quiere consagrarse más íntimamente al servicio de Dios y de los hermanos.⁵ Esta profesión de los consejos evangélicos no es otra cosa sino un modo peculiar de seguir a Jesús.

El testimonio profético de este seguimiento peculiar de Jesús se ha ido revistiendo de formas diversas de acuerdo con las circunstancias históricas, pero siempre para presentar de un modo u otro la alternativa del Reino; las exigencias radicales de un compromiso con sus valores; el radicalismo de una disponibilidad para la

vanguardia evangelizadora. El problema no está en el contenido del testimonio profético sino en el modo de presentarlo en las circunstancias cambiantes de la historia. Estas son diferentes en la misma época y van desde las de sociedades de abundancia y consumo hasta las de sociedades explotadas donde la injusticia mantiene en condiciones infrahumanas a amplios sectores de la población.

Al reflexionar sobre la dimensión profética de la vida consagrada en el mundo de hoy hay que evitar el caer en una mera conceptualización del sentido y de los alcances de su vocación profética. En efecto, su profetismo se hará realidad sólo en la medida en la que desde el proyecto de Dios, la vida consagrada y cada consagrada, *con su vida y con su compromi-*



1 *Vita Consecrata* (VC) 84.

2 *Ib.*

3 *Lumen Gentium*, (LG), 44.

4 *Documento de Puebla*, 267.

5 Cf. LG 44.

so evangelizador proclamen la Buena Noticia de Jesús y cuestionen todo aquello que se opone a ella.

Trataremos de analizar, en primer lugar, los principales desafíos que presentan el mundo y la Iglesia de hoy para, de este modo, poder comprender cuáles son en el momento actual las exigencias prácticas de un profetismo de la vida consagrada.

I. Principales desafíos del mundo a la iglesia de hoy

El profetismo de la vida consagrada está llamado a manifestarse —con todas sus limitaciones e imperfecciones— en la realidad concreta de cada época y de cada ambiente socio-cultural y eclesial. De otro modo se reduciría a una simple teoría sin incidencias prácticas. Por eso, es importante tener una visión de lo que caracteriza el mundo y la Iglesia de hoy. Se trata de los signos de los tiempos y de los lugares.

Un mundo en cambio y transformación permanentes

Los cambios en el mundo, como nos recuerda *Gaudium et Spes* en su introducción, son rápidos: hoy se dan en poco tiempo mutaciones que antes requerían siglos; universales: afectan a todo y a todos; profundos: alcanzan todo el ser humano y su realidad personal, familiar y social. Se puede hablar más que de una época de cambios de un cambio de época caracterizado por la modernidad y la postmodernidad, por el subjetivismo y las ideologías en crisis.

Aparecen también otras tendencias positivas como la conciencia del valor de la persona y de sus derechos fundamentales, la búsqueda de una nueva armonía entre el ser humano y la naturaleza, protección y defensa de la misma, la sensibilidad frente al problema de la vida, de la justicia y de la paz, la conciencia del valor de las propias culturas, la búsqueda de un nuevo orden económico internacional, el sentido creciente de la responsabilidad del ser humano frente al futuro, una nueva situación de la mujer en la sociedad, una mayor sensibilidad de las experiencias religiosas y místicas como medio para un proceso de liberación y de crecimiento personal, y al mismo tiempo un deseo auténtico de espiritualidad.

En particular se dan algunos fenómenos como la secularización, la liberación, la globalización y la nueva ética.

La secularización trae consigo una transformación de la relación del ser humano con la naturaleza, con

los otros y con Dios. Es el fenómeno de la desacralización que afirma la legítima autonomía de la persona, de la cultura y de la técnica. Esto origina algunos desequilibrios entre la autonomía del ser humano y la pérdida del sentido de la trascendencia (lo que conduce al secularismo), entre los valores religiosos y los nuevos mitos e ídolos. Por otra parte, se constata con frecuencia en diversas partes del mundo el fundamentalismo religioso que lleva consigo la negación de la libertad y la autonomía de la persona, de la cultura y de la técnica, así como la persecución de las minorías religiosas.

Otro fenómeno que no puede ignorarse es el de la liberación. Personas, grupos, pueblos y culturas no quieren ser objetos en mano de aquellos que detentan el poder. Desean ser protagonistas en una situación de igualdad, responsabilidad, participación y comunión. La toma de conciencia de la dignidad de la persona humana impulsa a buscar caminos de realización de la misma a través del ejercicio de sus derechos fundamentales eficazmente reconocidos, tutelados y promovidos. En este campo hay que insertar también el movimiento feminista que busca dar a la mujer el espacio que le corresponde en la sociedad y en la Iglesia. Y esto se vive cuando surgen nuevas formas de opresión, marginación y explotación de los más débiles, y frecuentemente se ven forzados a abandonar sus tierras y encontrarse como refugiados.

También caracteriza el momento actual el fenómeno de la globalización, tecnológica, económica, política, cultural. El mundo vive hoy un proceso de unificación a causa de la creciente interdependencia en todos los ámbitos. Aspectos positivos de la globalización: la posibilidad de una gran interconexión mundial, el acceso a la información y la disminución de las distancias que puede mejorar la calidad de la vida humana. Aspectos negativos: la búsqueda desmedida de la ganancia económica que reduce la persona a consumidor, que fuerza a los pobres a emigrar en busca de una vida digna, la creciente brecha entre ricos y pobres, la fractura de las culturas y de los modos de vida que la mundialización trata de uniformar. Frente a esto, la Iglesia, especialmente en sus documentos sociales, ha subrayado la dignidad de la persona humana y la dimensión familiar de la humanidad. Esta, «a pesar de estar desfigurada por el pecado, el odio y la violencia, está llamada por Dios para ser una sola familia.»⁶ Por ello el concepto de la individualidad de la persona debe ser completado con los de

⁶ JUAN PABLO II, *Mensaje para el día mundial de la paz* (2000) n. 2.

solidaridad y responsabilidad común, especialmente en relación a los pobres. De ahí que los bienes tengan una hipoteca social, es decir una intrínseca función social, «basada y justificada precisamente por el principio de la destinación universal de los bienes.»⁷ La globalización actual es una nueva manifestación del encuentro de los pueblos, que trae consigo esperanzas y temores, posibilidades y peligros. Puede ser un instrumento de diálogo o un instrumento de dominación.

A la base de los cambios está la crisis de la ética del pasado y la búsqueda de una nueva ética al margen de las instituciones religiosas. Una ética que relega Dios y la religión al ámbito privado. Asistimos al desarrollo de la bioética con las grandes posibilidades de la ingeniería genética. Se hace urgente una ética fundada en la dignidad de la persona humana creada por Dios, el único absoluto. Esta ética, partiendo de los principios fundamentales de la fe cristiana, debe ser una moral en actitud de búsqueda y reflexión desde el diálogo para acompañar a las personas en la toma de decisiones; una moral que escuche el clamor de los pobres y que sea profética, capaz de denunciar lo que se opone al proyecto de Dios y, al mismo tiempo de anunciar valores alternativos de la fe cristiana como fuente de amor y libertad auténtica.

Una situación nueva en la iglesia y en la vida consagrada

La iglesia, si exceptuamos los tres primeros siglos de florecimiento en el Medio Oriente, ha tenido rostro europeo hasta principios del siglo XX. Ahora, en cambio, casi tres cuartas partes de los cristianos viven en los países en vía de desarrollo. Esto trae consigo la exigencia de un paso de una actitud monocéntrica religiosa, cultural y teológica, a un pluricentrismo en estos campos; un paso de la unidad como uniformidad, a la unidad en la pluriformidad. Los mismos evangelios testimonian este pluralismo y abren a la continúa inculturación. Otro tanto acontece con la vida consagrada: hay que inculturarla.

La vida consagrada, «don divino, que la iglesia ha recibido de su Señor», «pertenece... a su vida y santidad.»⁸ existe en la Iglesia y para la Iglesia. Por eso, el modo de

entenderla y de vivirla depende en parte del modelo de iglesia que prevalece en una época. El Vaticano II nos enseñó a considerarla como parte del Pueblo de Dios, que vive en comunión, teniendo presente la revalorización de los laicos y el papel de la mujer en ella.⁹

Teniendo en cuenta estos desafíos culturales dados por una situación de exilio y esperanza, por un mundo en cambio y en permanente transformación, y por una nueva situación en la iglesia podremos comprender mejor en qué sentido y bajo qué condiciones se puede y debe vivir la dimensión profética de la vida consagrada.

II. Características del profetismo de la vida consagrada hoy

El testimonio profético de la vida consagrada tiene algunos canales de expresión que responden a los desafíos y que ayudan a enfrentar los retos del mundo y de la Iglesia de hoy. Estos canales tienen una dimensión personal y, sobre todo, comunitaria. Ambas se realizan en la experiencia de la limitación y de la impotencia frente a las tareas que desafían a quienes desean y buscan comprometerse en el trabajo por anunciar el proyecto de Dios y por hacerlo realidad en la historia. En la experiencia de su pobreza las personas consagradas descubren que su vocación profética se hace realidad en su papel de *signo e instrumento pobre y débil* para la realización del plan de Dios sobre la humanidad. El protagonismo de la vida consagrada y de sus obras en el pasa-



do, especialmente en ambientes de cristiandad, ha disminuido notablemente. Crece la conciencia de que lo que puede hacer es muy poco y que la vida consagrada necesita renovarse desde las raíces

⁷ *Sollicitudo rei socialis*, 42.

⁸ LG, 43-44.

⁹ Cf. VC 57-58.

evangélicas y de sus orígenes. «Si la vida religiosa ha de recobrar su ser, es imprescindible entender que su primer templo ha caído y que el segundo es endeble hasta la médula. Es imprescindible entender que se nos llama a un compromiso más nuevo y aún más profundo que el de hasta el presente; que estamos llamados a salir de nuestro escondite y entrar en la casa de Dios; de una piedad y perfección personalista a una oración profunda; del estado clerical al compromiso cristiano; del cenáculo al pie de la cruz. Y no volveremos a prosperar hasta que también nosotros vayamos ahí.»¹⁰

El testimonio profético de una espiritualidad evangélica

El fenómeno de la secularización pone de relieve la autonomía de la realidad terrena y es algo legítimo. «Si autonomía de la realidad terrena quiere decir que las cosas creadas y la sociedad misma gozan de propias leyes y valores, que el hombre debe descubrir, emplear y ordenar poco a poco, es absolutamente legítima esta exigencia de autonomía. No es sólo que la reclamen imperiosamente los hombres de nuestro tiempo. Es que además responde a la voluntad del Creador.»¹¹

La secularización puede desembocar y de hecho ha sucedido así, en el *secularismo*, es decir la negación de toda otra realidad que no sea la material y visible. Eso trae consigo el declive de la religiosidad, es decir, de las creencias y de las prácticas religiosas. Por otro lado, y con sorpresa, se asiste hoy al fenómeno de una regresión hacia formas más elementales y primitivas de lo religioso. Existe la fascinación de las ciencias ocultas. Magos, videntes, astrólogos pululan en las sociedades desarrolladas.

Ante esta doble vertiente de la negación de lo trascendente y de la búsqueda de lo sagrado que conduce a una espiritualidad «light» y «a la carta», la vida consagrada está llamada a testimoniar las exigencias de la auténtica espiritualidad cristiana en la que la experiencia de Dios se da en la vida e implica un compromiso con el hermano; en la que la oración es una escucha de Dios para servir al prójimo; en la que lo natural está unido a lo sobrenatural, lo personal a lo social.

La vocación profética de la persona consagrada le exige testimoniar la presencia de Dios en la historia. En lo positivo y en lo negativo. Una presencia-pre-

sencia en lo que hay de bueno; en los signos de esperanza; en los momentos de plenitud. Una presencia-ausencia que cuestiona e interpela en las situaciones de muerte. En ellas aparece como el Dios de la vida. Una presencia por ausencia también en el triunfo aparente del mal. Allí aparece Dios como alguien totalmente diverso e incomprensible. De manera particular, la persona consagrada debe ser hoy alguien que experimenta la presencia cuestionadora de Cristo en las personas, especialmente en los más pobres (cf. Mt 25, 31-46). Ellos reflejan —cualquiera que sea su situación moral— el rostro humano y sufriente de Jesús y recuerdan sus opciones concretas que destruyen las vanas ilusiones de un falso espiritualismo. Por eso la presencia de Jesús en los pobres evangeliza a los evangelizadores y los capacita para un testimonio profético desde la esencia del evangelio, que se resume en el amor a Dios y al hermano. Así podrá ser auténtico profeta que no se limita a transmitir verdades o dogmas sino que comunica y proclama la experiencia del Dios de nuestro Señor Jesucristo y sus exigencias. «La espiritualidad privatizada no servirá. En cambio sí que hace falta una gran espiritualidad, una vida de oración profunda y regular, y quizá más que nunca el apoyo de una comunidad espiritual.»¹²

El testimonio profético del compromiso con la liberación integral

Los anhelos de libertad y liberación, fruto de la conciencia de la dignidad humana, exigen un compromiso de todas las personas de buena voluntad en la defensa y promoción de los derechos humanos. La vida consagrada, si quiere ser fiel a su profetismo, no puede permanecer ajena a estos desafíos y debe trabajar por la defensa de la dignidad de las personas, creadas a imagen de Dios y llamadas a la transformación en El. San Juan de la Cruz invita a considerar la grandeza del ser humano que tiene esta vocación de vivir la vida divina, por eso afirma: «un solo pensamiento del hombre vale más que todo el mundo, por tanto, sólo Dios es digno de él».¹³

En la profesión de los consejos evangélicos vividos con madurez humana y cristiana en su aspecto de consagración y de misión, la persona consagrada experimenta la fuerza liberadora de Jesucristo y puede comprometerse con los procesos de liberación integral. La consagración religiosa permite tener una disponibilidad para correr los riesgos del anuncio y de la denuncia proféticos y una libertad evangélica para realizarlos: «Gracias a su consagración religio-

10 J. CHITTISTER, OSB, *La caída del templo. Llamamiento a la Formación*. En *Informativo CIRM*, julio-agosto 2002, p. 13.

11 *Gaudium et Spes*, 36.

12 J. CHITTISTER, a.c., p. 17.

13 *Dichos de luz y amor*, 34.

sa, ellos son voluntarios y libres para abandonar todo y lanzarse a anunciar el Evangelio hasta los confines de la tierra [...] se les encuentra no raras veces en la vanguardia de la misión afrontando los más grandes riesgos.»¹⁴ La consagración religiosa permite y exige que el religioso esté presente en el desierto donde de hecho no está nadie, en la *periferia*, donde no hay poder sino impotencia y en la *frontera* donde mayor puede ser el riesgo y donde más necesaria es la actividad profética.¹⁵

La radicalidad de la consagración religiosa es, en sí misma, un anuncio y una denuncia proféticos. El voto de *pobreza* que lleva a compartir los bienes y a trabajar por la justicia anuncia la función de las cosas materiales que es la de ser lugar de encuentro con Dios y con los hermanos. Denuncia, al mismo tiempo, el uso que de los bienes se hace para prestigio y poder en la sociedad. Esto va contra el plan de Dios que otorga los bienes al ser humano para utilidad de todos.¹⁶ Esta pobreza evangélica antes aún de ser un servicio a los pobres «contesta enérgicamente la idolatría del dinero, presentándose como voz profética en una sociedad que, en tantas zonas del bienestar, corre el peligro de perder el sentido de la medida y hasta el significado mismo de las cosas.»¹⁷

La *castidad consagrada* al servicio del Reino anuncia la alianza liberadora de Dios con el ser humano y su llamado a la fraternidad y denuncia todo lo que separa de ella y se opone a la solidaridad universal deformando el sentido y las exigencias del auténtico amor.¹⁸ En un mundo donde se abre paso la cultura hedonística, que separa la sexualidad de cualquier norma moral objetiva y la reduce a mero juego y objeto de consumo que favorece la idolatría del instinto, la castidad consagrada, vivida como don ofrece el testimonio profético de un amor radical y universal, «que le da la fuerza del autodomínio y de la disciplina necesarios para no caer en la esclavitud de los sentidos y de los instintos.»¹⁹

La *obediencia religiosa*, vivida en su dimensión de búsqueda comunitaria de la voluntad de Dios junto con quienes tienen el servicio de autoridad, puede y debe aparecer como el anuncio del camino para resolver evangélicamente el problema que surge en-

tre una libertad individualista y una autoridad totalitaria en las relaciones humanas. Comprometiéndose en la búsqueda fraterna de los caminos de Dios, la persona consagrada denuncia ese tipo de libertad y de autoridad. Testimonia que la auténtica libertad debe tener en cuenta el bien de los otros y que el sentido de la autoridad es el servicio para que todos puedan crecer en su dignidad de hijos e hijas de Dios.²⁰ Ante el uso deformado de la libertad que conduce a la injusticia y a la violencia, la obediencia consagrada testimonia que no hay contradicción entre obediencia y libertad cuando se trata de imitar a Cristo, abierto a la obediencia a los caminos del Padre. En efecto, la actitud de Cristo, «desvela el misterio de la libertad humana como camino de obediencia a la voluntad del Padre y el misterio de la obediencia como camino para lograr progresivamente la verdadera libertad.»²¹

Vistos de este modo, los votos se sitúan proféticamente dentro del proyecto de Dios: la *obediencia* como testimonio de la necesidad de vivir como hijos de Dios en el cumplimiento responsable de la propia vocación y misión y como trabajo por los derechos humanos y por la defensa de la dignidad de las personas; el voto de *castidad* como concretización de la nueva fraternidad en Cristo y como empeño en la lucha por la igualdad en las sociedades discriminatorias; el voto de *pobreza* como austeridad, solidaridad y libertad en el uso de los bienes y, al mismo tiempo, como compromiso con la justicia en la sociedad.

El testimonio profético de la fraternidad en un mundo dividido e injusto

La dimensión profética de la vida consagrada exige, igualmente, comunidades más evangélicas como expresión de la presencia del Señor que crea la comunión entre los creyentes. La comunidad fraterna de los religiosos puede ser un signo profético y un fermento de comunión entre los seres humanos y de co-participación de los bienes de Dios.²² «Situadas en las diversas sociedades de nuestro mundo —frecuentemente laceradas por pasiones e intereses contrapuestos, deseosas de unidad pero indecisas sobre las vías a seguir— las comunidades de vida consagrada, en las cuales conviven como hermanos y hermanas personas de diferentes edades, lenguas y culturas, se presentan como signo de un diálogo siempre posible y de una comunión capaz de poner en armonía las diversidades. Las comunidades de vi-

14 *Evangelii nuntiandi*, 69.

15 Cf. J. SOBRINO, *Resurrección de la verdadera Iglesia* (Santander, 1981), p. 335.

16 Cf. *Documento de Puebla*, 747.

17 VC 90.

18 Cf. *Documento de Puebla*, 749.

19 Cf. VC 88.

20 Cf. *Documento de Puebla* 74.

21 VC 91.

22 Cf. *Documento de Puebla*, 753.

da consagrada son enviadas a anunciar con el testimonio de la propia vida el valor de la fraternidad cristiana y la fuerza transformadora de la Buena Nueva.»²³

En la línea profética, se requiere que las comunidades tengan un estilo de vida más simple y que, al mismo tiempo, estén cercanas al pueblo para que su testimonio se purifique y se haga inteligible. Junto con la sencillez y cercanía en relación con el pueblo, la comunidad de vida consagrada necesita vivir relaciones más profundas entre sus miembros. Y una caridad realista y concreta que, en un mundo de egoísmo, injusticia, odio y división, anuncie la presencia y la acción de Dios que reconcilia y fraterniza y denuncie las divisiones y opresiones. Al renovar cotidianamente, en medio de las inevitables y necesarias dificultades de la vida fraterna, el ideal de comunión de amor, la comunidad de vida consagrada ofrecerá un testimonio profético y dará razón de su esperanza, señalando a los demás la meta a la que Dios nos llama en Cristo.

El testimonio profético de la vida consagrada en la Iglesia

El testimonio profético de la vida consagrada es también un servicio dentro de la Iglesia, pero debe vivirse en una perspectiva de comunión eclesial que no se ve libre de tensiones y dificultades. Con realismo espiritual y sin pretensiones de exclusivismo las personas consagradas están llamadas a proclamar con su vida los valores esenciales del Evangelio que la Iglesia no puede olvidar y a denunciar lo que en la misma Iglesia puede oponerse a ellos.

Tenemos en la Iglesia, por voluntad del Señor, dos aspectos inseparables y necesarios, el aspecto institucional y el aspecto carismático-profético. Ambos son fruto de carismas dados por el Espíritu gratuitamente para el bien de la comunidad. Carismas son tanto los *ministerios institucionales* como los *no-institucionales*. Son dados para la edificación del Cuerpo de Cristo. Por ello, no se puede atacar lo institucional en nombre de un falso espiritualismo, como tampoco aplastar los carismas no-institucionales en nombre de un orden y organización jurídicas.

El amor cristiano, que es el mayor de los carismas (1 Cor 12,31), viene a ser el gran principio coordinador de todos los dones que comunica el Espíritu. Este amor lleva a reconocer en los carismas de los demás las dimensiones reales del propio y a no estimarse más de lo que conviene (cf. Rom 12,3). Una coordinación de los carismas requiere también de la direc-

ción apostólica. A la autoridad en la Iglesia corresponde el juicio sobre su autenticidad y ejercicio.

Esta coordinación y unión entre los carismas no excluye el contraste y las tensiones entre ellos. Cada don es diferente. Lo que uno tiene no lo posee otro. De ahí que el ejercicio de los carismas lleve consigo la *cruz* y el *sufrimiento*. Un don es limitado por otros dones. El mismo Espíritu que suscita los carismas permite la oposición a ellos para la *purificación* de quienes los han recibido y para que adquieran la dimensión pascual, signo de autenticidad evangélica. De aquí surge la necesidad de *desdramatizar* los conflictos y tensiones y de asumirlos sin amargura y con una esperanza activa y un sano sentido del humor.

Hay que vivir una *espiritualidad de las tensiones y del conflicto*. Hay que aceptar las tensiones no crearlas y admitir que ellas pueden ser fruto también de nuestros pecados. Todos debemos hacerlo: obispos, sacerdotes, religiosos/as y laicos. «Haya unidad en lo necesario, libertad en lo dudoso, caridad en todo.»²⁴ Para ello se requiere un diálogo entre todos los miembros de la Iglesia.

Carismas e institución se necesitan mutuamente. Hay que integrar las tensiones entre estas dos realidades complementarias poniéndolas al servicio de las tres grandes dimensiones del Espíritu: comunión, libertad y parresía y abriéndose al «camino más excelente» del amor (1 Cor 12,31).

Conclusión

La exhortación apostólica *Vita Consecrata*, resume en un breve párrafo los elementos de un profetismo de la vida consagrada en el mundo de hoy: «En nuestro mundo, en el que parece haberse perdido el rastro de Dios, es urgente un audaz testimonio profético por parte de las personas consagradas. Un testimonio ante todo de la afirmación de la primacía de Dios y de los bienes futuros, como se desprende del seguimiento y de la imitación de Cristo casto, pobre y obediente, totalmente entregado a la gloria del Padre y al amor de los hermanos y hermanas. La misma vida fraterna es un acto profético, en una sociedad en la que se esconde, a veces sin darse cuenta, un profundo anhelo de fraternidad sin fronteras. La fidelidad al propio carisma conduce a las personas consagradas a dar por doquier un testimonio cualificado con la lealtad del profeta que no teme arriesgar incluso la propia vida ... Las personas consagradas serán fieles a su misión en la Iglesia y en el mundo en la medida que sean capaces de hacer un examen continuo de sí mismas a la luz de la Palabra de Dios. De este modo podrán enriquecer a los demás fieles con los bienes carismáticos recibidos, dejándose interpelar a su vez por las voces proféticas provenientes de los otros miembros eclesiales.»²⁵

24 *Gaudium et Spes*, 92.

25 VC 85.

23 VC 51.

Profetismo y vida consagrada: ser profeta en un cielo sin estrellas

Luis Arturo García Dávalos, MSpS
Coordinador de la pastoral de «EL ALTILLO»

El profetismo

Conviene precisar que, así como en otros tiempos al referirnos a la vida consagrada se hablaba para caracterizarla de contemplativa y activa; secular o clerical; de coro o legos, etc., sin que dejen de existir esas caracterizaciones, hoy la vida consagrada se va caracterizando más por la perspectiva de género. La vida consagrada femenina tiene elementos comunes que la caracterizan y va tomando autonomía de la vida consagrada masculina que la configuró —a veces tan negativamente— a lo largo de la historia. Por eso creo que es importante tener en cuenta que las presentes reflexiones son vistas desde una perspectiva masculina, que busca incluir también a nuestras hermanas consagradas, las cuales nos desafían siempre con su entrega sencilla y su profetismo.

El punto de referencia para calibrar la buena relación del pueblo con Dios es el bienestar de la nación entera, es decir, la salud del pueblo todo, en términos políticos, económicos, sociales y religiosos; la coherencia de cada uno de estos elementos con respecto a los demás significa una situación de justicia, rectitud, fidelidad, misericordia y paz, situación que se celebra religiosamente en el culto como reconocimiento de que todo viene de Dios, de que el pueblo se sabe religado a su Dios, de que la alianza tiene vigencia y cumplimiento por ambas partes.

Los profetas constituyen el barómetro o calibrador de esta relación en momentos **coyunturales** de la historia del pueblo. Desde lo más profundo de la tradición recibida y experimentada (es decir, vivida, más que escrita), leen la coyuntura de su tiempo, son sensibles a los síntomas de ruptura y sus consecuencias, y pronuncian el reclamo de parte de Dios.

Todo reclamo de justicia pretende ante todo, el **restablecimiento** de la justicia, lo cual significa suspensión del mal desde su fuente hasta sus consecuencias últimas y particulares (en el pobre, la viuda y el huérfano).

El profetismo en su realidad simbólica, con una fuerte carga existencial, y que implica tres verbos que le son esenciales: **crítica**, evidenciando los dinamismos de muerte que le rodean; **desmantela**:

encarnando en primer lugar en la vida del profeta, una nueva jerarquía de valores, que vislumbra son los que Dios le exige a él y a su tiempo; y **dinamiza**, proponiendo un imaginario alternativo con sus consecuentes modos de relación a partir de esos valores, sobre todo con acciones simbólicas que sacuden violentamente el imaginario de su tiempo (Cf. Jer 1,10).

La vida consagrada por origen, historia y vocación está llamada a ser profética. Y el profetismo, como vemos en los testimonios de la Escritura, no es una vivencia unívoca, sino multiforme. Tampoco es una experiencia «light», «buena onda». Supone un drama existencial de carga y desgaste, aunque sea para consolar y animar a un pueblo desgastado por la lucha. Por tanto, surge la pregunta de qué tipo de ministerio profético estamos por vocación los religiosos llamados a construir ante los desafíos de un mundo globalizado, que nos hace a veces sentir que estamos llegando tarde.

El consagrado como profeta

Cuando reflexiono sobre mi profetismo como religioso, tengo que reconocer que mis limitaciones no están en la capacidad crítica de comprensión de la realidad, ni en la capacidad receptiva de los demás. Las limitaciones provienen más bien de mi propia inseguridad acerca precisamente de estas intuiciones, acentuadas por el cambio de época en que vivimos. Descubro que soy tan burgués y obstinado como cualquiera de las personas con las que pueda ejercer mi ministerio profético. Que, al igual que la mayoría de ellos, tampoco yo estoy seguro de que el camino del acomodamiento seguro sea el adecuado y que a veces tampoco estoy seguro de que la comunidad alternativa que incluye a los pobres, a los hambrientos y a los afligidos sea verdaderamente el signo del futuro de Dios. Se nos aplica lo de que «como sea el pueblo, así será el sacerdote» (Os 4, 9).

Esta es muy probablemente hoy la situación de muchos de los que somos consagrados, con deseos de ser profetas, y no hay forma de salir proféticamente

sin experimentar un profundo dolor. Lo cual nos revela un dato que a veces no somos muy conscientes: jamás un profeta ha dado a luz un mensaje sin librar una batalla consigo mismo, sin un conflicto serio consigo mismo, incluido el propio Jesús (Lc 6,22-23). Y esto, además, nos recuerda que una fe tan radical, de ser una especie de opinión pública, no es algo que se conquista, porque, si así fuera, bastaría con desearlo para realmente ser radical. Es más bien un don, donde a nosotros nos toca dejarnos conducir, superar nuestros miedos y por fidelidad al Dios que nos llamó, manifestar lo que descubrimos no va de acuerdo a su proyecto.

El profetismo de la vida religiosa sufre hoy el desgaste ocasionado por la rutina cotidiana de un activismo que no podemos ignorar, fruto del adelgazamiento del personal disponible para sostener las obras congregacionales; tal vez esa tensión diaria pueda reducirse, pero en ningún caso puede ser ignorada. Además el profetismo tiene que darse desde congregaciones burguesas, cuando no absolutamente inflexibles, en las que no se da una especial apertura o siquiera búsqueda al ministerio profético, sino más bien el signo es el del miedo y el de un retorno a la seguridad institucional del colegio, el centro de pastoral, el hospital, las obras propias, etc.

Una imagen de lo que puede pasar a la vida consagrada —y temo que ya está pasando— es lo que podemos ver hoy en Francia, en lo que fue la esplendorosa abadía de Cluny, cuna de la reforma cluniacense del siglo X, que buscó revisar las estructuras de la vida monástica para evitar la relajación y la acumulación del poder. Sin irse a fondo, en el siglo XI, en la misma abadía surge una nueva reforma impulsada por San Bernardo de Claraval. Para el siglo XIX Cluny ha desaparecido y hoy el camino a la villa de Cluny pasa intencionalmente por en medio de lo que fue la nave de la abadía. Creo que algo parecido nos puede pasar a los religiosos hoy. Que la carretera de la globalidad pase por en medio de nuestras estructuras decadentes que sólo queremos retocar levemente.

En América Latina y el Caribe afortunadamente hay hombres y mujeres que reflexionan y proponen con su vida sobre nuestro profetismo. Como dice Elsa

Tamez «aunque parezca paradójico, es posible hablar de «inmensidad» en medio de la Ausencia»¹ y esto es lo que humildemente les comparto².

Nuestro profetismo como religiosos quiere ser la respuesta de Jesús y su Evangelio, interiorizado a la luz del Magisterio de la Iglesia, a las preguntas que agitan a la humanidad en el contexto de los cambiantes tiempos, lugares y ámbitos culturales. El planteamiento de las preguntas (condicionará en algo las respuestas, pero no condiciona la respuesta, que es ser memoria viviente del modo de ser de Jesucristo) exige de nosotros una nueva búsqueda de las cosas nuevas y antiguas que tiene el arca de la Buena Noticia (Mt 13,52).

Cuando cambian las preguntas, se renuevan y en cierto sentido también cambian las respuestas. Por eso, importa a la vida consagrada de inicios de milenio identificar cuales son los grandes interrogantes que la emergencia de una conciencia planetaria y de un mundo globalizado le dirigen. Identificadas las preguntas, entonces si pueden lanzarse en la búsqueda de respuestas proféticas capaces de hacer de la Palabra de Dios salvación para nosotros hoy³. Tres grandes preguntas al profetismo emergen de nuestro mundo globalizado:

1. ¿Cómo hacer comprensible la Buena Nueva del Reino de Dios a la humanidad en el mundo de la increencia? ¿Cómo hablar de Dios en el contexto de un mundo globalizado y de una modernidad en crisis? ¿Cuál es el lenguaje adecuado capaz de comunicar el acontecimiento salvador de Jesús hoy?

En América Latina la teología de la liberación buscó hacer comprensible la fe en el contexto del Continente. Sin embargo, como es una teología que se



1 TAMEZ ELSA, *Leyendo la Biblia en un cielo sin estrellas en Comentario Bíblico Latinoamericano (Nuevo Testamento)*, Verbo Divino, Estella 2003, p. 9.

2 Cf. CELAM: *Globalización y Nueva Evangelización en América Latina y el Caribe*, Colección Documentos 165, Bogotá 2003, nn. 350-414

3 Cf. CONC. ECUM. VAT. II, *Dei Verbum*, 1.

articula desde una racionalidad moderna, ahora en crisis, también ella se quedó corta en muchos aspectos para iluminar y responder a los nuevos interrogantes. Por eso la encontramos hoy buscando nuevas formas de expresión del cristianismo desde la nueva racionalidad emergente, que sobrepasa los límites de la razón—técnica—instrumental, que busca integrar igualmente la razón subjetiva y comunicacional, en especial la alteridad como gratuidad y la dimensión sabática de la existencia.

2. ¿Cómo hablar de Dios en un mundo de «crucificados»? ¿Cómo entender la Historia de la Salvación en la historia humana marcada por la injusticia? ¿Qué tiene que ver el cristiano con el pobre? ¿Qué tiene que ver la fe cristiana con una pobreza estructural? ¿Cómo predicar la Resurrección a quienes su vivencia del presente les ha robado la esperanza de un futuro mejor? La experiencia de Dios y la reflexión sobre Él, que quiere sacar a su pueblo de toda esclavitud, y que culmina en la instauración de su Reino y de su justicia —Reinado de Dios en Jesucristo—, es ya también patrimonio teológico de otros continentes.

Particularmente en América Latina, urge ampliar el concepto de pobre de modo que pueda abarcar todo el mundo de la insignificancia, de aquellos grandes contingentes humanos de los cuales el mundo globalizado prescinde. Se trata de las víctimas de toda suerte de exclusión y discriminación, además de lo económico, por cuestiones de lengua, cultura, procedencia, edad, sexo, etc., que prolongan la pasión de Cristo en el mundo de hoy. Habría que tener en cuenta también a los esclavos del consumismo, del materialismo, del relativismo ético, de la corrupción, de la angustia y del secularismo. Esta pregunta desafía a la Iglesia a no tener miedo de seguir mostrando que el sufrimiento, el dolor y la muerte son camino de resurrección. Desde esta perspectiva fundamental de la fe, cobra nueva fuerza la credibilidad del propio Evangelio en cuanto «vida en plenitud» (Cf. Jn 10,10).

3. La cuestión de pluralismo cultural y religioso. La globalización presenta las diferentes culturas y religiones como realidades presentes desde hace siglos o milenios y de gran relevancia. Además, somos conscientes de la libertad de conciencia y de la libertad religiosa. Ese pluralismo invade, primero virtualmente y después realmente, a un continente de raíces cristianas. Por eso, nos preguntamos en qué forma el pluralismo cultural y religioso, propio también del fenómeno de la globalización, introduce dudas en la fe de los cristianos. De otra parte, sabemos que en las

otras culturas obraba y obra el Espíritu de Dios. Sabemos que la búsqueda de Dios en otras religiones era alentada por el Espíritu Santo. Pues bien, ¿Cómo se dialoga y evangeliza en el respeto a las culturas y a las otras religiones? ¿Cómo ocurre el proceso, triple y simultáneo, de evangelización de la cultura, de gestación de una nueva cultura y de inculturación del Evangelio?

Para encontrar y mostrar las estrellas en medio de la oscuridad. Actitudes proféticas para hoy.

Además de lo anterior, los religiosos latinoamericanos y caribeños, fieles a la tradición profética que nos ha distinguido en las últimas décadas, estamos llamados a asumir algunas exigencias ineludibles, que nos habiliten para ser signos creíbles en tiempos de globalización; estas exigencias abren cauces para que Evangelio y mundo globalizado entren en un dialogo fecundo e iluminador. Entre otras, señalamos las siguientes:

- *Ser sensibles a los nuevos contextos históricos y socioculturales*, para situarnos lúcidamente y hacer un camino solidario a favor de la sociedad actual en lo que tiene de evangélica. Esto mismo la lleva a sintonizar con las corrientes profundas que atraviesan a cada generación.
- *Identificar a los interlocutores de la misión*, reconociendo sus interrogantes y sus esperanzas, sus experiencias profundas y sus situaciones vitales, sus resistencias, límites y posibilidades. La misión no puede dar por supuesto aquello que constituye la originalidad de cada época y de cada grupo humano, pues eso significaría que no toma en serio a las personas o que la dinámica de la encarnación no es pauta normativa de su acción.
- *Establecer una auténtica comunicación de fe*. Uno de los problemas más serios que tenemos es que tenemos mensaje abundante, pero carente de lenguajes apropiados (verbales-no verbales, racionales-simbólicos, lógicos-existenciales) que toquen los centros vitales de nuestros interlocutores.
- *Promover la práctica habitual de la autocrítica en todos los niveles de Iglesia*, incluidos los jerárquicos, pues la globalización, con su fuerte carga de provocación, exige situarse de otro modo, pensar y actuar de otra forma, si se quiere ser protagonista de la historia y no simples espectadores. Una actitud profética sin autocrítica continua no impacta ni suscita credibilidad.
- *Investigar la globalización con el subsidio de las ciencias humanas y discernimiento de la misma*

con los principios emanados de la Revelación. Esta es una exigencia permanente para afrontar la globalización en toda su complejidad, con sentido crítico y a la vez esperanzador. La misión evangelizadora de los consagrados descubre la presencia del designio de Dios en la ambigüedad de las situaciones históricas.

Hacia un nuevo profetismo

Nuestro mundo enfrenta desafíos graves, a los cuales la Iglesia y su tradición en vida consagrada de cuño occidental permanece alejada y sumida en un mundo ajeno, rodeada de intransigencia doctrinaria, obsesión disciplinaria y autoritarismo, donde incluso las experiencias de avanzada parece que van más en retroceso. Esta es la noche donde no se ven las estrellas.



La vida consagrada de hoy parece más preocupada por hacer arqueología de su carisma, por buscar «santas y excelentes vocaciones», por mantener elefantes blancos llamados «obras propias», la fiesta del santo fundador o su canonización, pleitos por amarrar nuestros proyectos e inquietudes, por quedar bien y no hacer enojar al pastor en turno, aunque con esto nos hagamos cómplices y cerremos los ojos a prácticas más propias de un pagano, rayanas en el escándalo, que ser fieles al Dios de Jesucristo.

La vida consagrada se vislumbra en los dolores de parto que no sabemos si nos llevará a una revolución evangélica que algunos llaman «refundación» o

a un nuevo Éxodo. Los religiosos de esta y de la próxima de generación tienen que plantearse con lucidez y valentía para no quedarse fuera de lo que pide Dios con respecto a sus estructuras remanentes y obsoletas del monacato benedictino (liturgia de las horas, hábito, clausura, etc.). Definirse sin ambigüedades con respecto al celibato, el papel de la mujer y del laico en la Iglesia, descubrir y respetar al hombre no occidental y, sobre todo, no europeo.

Esto no es fácil, exige capacidad para enfrentar el conflicto, pues si los religiosos queremos tocar la conciencia y escuchar el múltiple corazón de los humanos en el mundo de hoy, tendremos que bajarnos de nuestros pedestales carismáticos modelados por un granito centenario, renunciar a nuestro estatus de poder con todo su aparato, aprender a hablar en otra lengua y a instruirnos en el servicio humilde por amor. Ahí no caben religiosos aliados con due-

ños de casinos, que se hacen cómplices de escándalos o comercian con lo sagrado, que se sienten dueños de un rebaño, o desesperados

por amarrar puestos en la burocracia eclesial o congregacional, ni los que ven por encima de los humanos.

El camino de la vida religiosa si quiere ser profética es otro, y también es otra la condición de la humanidad de

hoy. Estamos tocando fin a una cultura cristiana de corte occidental que iniciaron religiosos admirables como San Benito de Nursia, pero que hoy su propuesta está desfasada, con signos evidentes de descomposición de un aparato estructurado en dogmas, jerarquías, hábitos, sotanas, seminarios, conventos, coro, refectorio, fundadores, obras, etc. No es Dios el que está en cuestión, sino la vida consagrada estructurada en el poder. Dios nos precede en nuestro camino y sin duda alguna nos sobrevivirá a esta noche sin estrellas. ☐

Vida religiosa y radicalidad evangélica

Raúl Cervera
Teólogo del CRT, Pastorista

«DE MANERA QUE EL PRIMER ESCALÓN SEA DE RIQUEZAS, EL 2º DE HONOR, EL 3º DE SOBERBIA, Y DESTOS TRES ESCALONES INDUCE A LOS OTROS VICIOS» (EE 143)

Vida religiosa y pueblo de Dios

La «vida religiosa»¹ ha presentado variados rostros a lo largo de la historia. En los primeros siglos las vírgenes son tenidas en alta estima, según atestiguan varios Padres de la Iglesia. Aparece, a partir del S. III, el eremitismo, impulsado por Pablo de Tebas (nacido c. 234) y por Antonio el ermitaño (+356). Posteriormente se suceden, entre otras diferentes formas, el cenobitismo de Pacomio (+346), el monaquismo de Benito (+543), los canónigos regulares (S. VIII ss), las órdenes redentoras y las militares (S. XII ss), los mendicantes de Francisco (+1226) y de Domingo (+1221), los clérigos regulares de Ignacio de Loyola (+1556), las congregaciones laicales dedicadas a la enseñanza (Juan B. de la Salle, +1719; Marcelino de Champagnat, +1817), las sociedades misioneras, los institutos seculares. Las mujeres, por su lado, constantemente fueron constreñidas a una vida rígidamente monacal. Últimamente se habla, entre otras experiencias, de comunidades mixtas, en las que casados y célibes se esfuerzan por recrear la radicalidad cristiana.²

Igual, las concepciones que han justificado estas peculiaridades de la existencia evangélica han sufrido mutaciones importantes. Lo cierto es que antes del Concilio II del Vaticano aparecía por acá y por allá la opinión de que los miembros de las Órdenes y Congregaciones religiosas representaban la cúspide de la vida cristiana. Por ello, según esa concepción, proporcionaban la escala con la que se tasa el valor de

otros modos de ejercitar los principios del evangelio.³

El Concilio, por su parte, se encargó de dar la vuelta a las cosas, y asentarlas de nuevo sobre su base⁴. En efecto, propuso que todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la vida cristiana y a la perfección de la caridad. Una misma es la santidad que cultivan, en los múltiples géneros de vida y ocupaciones, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios (LG 40).

Para explicar este giro pensamos que, en el Concilio, la discusión sobre estos temas se benefició enormemente con los avances teológicos representados por la doctrina del Pueblo de Dios (LG II). En efecto, la expresión «todos los fieles», en la que se encuentran comprendidos tanto los jerarcas cuanto los laicos, fue aplicada por la asamblea para señalar esa dimensión de la vida cristiana anterior -no cronológica, sino ontológicamente- a la aparición de los servicios de autoridad. En ese plano se encuentra concentrada y agotada la identidad cristiana. No hay que buscar ningún faltante por ningún otro lado.

Los servicios de dirección, correspondientemente, representan una *diferencia* con respecto al plexo minis-

1 Preferimos emplear esta expresión, porque nos parece menos equívoca que la que se ha instalado últimamente, la vida «consagrada», puesto que todos los cristianos hemos sido consagrados para el culto y el servicio por el bautismo.

2 Cf. Álvarez G., J., *Historia de la vida religiosa* (tres tomos), Madrid 1987-1990; A. Masoliver, *Historia del monacato cristiano* (tres tomos) Madrid 1994.

3 A. Peinador afirma que el compromiso del voto «entraña la posesión de la caridad en grado de supererogación? no es posible llegar a las renunciaciones efectivas que impone la profesión, sin haber escalado a esas alturas adonde no llegan todos los que aman a Dios sobre todas las cosas»: *Teología moral de los estados de perfección*, Madrid 1959, 174. Para lo mismo A. Bride, *Religieux et religieuses*: DThC XIII-2 (1937) 2158. El autor de estas líneas, en cierta ocasión, escuchó a un predicador identificar las diferentes medidas de la cosecha de la parábola de Mt 13, 8, en orden de más a menos, precisamente con la vida religiosa, el sacerdocio «secular» y la condición laical, respectivamente.

4 Como sabemos, K. Marx había hecho ya de esta clase de desplazamientos el eje de su relación con la herencia hegeliana: «En él (Hegel) la dialéctica está puesta al revés. Es necesario darle vuelta» (*El capital*, Epílogo a la segunda edición, 24 de enero de 1873).



terial constitutivo de la comunidad eclesial, puesto que uno de sus cometidos propios consiste, precisamente, en la «vigilancia» sobre ese conjunto (*episkopeo*). Ello hace que se ubiquen en un plano diferente ⁵.

Conectada con esta doctrina se encuentra la intención de la asamblea episcopal de mantener la tradición ⁶ que descartaba cualquier otra distinción estructural al interior de la Iglesia, como no fuera la que acabamos de citar ⁷. Así, podemos afirmar que

5 *Por ello pensamos que los ministerios de autoridad, hablando con mayor propiedad, no pertenecen a la dimensión del Pueblo de Dios. Quienes los ejercen, por el contrario, sí forman parte de ella. Igualmente sucede con el «laicado», vocablo referido también a una dimensión existente en la Iglesia, y no a los sujetos a quienes adjetiva. Así entendido, y como contraparte lógica de los ministerios de autoridad, tampoco es un componente del Pueblo de Dios. En este sentido no se deben identificar ambos términos. En una palabra, los ministerios de autoridad y el laicado, son elementos integrantes de la Iglesia, pero se encuentran en un plano diferente de esa dimensión denominada «Pueblo de Dios». Estos vocablos no implican un juicio sobre el modo como se ejercen esos ministerios. Este es un tema diferente. Cf. mis trabajos anteriores: *Derechos Humanos-Derechos Divinos. Derechos Humanos en la Iglesia: Christus 66/724* (may-jun 2001) 8-17; *Participación Ciudadana y Comunidades Eclesiales de Base. Una Herencia Conciliar: Alternativas 9/22-23* (ene-jun 2002) 155-174; *Cavilaciones acerca de las comunidades eclesiales de base: www.cebmexico.org*.*

6 En el Código de Derecho Canónico del 1917 la vida religiosa está ubicada en un apartado diferente de aquél en el que se tratan las estructuras de gobierno.

7 Así lo testimonia el siguiente texto de la O.T.: «El estado constituido por la profesión de los consejos

entre sus miembros «religiosos» y los «seculares» no existe la misma distinción que encontramos entre «laicos» y «clérigos». La inserción de los creyentes en la Iglesia bajo estas últimas categorías los ubica en dos modos diferentes de pertenecer a la estructura organizativa de la comunidad. Las familias religiosas, por el contrario, acogen en su seno a quienes se sienten llamados sencillamente a vivir los valores del evangelio, a la par de todo cristiano, más algunos matices particulares que no desplazan esa igualdad basal, sino, por el contrario, la acentúan.

En definitiva, la perspectiva conciliar implica que el camino para comprender adecuadamente lo que significa la vida religiosa inicia felizmente con la consideración de su esencial relacionabilidad con respecto a la vocación evangélica de todo el Pueblo de Dios -sin ninguna distinción estructural-, y ello, tanto por lo que toca a su identidad cristiana, cuanto a su misión en el mundo.

La radicalidad cristiana es algo inherente al pueblo de Dios

Y es que la radicalidad cristiana es algo constitutivo de todos los miembros del Pueblo de Dios. Veamos cómo puede entenderse esta afirmación.

La radicalidad fundante de la vida cristiana se expresa, sin ambages, en el precepto de Lc 10, 27: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo» ⁸.

El amor a Dios es inseparable de la entrega del propio ser, humilde y confiada, a sus disposiciones soberanas (Jn 14,31; cf. Mt 6, 10b; Jn 4, 34; 6, 38). Y se extiende hasta los límites mismos de la propia existencia (Heb 5, 8; cf. Mt 26, 39.42; Jn 8, 27-30; 10, 17-18; Fil 2, 8). Esta radicalidad fue preanunciada ya por la sumisión a rajatabla del padre común en la fe (Gén 22, 1-19). Una obediencia así es la ex-

evangélicos, aunque no pertenece a la estructura jerárquica de la Iglesia, pertenezco, sin embargo, de manera indiscutible, a su vida y santidad» (43). El CIC, por su parte, dice: Status eorum, qui in huiusmodi institutis consilia evangelica profitentur, ad vitam et sanctitatem Ecclesiae pertinet? (574).

8 Tomás de Aquino lo expresa con las siguientes palabras: *Per se quidem et essentialiter consistit perfectio christianae vitae in caritate: Summa Theologica, 2-2, q. 184, a. 3.*

presión operativa del amor a Dios -sin olvidar que el agradecimiento lo externa también, pero más desde la perspectiva de la gratuidad.

La radicalidad del amor a los demás ha sido desarrollada también por los evangelios. Se expresa, por ejemplo, en un respeto ilimitado, exterior e interior, a la dignidad de los otros (Mt 5, 22.28.32); en el cuidado de su integridad física, que prelude el pacifismo y la no violencia radicales (Mt 5, 39); en la estima generosa de sus capacidades (Rom 12, 10b). Implica una mirada profundamente compasiva y acomodada hacia todo ser sufriente (Lc 10, 29-37); reacciona con bondad incommensurable ante quien le está produciendo un daño (Mt 5, 50-42); alcanza la sublimidad de la benevolencia y la plegaria por los enemigos más encarnizados (Mt 5, 44-48). Llega, incluso, a la entrega de la propia vida (Jn 15, 12-14; 1 Jn 3, 16). En todo ello aflora el parecido con el Padre, con su amor, de acabado perfecto (Mt 5, 48).

«Compartiendo las necesidades de los santos; practicando la hospitalidad
Bendigan a los que los persiguen, no maldigan
Alégrense con los que se alegran, lloren con los que lloran
Tengan un mismo sentir los unos para con los otros
Sin devolver a nadie mal por mal, procurando el bien ante todos los hombres, en paz con todos los hombres.
No tomando la justicia por cuenta suya, queridos míos, dejen lugar a la ira (divina)
Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer, y si tiene sed, dale de beber
No te dejes vencer por el mal, antes bien, vence al mal con el bien» (Rom 12, 13-21).

Quizá el eje de la radicalidad cristiana se encuentra en el amor que los empobrecidos, estigmatizados y excluidos se tienen a sí mismos y a los demás (Jn 13, 34-35; Mt 19, 19), que los lleva a afanarse por derribar todas las barreras que distinguen y separan a los seres humanos (Lc 4, 18-19), con la confianza puesta, en primer lugar, en esos magros recursos con los que cuentan (Mc 6, 38). De aquí brota el amor preferencial que otros estratos sociales pueden llegar a experimentar por esas mayorías despojadas, que les lleva, no sólo a actuar en su favor, sino a luchar junto con ellos, primordialmente con sus limitadísimos medios, y, para hacerlo más plenamente, a compartir, incluso, su suerte (Mt 8, 20; Lc 8, 3).

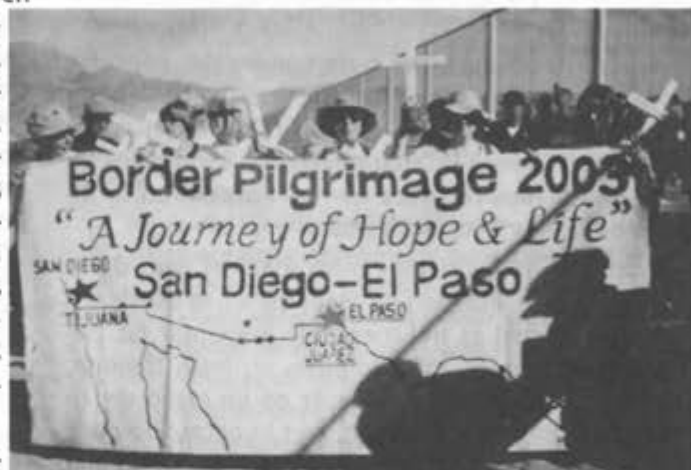
En cuanto al amor a todo lo creado, podríamos afirmar que los evangelios preludian ya y exceden la perspectiva ecológica. Los bienes deben ser utilizados con frugalidad y en la medida en que son necesarios

(Mt 6, 11), sin ninguna mentalidad acumulativa (Mt 6, 19-20; Lc 12, 16-21); y esto, por una convicción acendrada (Mt 5, 3), que relega los condicionamientos socioeconómicos, favorables o desfavorables, al plano de lo secundario e instrumental (Mt 6, 24)⁹. La libertad interior y la serenidad ante lo perentorio de las necesidades más elementales sólo se explican por la confianza ilimitada en el Padre (Mt 6, 25-34) e, inseparablemente de ello, por la capacidad de compartir los bienes propios con los demás (Mt, 25, 35-36; Lc 11, 41; 12, 33-34; 18, 22; Jn 6, 1-14; Hech 2, 44-45; 4, 32. 34-35; 11, 27-30; 2 Cor 8-9). Ello exige una actitud fundamental de distancia emocional e, incluso, de renuncia a las posesiones individuales (Lc 14, 33), en aras de la anhelada abundancia universal (Jn 6, 13).

El discernimiento, un eje de la radicalidad cristiana

El amor a Dios -lo hemos recordado- se materializa, entre otras cosas, en el ejercicio de su voluntad. Las actitudes evangélicas que acabamos de recorrer muestran las grandes mojoneras por donde discurre. Sin embargo la vida, en su concreción y complejidad infinita, nos pone ante el desafío de escoger entre múltiples modalidades que puede adoptar el servicio a los demás, tanto en un plano más amplio y abarcador, cuanto en el de lo cotidiano. Además nuestra inteligencia, limitada de por sí, se encuentra obnubilada en ocasiones por intereses muy oscuros.

De allí que el creyente necesita emprender y mantener a lo largo de su existencia el camino del discernimiento (Lc 12, 54-57; 1 Cor 12, 10; 1 Tes 5, 19-21; 1 Jn 4, 1-3), bajo la guía del Espíritu, don escatológico por antonomasia.



⁹ En la antigüedad clásica se expresó así: «Vivitur parvo bene» («Se vive bien con poco»); Horacio, Oda 2, 16, 13.

El amor a los prójimos, por su parte, implica el apoyo de unos para con otros en la búsqueda de las disposiciones divinas (Hech 11, 1-18; 13, 1-3; 15, 1-29; 21, 15-26; Gal 2, 1-14) -que puede degenerar en estorbo (Mt 16, 22-23). Este es uno de los ejes de la comunitariedad intrínseca a la vida cristiana. Nos reunimos a fin de discernir, en común, lo que Dios quiere de cada uno y del grupo mismo.

Bienes materiales y criterios ignacianos

Como hemos dicho, la realidad nos desafía constantemente con múltiples cuestiones que sólo pueden ser abordadas, en cristiano, desde el ejercicio del discernimiento. El tema que estamos reflexionando obliga a que abordemos una: el uso de los bienes de este mundo.

El evangelio, como hemos visto, proporciona las coordenadas decisivas que deben iluminar las decisiones relativas a la utilización de los bienes de la creación. Queremos presentar a continuación una lectura de la espiritualidad de San Ignacio de Loyola que, a nuestro juicio, ayuda a particularizar de manera operativa ese marco más amplio.

En primer lugar ayuda evocar la distinción entre *medios de vida* y *medios de trabajo*. Los primeros son los que se utilizan directamente para satisfacer las necesidades personales y colectivas de tipo material o espiritual. Claro que, indirectamente, redundan también en el servicio apostólico. Los que se utilizan directamente para realizar el servicio apostólico son los medios de trabajo. Otra distinción importante es la que disocia *medios de poder* y *medios propios de los pobres*. Los primeros, a la inversa de los segundos, son los que sólo se encuentran al alcance, normalmente, de las clases medias altas, y altas.

La «pobreza de espíritu» o de *convicción*, consiste, fundamentalmente, en la inclinación (que ha llegado a hacerse) espontánea a utilizar, tanto en el rubro de los medios de vida, cuanto en el de los medios de trabajo, aquellos recursos que se encuentran al alcance de las familias modestas.

Esto implica que, situados o no -para el caso da lo mismo- en la posibilidad de ascender en la escala social, para lo cual es indispensable aumentar las posesiones materiales, los discípulos de Jesús tienden, espontáneamente, a permanecer en un estilo de vida sobrio, sencillo y modesto, con lo necesario para vivir dignamente, pero sin cosas que vayan más allá de este límite.

La motivación que impulsa a esta actitud es cuádruple, aunque en diferentes niveles: a) El

camino de los medios de poder, legítimo en determinadas circunstancias, está lleno de autoengaños y pseudojustificaciones (Dos Banderas, EE 139); b) En conexión con lo anterior, la pobreza de convicción constituye una base fundamental para el discernimiento de lo que Dios quiere de cada uno (Ibídem, 135); c) El avance en el seguimiento de Jesús se logra a través de un estilo de vida consecuente con ella (Ibídem, 146); d) Lo que mueve, en definitiva, es el amor a Jesucristo que quiso adoptar este modo de proceder, y el amor a los pobres (Ibídem, 147).

Podemos decir que, como todo lo que tiene que ver con la vida cristiana, en el fondo de estas actitudes y motivaciones se encuentra una sensibilidad particular, fruto de la acción del Espíritu, que capacita para percibir la realidad con matices específicos y para actuar en consecuencia. Empleamos el término *sensibilidad* para referirnos a ese sentido de la fe (*sensus fidei*) que el Concilio considera patrimonio de todo el Pueblo de Dios (LG 12). Con ello pretendemos subrayar sus aspectos sensibles, y evitar comprenderlo como algo meramente intelectual¹⁰.

A partir de esta actitud cardinal es posible tomar decisiones evangélicamente acertadas, tanto las que afectan a la persona en planos fundamentales -vgr. las decisiones acerca del «estado de vida»-, cuanto a las que somos constreñidos en el día a día. La inclinación que conduce espontáneamente al uso de medios propios de los pobres no exime del discernimiento sobre cómo usar los bienes en cada caso particular, a partir de las circunstancias concretas y del *criterio del mayor servicio al Reinado de Dios* (Principio y Fundamento, EE 23; El Llamamiento del Rey Temporal, EE 98). De este modo, en determinadas circunstancias, el uso de recursos de poder -tanto en los medios de vida, cuanto en los de trabajo- será lo indicado (Lc 22, 35-36). Pero, igual, lo será el adoptar un nivel de sobriedad y sencillez. El seguimiento cordial de Jesucristo es definitorio en este último caso¹¹.

10 Esta sensibilidad no puede ser inducida voluntariamente. Incomprensible para algunos, se refleja en ese pasaje de la vida de Francisco de Asís en el que se encuentra con un hombre muy pobre y espeta a sus hermanos: «Es para mí una gran vergüenza el encuentro con uno que es más pobre que yo. He escogido a la santa pobreza para hacerla mi señora. Por eso, debo sentir vergüenza cuando hallo otro más pobre que yo» (Leyenda de Perusa, 113).

11 Los Ejercicios lo formulan de la siguiente manera. Además de la actitud fundamental que hemos des-

En este sentido, la radicalidad evangélica no consiste primordialmente en una vida hermosamente desprovista de superfluidades, sino en la mencionada *inclinación*, como actitud fundamental, y, simultáneamente, en el *discernimiento*, como camino para llegar a resoluciones concretas. Por medio de ambos se constituye la *pobreza de convicción*. Y ésta es propia de todo seguidor de Jesucristo¹².

Pensamos que el horizonte en que se ubica esta actitud lo constituye la certeza de que todos los seres humanos merecen vivir dignamente y en armonía consigo mismos, con los demás, y con la naturaleza. Por ello la consigna evangélica no lleva a abstenerse de los bienes materiales por el mero hecho de hacerlo, sino a utilizarlos con sobriedad (cf. las «Reglas para ordenarse en el comer», EE 210-217) y, sobre todo, a compartirlos con los demás (cf. las «Reglas para el ministerio de distribuir limosnas», EE 338-344); razones poderosas por cierto, si partimos de la hipótesis de que las cosas creadas no serán nunca suficientes para todos si la actitud que priva es el individualismo, el cual, sumado al fomento indiscriminado de superfluidades devenidas «necesidades», aviva la sed de acumulación¹³.

crita anteriormente, cuando se trata de tomar decisiones, hay que tener presente y dar prioridad al criterio del mayor servicio al Reino de Dios (Principio y Fundamento, EE 23; El Llamamiento del Rey Temporal, EE 98; Tres Maneras de Humildad, EE 167). De este modo, cuando el mayor servicio sugiere el uso de medios pobres o, por el contrario, de poder, no hay que darle más vueltas al asunto y hacer lo que corresponda. En los casos en los que se obtiene el mismo servicio al Reino con el uso de medios de poder o con los propios de los pobres, el amor a éstos y a Jesucristo inclina la balanza a favor de este segundo tipo de medios (Tercera Manera de Humildad, EE 167).

- 12 Esta propuesta supone, por lo mismo, una superación de la antropología dualista, presente de un modo u otro en casi todas las épocas del cristianismo. Encabalgado sobre ésta ha podido sostenerse la teoría de que la pobreza de espíritu consiste sólo en el desprendimiento interior de los bienes terrenos, aunque se posean y se utilicen de manera superflua (Cf. A. Peinador, *op. cit.*, 175: «El clérigo tiene obligación de ser pobre de espíritu, pero no de serlo en realidad, porque puede poseer y disponer libremente de lo suyo»).
- 13 Este razonamiento no pretende ignorar el papel que los mecanismos sociales estructurales hacen en estos procesos de acumulación.

La radicalidad de los religiosos

Si, como hemos acordado, la radicalidad es un rasgo definitorio de todo seguidor de Jesucristo, entonces podría preguntarse por lo específico de la vida religiosa. En las someras indicaciones que esbozaremos a continuación nos ceñiremos, sobre todo, a lo que tradicionalmente ha servido para describir la identidad de este estilo de vida, y dejaremos de lado, por el momento, lo relativo al servicio apostólico¹⁴.

A) La obediencia como búsqueda conjunta de la voluntad de Dios

La obediencia ha sido considerada como un voto peculiar. Tomás de Aquino la denomina la promesa principal («*praecipuum*») porque, explica, contiene en sí a las otras dos, pero no viceversa¹⁵.

De hecho, se encuentra en la raíz de la vocación religiosa, por lo que hemos dicho anteriormente acerca del amor a Dios, siempre dócil a su voluntad. Suponemos, por ello, que constituye la motivación central en la adopción de un género de vida celibatario y sobrio. Pero debe estar también a la base de las ulteriores decisiones que van concretizando y modulando en lo cotidiano estas opciones fundamentales¹⁶.

Además se encuentra en la raíz de la formación de la comunidad. Pues, como hemos apuntado también, la sumisión práctica a los proyectos del Creador pasa por el discernimiento, como práctica normal de la vida cristiana. Y el amor a los demás se traduce en el apoyo

14 Asunto que, por ser decisivo para la configuración misma de la identidad de los religiosos, no puede dejar de estar, siquiera implícitamente, en el horizonte de lo que a continuación se diga. Queda, en todo caso, como tema para otra reflexión.

15 *Summa Theologica* 2-2, q. 186, a. 8.

16 Por ello, la pretensión de lograr, través de medios jurídicos, que los religiosos que han caído en la relajación vivan coherentemente el celibato o la sobriedad es algo ilusorio. Esta es una de las señales del inicio de un quiebre decisivo de la institucionalidad de la vida religiosa, que culmina cuando se vuelve contra el carisma. Incapaz de garantizar la convicción y la práctica de la radicalidad cristiana a través de los medios de los que dispone en su carácter de institución, o sucumbe a la tentación de la solución autoritativa, que recrea las estructuras legalistas de otros tiempos, u opta por la vía de una mediocridad que uniforme sin conflictos a la totalidad de sus miembros; impidiendo, también autoritativamente o por la vía de los hechos, a quienes desean vivir esa radicalidad, realizar sus intenciones.

mutuo en el camino, a veces arduo, del conocimiento de su voluntad.

En este sentido, el voto de obediencia no diferencia, fundamentalmente, a los religiosos de los demás cristianos, porque consiste, ante todo, en el sometimiento a Dios.

Lo que ha aportado la vida religiosa son fórmulas concretas de realización de la impronta esencialmente comunitaria del discernimiento, surgidas de la conjunción de las configuraciones históricas que han adoptado las iglesias particulares, y de los condicionamientos históricos que las potenciaron y constriñeron.

Veamos algunos de los grandes hitos. Al principio la comunidad religiosa se cataliza en torno a un guía de la vida en el Espíritu, y la obediencia tiene un sesgo importante de dirección espiritual¹⁷. Pronto, el régimen monacal, en un entorno eminentemente verticalista y autoritario, preconiza la búsqueda grupal de la voluntad de Dios¹⁸. Francisco de Asís, por su parte, en la Primera Regla, describe el papel de la autoridad con las siguientes expresiones:

«Todos los hermanos que son constituidos ministros y siervos de los otros hermanos, distribuyan a éstos en las provincias y lugares donde estén, visítenlos frecuentemente y ánimenlos espiritualmente. Y todos los otros mis benditos hermanos obedézcanles prontamente en lo que mira a la salvación del alma y no está en contra de nuestra vida. Todos los hermanos que están bajo los ministros consideren razonable y atentamente las conductas de los ministros y siervos; y si vieren que alguno de ellos se comporta carnal y no espiritualmente en conformidad con nuestra vida, y, que, después de una tercera amonestación, no se enmienda, denúncienlo. Y si entre los hermanos, estén donde estén, hay alguno que quiere proceder según la carne y no según el espíritu, los hermanos con quienes esté amonestenlo, instrúyanlo y corrijanlo humilde y diligen-



SAN FRANCISCO cuida la vida

temente. Igualmente ninguno de los hermanos tenga potestad o dominio, y menos entre ellos» (C. V).

Ignacio de Loyola, célebre, entre otras cosas, por la severidad de la obediencia que impone a sus religiosos («como si fuese un cuerpo muerto... como un bastón de hombre viejo» (Const. 547) escribió los no menos célebres Ejercicios Espirituales, en los que se capacita a la persona para, por sí misma, «buscar y hallar la voluntad divina» (EE 1) mediante el «discernimiento de espíritus» (Ibíd., 313-336). Al comenzar a formar parte de la Compañía de Jesús, una de las actividades centrales que se prescriben al joven novicio es, precisamente, la práctica de los Ejercicios Espirituales. Junto con ello, el santo impone a los superiores la obligación de escuchar a sus compañeros en un plano personal e íntimo, a fin de poder acertar en las misiones que puedan encomendarles (Const. 91-92; 551). Esta tríada -discernimiento personal de la voluntad de Dios, diálogo entre el superior y cada jesuita, decisión reservada al superior- constituye una de las expresiones históricas de la búsqueda conjunta de la voluntad de Dios.

Estas dos o tres menciones históricas nos llevan a pensar que la obediencia en la vida religiosa constituye un conjunto de modelos, históricamente condicionados para bien y para mal, que pretenden traducir una de las funciones básicas de toda comunidad cristiana: el apoyo fraterno de cara al esfuerzo de sintonizar la vida y la acción de los individuos y los grupos con los designios amorosos de Dios, mediante el discernimiento. En este contexto, el papel de los ministerios de autoridad consiste, precisamente, en propiciar y facilitar esta aventura fascinante.

17 Codina, V.-N. Ceballos, *Vida religiosa. Historia y teología*, Madrid 1987, 29-30.

18 La regla de S. Benito formula las cosas de la siguiente manera: «Siempre que en el monasterio haya de tratarse un asunto de importancia, el abad convocará a toda la comunidad y expondrá él personalmente de qué se trata. Una vez oído el consejo de los hermanos, reflexione a solas y haga lo que juzgue más conveniente (III: 1-2). En la Orden de Predicadores se eligen a las autoridades y se toman las decisiones comunes a través de representantes elegidos por los files.

B) El uso sobrio y solidario de los bienes, de manera estable

La tradición secular que ha acuñado la vida religiosa nos permite afirmar que el uso de los bienes sólo expresa con propiedad la radicalidad cristiana cuando, quienes la profesan, adoptan, individual y colectivamente, un nivel socioeconómico que les posibilita compartir, solidariamente, la suerte de las familias modestas -o más empobrecidas-, y esto, como una condición normal y estable que no admite sino concretas excepciones. Parece que muchos fundadores y fundadoras han sostenido con firmeza este principio por lo que toca al ámbito de los *medios de vida* ¹⁹.

El capítulo de los *medios de trabajo*, por el contrario, se configura de muy diversas maneras en cada familia religiosa e, incluso, en diferentes épocas de cada una. Este pluralismo admite, con entera libertad interior, el uso de medios de poder. Como en toda vida cristiana, para tomar decisiones en esta materia se juzga decisivo el recurrir al discernimiento constante y a las disposiciones interiores que lo posibilitan, según hemos visto anteriormente,

Este voto se inscribe en el contexto de los condicionamientos socioeconómicos y culturales que afectan a la vida cristiana, ya para potenciarla, ya para arruinarla. Así, aunque los miembros del Pueblo de Dios en su conjunto han de tender, espontáneamente, a un género de vida sobrio y profundamente solidario, y, por lo mismo, éste debería ser el cauce normal de toda vocación cristiana; sin embargo, como hemos dicho ante-

riormente, el mayor servicio al Reino, en el contexto de determinados condicionamientos sociales, podría aconsejar en algunos casos o en ciertos momentos la adopción, discernida, de un nivel socioeconómico superior.

La sobriedad estable de los religiosos, por su parte, aunque contrasta con lo anterior, brota, en definitiva, de esa esencia de la vida cristiana.

En efecto, consideramos que esta última no es sólo un ideal programático, sino una realidad que vive, efectivamente, el Pueblo de Dios. Con esta afirmación no nos referimos a la estratificación social que impone condiciones socioeconómicas extremadamente duras a los estratos bajos y, sobre todo, lo hace de manera extrínseca a sus deseos y decisiones -lo cual, sociológicamente es verdadero-; sino a la presencia de ese conjunto de disposiciones interiores, que hemos denominado *pobreza de convicción*, en tantos hombres y mujeres que forman el corazón de ese Pueblo: los pobres con espíritu ²⁰. Éstos son los primeros que, con un estilo propio, llevan adelante la lucha por la igualdad entre los seres humanos, y los primeros que, con ese mismo objetivo, se suman a estrategias diferentes a las suyas.

La sobriedad estable de los religiosos, cuando no se reduce a un rótulo sin contenido real, es un fruto, una participación y un signo que señala hacia esa sobreabundancia escatológica ²¹.

De este modo constituye una voz que visibiliza lo que, de otro modo, es relegado al apartado de lo inexistente, por la insensibilidad del materialismo en que vivimos. Además, desarma sabiamente las opiniones que, por desconocer la presencia de la *pobreza de convicción* en muchas gentes de condición modesta, suelen atribuir esta última a una inveterada holgazanería. Por otro lado, matiza fuertemente las interpretaciones sociológicas que únicamente perciben, en un estilo de vida sin superfluidades, la explotación de los poderosos -lo cual, desde un punto de vista, es exacto.

La sobriedad estable de los religiosos constituye también una crítica profética a los indeseables fenómenos de derroche y opulencia que surgen en las sociedades montadas sobre la idolatría de los bienes materiales,

19 Cf. P. Sejourné, *Voeux de religion*: DThC XV-2 (1950) 3250-3257. Como botón cf. «La Regla» de San Benito: 33, 39, 40, 48, 55; Las «Constituciones Antiguas» de Sto. Domingo 8, 10, 19, 26. Este renglón constituye, sin lugar a dudas, la cara de la vida religiosa en el ámbito público. Por ello aquí se visibilizan los períodos de relajación que la afectan cíclicamente. En efecto, a los momentos fundacionales, llenos de inspiración y radicalidad, se suceden etapas de mediocridad -virtuosa o viciosa- que, eventualmente, se degrada en relajación y decadencia. Ello perdura hasta que aparece otra personalidad o grupo carismático que, en continuidad o ruptura con lo anterior, inicia una nueva época de esplendor. Por supuesto que en estas fluctuaciones desempeñan también un papel nada despreciable las circunstancias eclesiales y sociales más amplias. Quizá, a raíz de estos fenómenos, Ignacio de Loyola, hablando de la pobreza, aconsejaba a sus jóvenes religiosos: «Que donde los primeros de la Compañía han pasado por estas necesidades y mayores penurias corporales, los otros que vinieren para ella, deben procurar por allegar quanto pudieren adonde los primeros llegaron, o más adelante en el Señor nuestro» (Ex 81).

20 Al utilizar esta expresión incluimos explícitamente a miembros de la jerarquía. Sabemos también que hay gentes que adoptan este género de vida mediante un compromiso semejante a los votos de los religiosos. Éstos, por tanto, no detentan la exclusividad de esta forma de vivir la fe cristiana.

21 De ahí que los movimientos de reforma de las familias religiosas incluyen, en diversas formas, experiencias de inserción entre los grupos marginales. Inversamente, los períodos de aburguesamiento y relajación de la pobreza suelen estar conectados con una pérdida de este contacto vital.

de manera particular, cuando este cáncer comienza a carcomer a las comunidades cristianas y a sus autoridades. Así se puede explicar el hecho de que las primeras expresiones de ascetismo anacoreta y cenobita aparecieran precisamente cuando el cristianismo va logrando una mayor inserción en las clases altas y las estructuras de poder del Imperio, en sí plausible, y, al mismo tiempo, comienza a asimilarse a sus estilos y convicciones.

C) El celibato

Por lo que hemos estado viendo, éste es quizá el único rasgo que distingue a los religiosos de los demás cristianos -y aun así, no es exclusivo de ellos. Probablemente por ello éste es, también, el primer signo de lo que después se llamó la vida religiosa, que los historiadores rastrean en los tres siglos iniciales del cristianismo²². Y es que en esas circunstancias muchos cristianos vivían en comunidades reales, con bastantes elementos de cercanía al ideal evangélico -discernimiento de la voluntad de Dios, sobriedad solidaria permanente. ¿Por qué aparece lo que se ha llamado «virginidad consagrada»?

Pensamos que, a diferencia de la sobriedad estable, aquí entran en juego, en un primer plano, los mecanismos psíquicos que, igual, configuran, potencian y, simultáneamente constriñen de muchos modos a la vocación evangélica. En particular, la belleza y santidad del amor de pareja, fuente de tantos gozos y satisfacciones, no son capaces de eliminar totalmente, ni las incertidumbres que por momentos presionan a toda experiencia verdaderamente amical²³, ni la perentoriedad que manifiestan, en muchas ocasiones, las pulsiones instintivas, componentes inseparables del amor auténtico.

En este contexto, el celibato aparece como un desbordamiento de la radicalidad cristiana -el amor a Dios y al prójimo- que fermenta en el corazón del Pueblo de Dios, y que atestiguan, con su estilo y su conducta fra-

terna y solidaria, muchos hombres y mujeres de toda condición²⁴.

Por otro lado, la fuerza terapéutica y plenificante del Espíritu que actúa en las comunidades sigue invitando a muchas personas a consagrarse al amor conyugal «en

Cristo», y las acompaña, sostiene y vivifica a lo largo de la vida, permitiéndoles remontar las amenazas que, desde el interior de cada quien y desde el ambiente más amplio, acechan constantemente a la práctica del amor.

En todos los casos que hemos citado, junto a la fruición de las bellezas del amor, son inevitables las renunciaciones dolorosas y una cierta muerte a sí mismo.

La vida celibataria es un signo de la acción escatológica del Espíritu en los ámbitos del amor y la sexualidad²⁵. De este modo, hay tres condicionantes que actúan directamente sobre ella. Se sostiene, ante todo, por la experiencia, gozosa y abnegada, del amor de y a los demás, tanto al interior de la propia comunidad religiosa, cuanto hacia fuera de la

misma. Situada, de hecho, en la vorágine de los procesos históricos, adquiere una profundidad inusitada cuando se nutre, de manera particular, del amor preferencial a los pobres. Vive también del contacto profundo y la participación comedida en las angustias y los gozos de quienes han sido ungidos y ungidas para el amor conyugal.

Indirectamente constituye una denuncia profética de los casos en los que la propaganda pretende convertir el placer sensual en la única o más valiosa manifestación de la relación de pareja; estrategia ligada a diferentes maneras de manipulación y explotación sexual que son regenteadas con gran éxito por poderosos intereses económicos.☒



SAN FRANCISCO BESANDO A UN LEPROSO

22 K. Frank, *Mönchtum*: LThK 7 (1998) 400.

23 Una manifestación sociorreligiosa de estas presiones la constituye el encratismo -en sus variadas manifestaciones- que importunó al cristianismo, sobre todo de procedencia judaica, en los primeros siglos: cf J. Danielou-H.I. Marrou, *Nueva Historia de la Iglesia. I: Desde los orígenes a San Gregorio Magno*, Madrid 1964, 159-162.

24 Igual que lo que pasa con el voto de pobreza, el compromiso celibatario no es exclusivo de los religiosos y religiosas. Hay miembros del Pueblo de Dios que han explicitado de esta forma su respuesta de fe.

25 Esta explicación no pretende, en modo alguno, agotar el significado del celibato por el Reino de los cielos. Como todo signo es plurisemántico y, en parte, manifiesta aspectos muy íntimos y diversos de la personalidad de quien lo asume como estilo de vida.

«Talitá kum»

Muchacha, a ti te digo: ¡levántate! (Mc 5, 41)

Georgina Zubiría

Teóloga Religiosa del Sagrado Corazón de Jesús

La vida religiosa femenina en el amanecer del siglo XXI

Una mirada rápida a la historia, particularmente a la historia de la vida religiosa (VR), nos impide caer en el riesgo de la ingenuidad y, también, en la desesperanza. Somos conscientes de que en el amanecer del siglo XXI nuestro mundo atraviesa por un impactante cambio de época. La vida religiosa, que quiere estar al servicio del evangelio en y desde el mundo, también está siendo acicateada por las transformaciones que vemos en los diversos ámbitos de la vida. Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que la VR no está ni en tiempos de estabilidad ni en época de esplendor¹: la realidad muchas veces nos habla de envejecimiento, deserciones y disminución. En ocasiones nos encontramos con torpezas, confusión y dolor. ¿No será acaso que, como en otros momentos de la historia, estamos en tiempo de crecimiento, purificación y cambio?

En algunas circunstancias se ha llegado a decir que la vida religiosa es un modo de vida obsoleto y prescindible; que los elementos que por siglos la han caracterizado han perdido vigencia y significado para las nuevas generaciones y que, incluso, hay religiosas y religiosos que con mayor o menor conciencia sobreviven en su opción en un estado de inanición, a la espera de la muerte. Es verdad que en ocasiones se percibe cierto desánimo escéptico que debilita el deseo de totalizar la vida en Dios y en su querer. Sabemos que la resignación, la pasividad o la indiferencia son buen caldo de cultivo de frustraciones y amarguras que alcanzamos a percibir en hermanas y hermanos que se sienten atrapados en un compromiso que han hecho para toda la vida.

Si bien es cierto que la VR pasa por dolorosas turbulencias; también es cierto que, como nos lo muestra la historia, la crisis transforma y genera vida nueva².

1 Simón Pedro Arnold no duda en afirmar que la crisis de la vida consagrada «es, ante todo, la crisis del profetismo». En *El renacer de la vida religiosa como experiencia profética*. Revista CLAR No. 231. Marzo-Abril 2003, p. 5.

2 Jesús Álvarez Gómez ha realizado una serie de estudios sobre la historia de la vida religiosa. Una buena síntesis se encuentra en *La vida religiosa ante los retos de la historia*. Madrid. Muy interesante el estudio que ofrece

Las diferencias de género

Hoy sabemos que, a pesar de las fuertes presiones por homogeneizar la VR, siempre ha sido rica en su diversidad de expresiones, de estilos y de carismas. A partir del Vaticano II las diferencias no sólo se han visibilizado sino que cada vez más se acogen como manifestación de la riqueza de los dones del Espíritu.³ No nos referimos solamente a la clásica diferenciación entre vida contemplativa y vida apostólica. A pesar de que en América Latina la VR tiene un marcado acento occidental, apreciamos con gratitud las diferencias propias de la inculturación y la inserción, de las tradiciones de cada instituto, de los carismas fundacionales, de los lugares de presencia y de la diversidad de miembros que congrega. Todos éstos son factores a considerar en la capacidad no sólo para sobrevivir al cambio sino también para participar con dinamismo y creatividad en el proceso de transformación.

Una diferencia que es imprescindible abordar es la que se deriva de la consideración del sexo y del género. A lo largo de los siglos la vida religiosa femenina (VRF) ha asumido formas masculinas que se le han impuesto en el proceso de institucionalización.⁴ Un aspecto decisivo en favor del cambio es nuestra capacidad para pensar, estructurar y vivir nuestra opción desde la perspectiva de género y para superar cualquier forma patriarcal presente tanto en la teoría, el fundamento o visión de la VR, cuanto en las prácticas cotidianas y concretas.⁵

Raymond Hostie en *Vida y muerte de las órdenes religiosas. Estudio psicosociológico*. Víctor Codina y Noé Zavallos en su libro *Vida religiosa. Historia y teología*. Madrid, nos la ofrecen incluyendo la perspectiva latinoamericana.

3 Cf. *Perfectae Caritatis* (PC) No. 1; *Vita Consecrata* (VC) No. 1.

4 Me parece muy interesante el aporte de Mercedes Navarro recogido por la CIRM en la Memoria de la IV Semana de Vida Consagrada: *Reconstruir el rostro de la vida consagrada desde la perspectiva hombre/mujer*. México.

5 También los hombres comienzan a aportar su reflexión sobre la forma de vivir la masculinidad desde la vida religiosa. Cf. Madera Vargas, I., *Nueva expresión de la masculinidad en la VR*. En revista CLAR No. 223, noviembre-diciem-

Para colaborar consciente y libremente en el cambio, para gestar con responsabilidad y lucidez la novedad en 'fidelidad creativa'⁶, para ser sujetos constructores de la historia, incluida la historia de la VR, es necesario desenmascarar, nombrar y erradicar los pecados que encubren algunas estructuras que en otro tiempo dieron identidad a la VR, particularmente a la VRF.



En un intento por concentrar con densidad esos males encuentro que, al menos en la VRF, hablar de 'el miedo' es hablar de un mal que efectivamente nos paraliza; me parece que el miedo original es aquél que se desprende de la tensión que genera poner en práctica nuestro derecho a vivir el evangelio como personas adultas y en mayoría de edad.⁷ Este miedo ha tomado formas y estructuras en reglas y constituciones, edificios y obras, relaciones y alianzas que hoy, en el mejor de los casos, sofocan a las personas y amenazan al Espíritu creador.

Es triste, lamentable y doloroso que una práctica frecuente sea la de protegernos de quienes hoy prestan el servicio de autoridad al interior de nuestros institutos y al interior de la iglesia. Nuestra vocación madura, se paraliza o se frustra entre tensiones y conflictos con las superiores, los párrocos, los obispos que pueden silenciarnos, castigarnos o, incluso, excluirnos. «Vete con prudencia», «aguanta», «cállate». Hay una consigna velada para ser cómplices del miedo y así evitar el conflicto propio del profetismo⁸. ¿No será que aseguramos la paz a costa de vivir la radicalidad evangélica en un mundo

bre 2001. Semproni E., *Vida religiosa masculina*. CLAR, No. 231, Marzo-abril 2003.

6 V. C., 37.

7 Si bien es cierto que esto deriva de una comprensión androcéntrica de lo humano, también es cierto que las mujeres hemos colaborado para perpetuarla a través de grandes instituciones como son la familia, la iglesia, la escuela, etc.

globalizado y neoliberal que está generando tanta muerte prematura e injusta?⁹

Como la hija de Jairo, después de doce años de vivir muriendo, escuchamos a Jesús que nos dice: «Levántate». Nos invita a no tener miedo de vivir como mujeres adultas, capaces de participar en las decisiones que nos afectan. Esta invitación de Jesús implica un cambio en nuestra mentalidad, en nuestros afectos y en nuestros comportamientos. Que el evangelio de Jesús sea la regla última de la VRF implica valentía, riesgo, pasión y capacidad para reconocer el error y vivir el conflicto.¹⁰

Tú sígueme

Seguir a Jesús hoy nos exige recordar, en primer lugar, sus relaciones prioritarias, situadas entre su gente, en medio de su pueblo, en su propio contexto histórico. Su relación fundante, como sabemos, es la relación con Dios; Dios trascendente que se ofrece como principio y fin de la historia, como perseverante misericordia, como fuente de vida en plenitud y en comunión; Dios immanente que como Espíritu y como impulso, habita su persona y le empuja a crear la comunión y a anticipar signos de la total plenitud en Dios. Dios encarnado en su condición

8 Nos referimos al profetismo de Jesús, de los profetas y profetisas del A.T. y de los hombres y mujeres que en seguimiento de Jesús han anunciado con su testimonio e incluso con el martirio, que el mal sigue teniendo poder sobre nuestra historia.

9 «La propia Iglesia católica, sobre todo en algunas de sus jerarquías y de sus movimientos, ha renunciado al anuncio y a la práctica de los valores evangélicos, y se ha instalado cómodamente en el sistema del que recibe pingües beneficios, y ha llevado a cabo una inversión de los valores hasta hacer irreconocible el mensaje y la praxis de Jesús de Nazaret. Ha sustituido la defensa de la ortopraxis por la ortodoxia, el Evangelio por los dogmas, la obediencia a la autoridad de las víctimas por la obediencia ciega a las autoridades religiosas, la adoración a Dios por la papolatría, la libertad por la sumisión, la fe crítica por la fe crédula, el seguimiento de Jesucristo por la aplicación rígida del Código de Derecho Canónico, el perdón y la misericordia por el anatema, la construcción del reino de Dios por la construcción de una Iglesia jerárquica...» Mensaje del XXIII Congreso de Teología: «Cambio de valores y cristianismo» (Madrid, 4-7 de septiembre de 2003). *Eclesialia*, 8 de septiembre de 2003. <http://www.ciberiglesia.net/eclesialia.htm>

10 «La norma última de la vida religiosa es el seguimiento de Cristo tal como se propone en el Evangelio, ésa ha de tenerse por todos los institutos como regla suprema. P.C., 2

plenamente humana; Jesús, al relacionarse consigo mismo fue descubriendo procesualmente y desde su realidad, el modo de ser transparencia de Dios en la historia.

Otra relación esencial que observamos en Jesús es la que mantuvo con su pueblo, particularmente con las mayorías marginadas, los empobrecidos, las personas enfermas y pecadoras, las mujeres, las niñas y los niños que entonces no contaban. Desde estas preferencias relacionales, Jesús dialogó con personas de otros grupos de su tiempo y, por defender la vida de quienes la tenían más amenazada, también tuvo relaciones conflictivas con las autoridades políticas y religiosas de su tiempo.

La relación de Jesús con su grupo de discípulos y discípulas para él fue muy importante; era necesario ayudarles a mirar el mundo desde los intereses y las preocupaciones de Dios, capacitarles para continuar su misión, para realizar signos de la presencia de Dios. Jesús, con su grupo, compartió el acontecimiento pascual.

Seguir a Jesús hoy nos obliga a reconocer sus poderes, sus capacidades concretas, sus propios recursos y su manera de ponerlos al servicio de la causa de Dios. Al contemplarle como iniciador y consumidor de la fe,¹¹ llama mucho nuestra atención su poder de transgresión, el poder que nace de su tremenda libertad para defender, a costa de lo que sea, los deseos de Dios. Como nos dicen los evangelios, Jesús violó las leyes del sábado, del ayuno, de la pureza... El mismo cuestionó estructuras fundamentales de su tiempo como la Ley y el Templo. También relativizó realidades muy valoradas por su cultura como la gran familia patriarcal ante la que propuso la comunidad de hermanas y hermanos que escuchan y ponen en práctica la palabra de Dios. Subordinó, bajo esta misma causa, la maternidad y descartó en su proyecto de vida el matrimonio y la reproducción tan apreciados en su tiempo.

Es sorprendente, también, su poder de atracción, su capacidad para seducir e impulsar a dejarlo todo para seguirle a él y para apropiarse de su causa. Jesús convoca a las multitudes de diversas regiones; llama a un grupo de hombres para que estén con él y para enviarles a predicar; atrae a un grupo de mujeres que desean permanecer con él y con su grupo para compartir el mismo proyecto de vida.

Finalmente, de entre los poderes de Jesús, es necesario destacar su enorme capacidad de inclusión. Jesús incorpora en su grupo a gente que entonces era despreciada y marginada. Come con publicanos y

pecadores, incluye a las mujeres en su grupo; reintegra en la sociedad a quienes ella desecha. Jesús tiene una gran capacidad para crear la comunión que favorece la vida en plenitud.

Confesar a Jesús en nuestra cultura posmoderna nos lleva a celebrar los placeres de Jesús. Hoy es motivo de alegría reconocer cómo disfruta con el despliegue de su sensorialidad. Porque tiene capacidad de sentir y solidarizarse con el dolor ajeno, goza cuando ayuda a superarlo y, según el testimonio de los evangelios, muchas veces lo hace con el ejercicio de sus sentidos: toca a las mujeres, a los enfermos, a los pecadores, a quienes a otros les causan repugnancia; mira con ternura y confianza a los desacreditados de su tiempo; escucha a quienes se les ha negado la palabra; come y comparte la mesa con los excluidos; se deja tocar, mirar, escuchar por quienes le buscan, por quienes desean la vida.

Obviamente, Jesús goza intensamente y confiesa en público su alegría por las preferencias de Dios y porque estas preferencias son comprendidas precisamente por la gente sencilla, por los pequeños, por los y las destinatarias primeras de la Buena Nueva de Dios.

Jesús también disfruta con los gozos de su gente, de su pueblo, de sus amigas y amigos. Participa en sus fiestas, en sus bodas, en sus banquetes. Come con ellos, comparte el vino de la alegría y les ama hasta el extremo de gastar su vida toda en favor de la Vida que ama Dios.

Las consecuencias las sabemos. Sus gestos, sus palabras, sus actitudes profundamente humanas molestaron a las autoridades políticas y religiosas de su tiempo. Por eso lo mataron en la cruz. Pero Dios, al resucitarlo, lo confirmó en sus relaciones prioritarias, en sus poderes para la vida, en sus placeres junto, con y en favor de quienes la sociedad podía prescindir.

Por lo tanto, si ahora queremos colaborar en la transformación de nuestro mundo, de la iglesia y de la vida religiosa en seguimiento de Jesús, es necesario considerar las oportunidades que se nos ofrecen desde lo sencillo y lo cotidiano. Para 'levantarnos', como lo hizo la hija de Jairo, es preciso que las mujeres religiosas comencemos por cuestionar y transformar los estereotipos femeninos que, desde nuestra cultura patriarcal, hemos aprendido como éticamente buenos: la sumisión y el silencio, la ignorancia y la dependencia, el sentimentalismo y la resignación, la pasividad y la obediencia ciega, la negación de nuestra sensorialidad y la represión de nuestra sexualidad, el rechazo del placer y la negación de nuestro cuerpo.

11 Heb 12,2

Para colaborar activamente en el renacer de la VR y en la recuperación de nuestra identidad, para participar con lucidez en la creación de nuevas realidades y de relaciones nuevas, es necesario que nos preguntemos: ¿Qué significa hoy ser una buena religiosa? ¿Cuál es la ética que proclama el evangelio?

Aportes de la conciencia de género a la vida religiosa femenina

Consciente de que son muchos y diversos los factores que influyen en la transición, quiero subrayar la importancia que la revolución sexual, el feminismo y los estudios de género están teniendo sobre la VRF.

Todavía hace tres décadas, incluso después del Vaticano II, muchas mujeres se veían obligadas a elegir entre la maternidad física dentro del matrimonio y la maternidad espiritual desde la vida religiosa. La influencia de la ideología patriarcal sobre el determinismo biológico era dominante a pesar de algunas pequeñas fisuras que permitían visualizar otras alternativas de realización para las mujeres. Ahora, en los comienzos del siglo XXI, no sólo se aprueba socialmente una amplia gama de posibilidades profesionales, sociales y familiares para las mujeres sino que se considera factible la elección desde las preferencias sexuales entre las cuales el celibato no es, precisamente, de las más cotizadas. En este contexto las vocaciones femeninas se han reducido de manera considerable. Este dato, entre otros, viene a confirmar que en ocasiones las mujeres elegían la vida religiosa para interrumpir la cadena de dominaciones que se vivían al interior de la familia patriarcal.¹²

También vemos que desde la experiencia personal, el ministerio pastoral y el compromiso con diversas ONG, muchas religiosas latinoamericanas nos hemos acercado al dolor generado en razón de nuestro sexo y hemos apreciado los estudios de género.¹³ Así es como, junto con otras mujeres, las religiosas nos

aventuramos a reconocer las estructuras patriarcales presentes en nuestras historias familiares, congregacionales y eclesiales, y nos apoyamos en el trabajo por transformar formas machistas de relación que, a lo largo de los siglos y a lo ancho de los continentes, siguen generando muerte.

A pesar de que decimos esto en unos cuantos renglones, el impacto que la conciencia de género ejerce sobre la VRF es enorme. La conciencia, como sabemos, tiene un valor muy grande pues hace posible que nos realicemos como sujetos de la historia —individual y colectiva— en libertad y con lucidez.

En este marco, la conciencia de género aporta datos que, además de acrisolar nuestras motivaciones vocacionales, fortalecen nuestro derecho a ser tratadas con dignidad y en condiciones de igualdad.¹⁴

En el camino recorrido con hermanas de diversas congregaciones se constata, con profundo dolor, que algunas de las vocaciones femeninas que surgen en culturas patriarcales y machistas llevan, en ocasiones, la marca del abuso sexual. En las motivaciones de algunas hermanas se encuentra muy hondamente escondida una herida generada con violencia. Es verdad que Dios permite el nacimiento de grandes manantiales a través de esas heridas¹⁵ y también es verdad que, desde aquí, la



cuentra muy hondamente escondida una herida generada con violencia. Es verdad que Dios permite el nacimiento de grandes manantiales a través de esas heridas¹⁵ y también es verdad que, desde aquí, la

13 Hernando, J. S., *El carisma de ser mujer. De una historia de opresión a una realidad liberadora*. Madrid. Pp. 63 ss.

14 «Ciertamente no es posible desconocer lo fundado de muchas de las reivindicaciones que se refieren a la posición de la mujer en los diversos ámbitos sociales y eclesiales...» «Por ello es legítimo que la mujer consagrada aspire a ver reconocida más claramente su identidad, su capacidad, su misión y su responsabilidad, tanto en la conciencia eclesial como en la vida cotidiana.» V.C., 57.

15 Cf. Jn 19,34 pues de la misma manera, del costado de Jesús abierto con una lanza surge un manantial inagotable de vida.

12 McNamara, J. A. K., *Hermanas en armas*. Barcelona.



conciencia de género encuentra fundamentos sólidos y amplias resonancias con el evangelio.

Si en ocasiones los motivos para optar por la vida religiosa nacieron mezclados de temor y de dolor, ahora no sólo se clarifican y atienden sino que se confrontan y confirman para trabajar en favor de la vida y para romper el silencio cómplice ante abusos injustos. Damos testimonio de que el dolor y la indignación se pueden transformar en energía creadora para defender la vida y la dignidad desde la vida religiosa institucionalizada y, también, desde la vida religiosa vivida más allá de las congregaciones religiosas.¹⁶

Ya decíamos en párrafos anteriores que el abanico de oportunidades de profesionalización para las mujeres se ha ensanchado; incluso, al seguir las recomendaciones del Vaticano II¹⁷, las religiosas comenzamos a conquistar espacios de formación profesional y teológica. Simultáneamente constatamos que con la flexibilización de la censura social sobre la soltería femenina la elección del estado de vida es

¹⁶ Hay muchas hermanas que, sin pertenecer a una orden religiosa, confiesan su fe en Jesús y gastan su vida dando testimonio del evangelio. Creemos que también ellas, de otra manera, han hecho una opción por vivir como laicas religiosas.

¹⁷ P.C., 18.

más tardía. Por eso al optar por la vida religiosa muchas mujeres ingresan a nuestras congregaciones con la experiencia de autonomía financiera. Saben que no necesitan hacer méritos para tener derecho a comer del dinero del papá o del esposo, no necesitan depender del compañero o de la ecónoma para cubrir sus gastos, no necesitan autorización para gastar algunos pesos en el transporte colectivo o en la compra de un helado.

La experiencia profesional y la autonomía financiera, a la vez que replantean nuestra concepción del trabajo gratuito y del derecho a una vida digna, propia de las personas adultas, cuestionan la tradicional comprensión que se tenía de las religiosas como 'mano de obra barata' o como servidoras de los sacerdotes. Ciertamente todavía hay personas y generaciones enteras con una mentalidad más bien conservadora pero, con el tiempo, irán desapareciendo así como van surgiendo formas nuevas tanto del trabajo compartido en justicia y dignidad, como de la participación corresponsable en la economía comunitaria. Encontramos algunas hermanas que viven como deber religioso el mantenerse al servicio de los hombres en los trabajos domésticos o secretariales, —sobre todo si se trata de presbíteros—, sin percibir un salario, sin posibilidades de desplegar otras potencialidades y sin alcanzar un reconocimiento público de su colaboración. Sin embargo,

también celebramos que existan equipos de trabajo conformados por religiosas y religiosos que comparten en igualdad la responsabilidad sobre el trabajo común, que conjuntamente generan pensamiento y se comprometen en acciones solidarias y que distribuyen equitativamente los ingresos para colaborar en el autofinanciamiento de sus respectivas comunidades.

Íntimamente vinculada a la experiencia de autonomía financiera está la práctica de la libertad. Al no depender económicamente de otras personas, muchas mujeres han descubierto su poder para decidir el rumbo de la propia vida y asumir las consecuencias de su opción. Antes las mujeres éramos conocidas y adquiríamos identidad por nuestra pertenencia a un hombre: 'es hija de..., hermana de... esposa de...'. Al ejercer nuestra capacidad para autopoesearnos, sabemos que tenemos el derecho y el deber de decir nuestra palabra en cualquier decisión que nos afecte. Además, desde la fe, confesamos que el Espíritu nos habita y que también a nosotras dirige su palabra creadora. Con esto, las religiosas estamos cuestionando la idea que se nos había introyectado de que Dios se comunica en línea vertical y directa con la superiora —si no es que con el capellán o el padre protector— y nos estamos ejercitando en la participación, el diálogo e, incluso, la disensión.

Al coincidir la creciente autonomía de las mujeres con la disminución de los capellanes, las religiosas estamos recuperando el poder que inconscientemente habíamos entregado sobre nuestras conciencias y con ellas, de manera especial, el poder que les habíamos dado sobre nuestros cuerpos y nuestra sexualidad. Si bien es cierto que en los intentos de muchas religiosas por recuperar nuestros cuerpos ha habido confusión, desconcierto y frustración, también es cierto que vamos siendo más dueñas de nuestras acciones y más conscientes de la vinculación e interdependencia entre todo lo que existe. Esto, a la vez que profundiza el conocimiento y la valoración personal, fortalece la creación de relaciones de amistad profunda con personas de ambos sexos y nos impulsa a trabajar en favor de la vida y de la integridad de todo lo creado.

Poco a poco vamos creyendo de verdad que tenemos derecho a decidir lo que queremos hablar y lo que queremos callar, que nuestra conciencia es como 'un sagrario' que nadie puede violar¹⁸ y que la confesión de nuestros pecados requiere un clima comunitario de perdón y de diálogo profundo que, por diversos motivos, rara vez se encuentra en los confesionarios. Al mismo tiempo, se ensancha la so-

lidad entre mujeres, se profundiza la sororidad y se practica comunitariamente el ministerio de la compasión, el perdón y la fiesta.

La vida misma va empujando la historia —y dentro de ella a la iglesia y a la vida religiosa— hacia una organización más comunitaria y menos jerarquizada, hacia un trato justo y equitativo que deslegitima privilegios reclamados en razón de un servicio vivido como poder sobre las demás personas. La experiencia nos enseña que la autoridad se reconoce, se agradece y se celebra cuando se procede con coherencia evangélica.

Las nuevas relaciones con nosotras mismas, entre nosotras, con los compañeros, con la iglesia, con la historia y con la creación posibilitan el cambio de nuestras imágenes de Dios. De un dios castigador, autoritario y lejano a un Dios cercano, compañero misericordioso. De un dios masculino, justiciero y prepotente a un Dios que rebasa los reduccionismos andromórficos y que ofrece su rostro compasivo, su cuerpo traspasado, su vida identificada entrañable y radicalmente con quienes sufren desprecio y marginación en razón de su sexo, su raza, su condición social, su cultura o su religión. Creemos que así, poco a poco, podemos confesar con la vida al Dios en quien Jesús creyó.

El aporte teológico de un número creciente de mujeres es ya importante, a pesar de tantos siglos de silencio y marginación. Ahí encontramos los fundamentos teológicos de la VRF, ahí encontramos nuestra propia experiencia de Dios hecha pensamiento, ahí encontramos la sistematización de la reflexión que muchas mujeres vamos haciendo de nuestra vida como religiosas laicas y como laicas religiosas.¹⁹

La conciencia que tenemos sobre el derecho a reconocer nuestra propia experiencia de Dios y a decir nuestra palabra teológica nos ha llevado a confesar su realidad femenina. Con gozo confesamos que Dios es mucho más que un varón y que, por lo tanto, también podemos hablar de Ella como fuente de vida íntimamente vinculada a la tierra. Con gratitud reverente podemos dirigirnos a Dios como madre, como amiga, como amante.²⁰ Con certeza comprometida podemos proclamar que con Jesús se inició el discipulado de iguales en el que, tanto los hombres como las mujeres, recibimos la gracia de la vo-

19 Se pueden consultar, entre otros, *El rostro oculto del mal*, Ivonne Gebara, Trotta; *Así vemos a Dios*, Isabel Gómez Acebo (Ed.) DDB; *She who is*, E. Johnson; *The image of God*, Kari Elisabeth Borresen (Ed.).

20 Cf. *Modelos de Dios*, Sallie McFague, Sal Terrae.

18 GS No. 16 y 17

cación a la vida y el compromiso de trabajar por defenderla, cuidarla y alimentarla.²¹

Ministerios en perspectiva de género

La interacción que se da entre los cambios que experimentamos en la comprensión y vivencia de la VRF, en nuestras imágenes de Dios y en nuestra práctica pastoral modifican, de manera sustancial, nuestra espiritualidad, los ministerios que de ella se derivan y las liturgias en las que celebramos pública y comunitariamente nuestra fe.²²



21 Hay abundante bibliografía sobre el tema: *La mujer en la Iglesia primitiva*, de Esperanza Bautista, V.D.; *Jesús y las mujeres*, de Maricarmen Bracamontes, Schola; *Las discípulas de Jesús*, Ana María Tepedino, Narcea; *También las mujeres seguían a Jesús*, Suzanne Tunc, Sal Terrae,

22 Las mujeres reunidas en el II Sínodo Europeo comparten sus resoluciones en torno a la espiritualidad: «Las aquí presentes consideramos que la espiritualidad es central en nuestras vidas, una espiritualidad diversa en su origen y expresión y conectada con nuestra forma de experimentar la vida como mujeres. Nos comprometemos a:

1. Explorar y compartir en red intereses y necesidades espirituales
2. Acompañarnos y apoyarnos mutuamente en el desarrollo de la autoconciencia y la reflexión.
3. Animar a las mujeres de las religiones tradicionales a utilizar aquello que les sea útil y a abandonar cuanto les resulte opresivo. Pensar por nosotras mismas con conciencia crítica y desafiar cualquier tendencia de fundamentalismo religioso.
4. Denunciar todas las formas de abuso y, particularmente, los abusos sexuales en nuestras comunidades de fe, y a pedir apoyo y compensación para las afectadas.
5. Celebrar y vivir nuestra espiritualidad en comunidades inclusivas y abiertas
6. Exigir a las religiones/iglesias:
 1. Formas alternativas de culto
 2. La utilización de un lenguaje inclusivo, también para la divinidad
 3. Que acepten y acojan en vez de culpar y condenar
 4. Que permitan acceder a las mujeres a todos los ministerios.

En: *Resoluciones Finales del II Sínodo Europeo de Mujeres*. Barcelona del 5 al 10 de agosto de 2003. Eclesialia, 5 de septiembre de 2003

<http://www.ciberiglesia.net/eclesialia.htm>

Al recuperar nuestra identidad de mujeres y al crecer en conciencia de género, las religiosas integramos en nuestra espiritualidad tanto la comunión fuerte y libre con la trascendencia como la realidad de nuestro mundo que clama a Dios. Percibimos, simultáneamente, que esta espiritualidad genera una transformación interior que se nota en nuestros cuerpos —individuales, corporativos, sociales y cósmicos— y que se explicita en comportamientos éticos que promueven, alimentan y defienden la vida, sobre todo cuando se encuentra amenazada.

Creemos, además, que debemos desechar la idea de que los hombres son «el sexo opuesto» ya que así hemos perpetuado relaciones de oposición, inequidad e injusticia. Así como nosotras estamos llamadas a potenciar dimensiones humanas que se han estereotipado como 'masculinas', ellos también están llamados a desplegar la dimensión femenina que les habita.

Desde estas convicciones hoy confesamos que:²³

Porque Dios libremente nos creó a su imagen²⁴ y decidió derramarse como amor para habitarnos,²⁵ estamos llamadas al ministerio de la bondad, la belleza y la santidad. Sabemos que nuestro ser y nuestro quehacer, si así lo elegimos, puede ser expresión corporal de la dimensión femenina de Dios creador y amante de la vida; puede reconocer, dejarse atraer y vincularse solidariamente con toda realidad que exprese, simbolice y represente a Dios en nuestra historia; puede acoger y asumir los deseos, los dolores y las preferencias de Dios.

Porque fuimos construidas por la mano de Dios desde lo más profundo de lo humano²⁶ y desde lo más

23 Este apartado está inspirado en la reflexión que ofrece Ma. Teresa Porcile en *La mujer, espacio de salvación*, Montevideo, p. 286.

24 Gn 1, 27

25 Rom 5, 5

26 Gn 2, 22

fecundo de la tierra,²⁷ estamos llamadas al ministerio de la comunión, la solidaridad y la armonía para subsanar la solitaria alienante y el individualismo egoísta con el diálogo y la valoración de la riqueza de lo diferente. Nuestro cuerpo y nuestro espíritu pueden sentir, gozar y sufrir con los gozos y los dolores de la humanidad, de la iglesia, de la historia, del universo; apasionarse y consagrarse de manera totalizante a la defensa de la vida, a la solidaridad con lo humano, a la armonía con la creación; incorporarse e incorporar todas, todos, todo en la comunión con Dios.

Por el lenguaje receptivo de nuestro cuerpo estamos llamadas a vivir el ministerio de la interioridad, la apertura, el discernimiento y la verdad. Nuestro cuerpo entero puede dialogar con el Espíritu de Dios que nos habita, nos fecunda y nos recrea permanentemente; escuchar, acoger y discernir los clamores de la creación en sus trabajos de parto;²⁸ desear, proyectar y proponer actos creadores de plenitud de vida en comunión;²⁹ recibir, reconciliar y amar con ternura los intentos de la humanidad que anhela un cielo nuevo y una nueva tierra en la que vivamos relaciones equitativas, dignas y libres.

Porque en el interior de nuestro cuerpo guardamos una semilla de vida, las mujeres y los hombres podemos vivir el ministerio de la alteridad, la transformación y la transfiguración. La espiritualidad de nuestro cuerpo nos permite reconocer, alabar y celebrar la experiencia de la alteridad y la convivencia con la divinidad dejándole permanecer misterio irreductible en su entrañable cercanía; transformar cada gesto, cada palabra, cada hecho, en germen de vida y esperanza; transfigurar los dolores de nuestra historia en tiempos de dar a luz vida nueva, relaciones hermanadas y realidades solidarias; convertir nuestra pasión en compasión por cualquier vida amenazada.

Porque en nuestro cuerpo está inscrita la dimensión eucarística de la existencia,³⁰ podemos vivir el ministerio de la entrega, la gratuidad y la fiesta. La espiritualidad de nuestros cuerpos nos permite alimentar, cuidar y defender la vida con afecto, calidez y entrega gratuita; optar por gastar nuestra vida en favor de la vida, a la manera de Jesús; celebrar, cantar y compartir la

alegría de Dios en cualquier signo de vida resucitada.³¹

Porque nuestro cuerpo está hecho para conservar y dejar crecer en nuestro «centro» la vida, nuestro ministerio será el de la memoria del corazón. Nuestra memoria afectiva, sensual y sensorial nos permite hacer de nuestros sentidos las puertas que vinculan la historia con el corazón de Dios; orientar nuestros placeres y nuestros poderes en la dirección de los amores y las preocupaciones que Dios, en Jesús, ha mostrado en la historia.

Por toda la estructura de nuestro ser como espacio de acogida, comunión y comunicación de vida, las mujeres podemos vivir el ministerio de la transparencia de Dios Trinidad que se abre y se derrama sobre el mundo. Por la espiritualidad que posibilita la estructura de nuestro ser, podemos reconocer que Dios Trinidad escucha con indignación apasionada el llanto de los inocentes; agradecer su decisión de transformar la historia con la colaboración de mujeres y hombres de fe; confesar y proclamar que, en Jesús, Ella nos muestra el camino hacia la comunión de vida en plenitud.

Por la convergencia de nuestro ser y quehacer con la Sabiduría, las mujeres tenemos un ministerio sapiencial, lúdico y pedagógico. Por nuestra espiritualidad sapiencial las mujeres podemos convocar, preparar, compartir y participar en el banquete del mundo, con una «mesa abierta en la que se comparten el pan y la palabra y en la que Dios mismo enjuga las lágrimas que surgieron de tanta opresión, injusticia, violencia y división»;³² por nuestra experiencia sapiencial, podemos gozar con los gozos de Dios que se recrea con los gozos de la humanidad y con la risa alegre de la creación; orientar, acompañar y explorar las posibilidades de lo humano para colaborar con Dios en la administración de su casa cósmica; contemplar, disfrutar y descansar en todo signo amoroso y entrañable de Dios.

Por nuestra familiaridad con la Ruah divina, podemos vivir el ministerio de la profecía. Como amantes apasionadas de Dios, las mujeres podemos denunciar las violaciones de su proyecto, clamar por los ultrajes a sus deseos y los rechazos a su amor; consolar al mundo herido y

27 Gn 2, 7

28 Rom 8,22

29 Jn 20,18

30 Jn 16, 21es.

31 Zubiría, G., *Dimensión Eucarística de la vida desde la espiritualidad de las mujeres*. En *Rev. De Espiritualidad*, No. 13, Diciembre 2001-Febrero 2002.

32 RSCJ. Capítulo General 1994.

anunciar su amor, cantar sus preferencias y celebrar sus victorias.

¡Levántate y come que el camino es largo!³³

Los caminos recorridos, las experiencias vividas, las personas amadas, los estudios realizados han ido arraigando en nosotras profundas convicciones.

Por un lado, la certeza agradecida que nace de la relectura creyente de la historia y que nos lleva a confesar que Dios escucha el clamor humano, mira el sufrimiento, se conmueve ante el dolor y actúa para transformarlo.

Por otro lado, la constatación dolorosa de que la VRF está clamando a Dios por la marginación y opresión de que ha sido objeto, por sus rezagos ancestrales, por los obstáculos para su formación, su crecimiento y su participación, por la histórica discriminación que ha sufrido en razón de su sexo. Por tanto, Dios también escucha el clamor de la VRF, enjuga sus lágrimas y actúa para transformarla.

Tenemos, además, la convicción que nace de la relectura histórica de la VR. Se trata de la confiada certeza de que la VR es creación del Espíritu quien, a la vez que trasciende lo humano, lo incorpora en su proyecto y lo

plenifica. Muchas mujeres religiosas laicas, y laicas religiosas, experimentamos la irrupción del Espíritu que hace las cosas nuevas. Hay muchas búsquedas e intentos. Hay VR con diversas expresiones y modalidades. Tal vez algunas de ellas, como la semilla, tienen que morir para que nazca la vida nueva. Tal vez, otras, sufrirán con gozo y esperanza las transformaciones necesarias para su refundación.

Finalmente, la íntima seguridad de que Dios, para actuar, ha querido contar con lo humano. Y por eso genera en nosotras insatisfacción, inconformidad, deseos de vivir con radicalidad el evangelio y una

gran necesidad de

Dios—con—nosotras. Creemos, confesamos y celebramos nuestro derecho a nombrar a Dios desde la experiencia que su presencia nos regala y nuestro deber de hacer de la VR un cauce humano de su querer. El mundo, nuestro mundo, está profundamente herido por la injusticia y la división; la realidad de pobreza generalizada y de riqueza acumulada por unas cuantas personas, es escandalosa. ¡Clama a Dios! así que tenemos la certeza agradecida de que la VR sigue siendo uno de los cauces humanos con los que Dios cuenta



y a través del cual Dios actúa para empujar la historia a la comunión de vida en plenitud.☐

³³ 1 Re 19, 7

El Cristo que ha cruzado mis fronteras

P. Flor María de la Trinidad

NACIDO EN ITALIA EN 1944, ORDENADO SACERDOTE EN EL 1969, LICENCIADO EN FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA EN LA UNIVERSIDAD GREGORIANA DE ROMA, 3 AÑOS COMO SACERDOTE OBRERO EN LOS BARCOS DE CARGA, 10 AÑOS EN ALEMANIA ENTRE LOS MIGRANTES, 19 AÑOS EN MÉXICO EN LA FRONTERA NORTE Y SUR DE MÉXICO CON UNA PAUSA DE 4 AÑOS EN ÁFRICA, SIEMPRE EN FRONTERAS. EL ÚLTIMO AÑO CON EL JRS (JESUIT REFUGEE SERVICE) EN ANGOLO.

Se escuchó un día en medio del caos de una ciudad sitiada o tal vez en el desierto de Judea un grito que podía ser el encuentro de dos enamorados o el filo de una navaja que corta tu vida: *me has seducido, Señor y me dejé seducir* (Jer. 20,7)

El irrumpir de Dios en la historia de alguien tan definido como Jeremías, nacido en Anatot, hijo de Jelcías, durante el reinado de Amón, de la tribu de Benjamín y bajo la sombra de la capitulación de Je-



SANTO DOMINGO FUNDADOR DE LA ORDEN DE PREDICADORES

rusalén con la consiguiente deportación de su pueblo, se repite en la vocación de quien acepta ser testigo del y para el Reino. Yo también tuve un padre y una madre, nací en una frontera, entre los truenos de una guerra que volcaba Europa y durante una dictadura. La seducción pasó en mi vida por parte de Aquél que rompió la primera frontera del tiempo y del espacio y se hizo tienda plantada en medio de nuestra humanidad: un tal **Cristo de Nazareth**. Desde entonces fue cruzando fronteras.

Él rompió las fronteras de la lógica, naciendo en un país sin pasaporte, vasallo del Imperio, ni siquiera conocía su lengua y sus tradiciones. Nació moreno, y dentro de esta tierra de Palestina, escogió la última de las aldeas. Vivió de forma rara, en contra de expectativas y termina muriendo afuera del muro, como extranjero. No vino como extranjero, pensaba encontrar a *los suyos*,¹ puesto que eran imagen y semejanza de Aquél que lo había enviado y lo consideraron un *alien*. Este Cristo extranjero en la historia, hoy sería un *ilegal* en medio de nosotros, me ha seducido.

Misionero de frontera

Mi consagración nace dentro de una congregación que quiere encarnar en la historia el carisma de una tienda de campaña que se mueve con aquella parte del pueblo de Dios que por x causas deja su tierra.

Desde el día en que saqué a los israelitas de Egipto, y hasta el día de hoy, no he habitado en casa alguna, sino que he andado de acá para allá, en una tienda de campaña. (2 Sam 7,6)

Es el resultado de la lectura sapiencial que de la migración masiva de finales del siglo XIX hizo nuestro Fundador Mons. J. B. Scalabrini. Él dividió la migración como la frontera postmoderna de la humanidad y el *locus teologicus* y diría también *locus ecclesialis* de los siglos venideros. Le hace eco Juan Pablo II al comienzo de su pontificado cuando define la iglesia del 2000 como iglesia de migración.

¹ Jn.1,11



BEATO MIGUEL AGUSTÍN PRO, fusilado en México el 23 de noviembre de 1927

Este concepto de frontera, íntimamente relacionado a la migración, ha sido el corte vivencial de mi dimensión del Reino como consagrado. No todos pueden entenderlo, sino aquéllos a quienes se les ha concedido entenderlo.

(Mt.19,11s.)

He concebido la vida religiosa como

una frontera, la vertiente entre el ya y todavía no, entre el aquí y el más allá, pero más que nada como una invitación a atreverme sobre la zanja fijada por la cultura, la tradición, el establishment en la osadía de la locura de quien ha sido seducido. México,² y su historia me han definitivamente marcado por aquellos barcos quemados a nuestra espalda: para el migrante y el religioso no hay marcha atrás. Desde afuera cada quien, periodistas o políticos, consideran la migración como un fenómeno económico, social, a veces de huida de una situación de emergencia (guerra civil, hambruna, sequía, persecución religiosa o ideológica etc.); para mí, que me he sentado con los migrantes y he comido con ellos, tratando de hacerme diácono de la escucha y samaritano del camino, la migración es **la frontera de los atrevidos, del más allá**. Es lo visto, oído y tocado con mano en las verdades, en los cruceros, en los terminales de autobuses y trenes, en los desiertos, y especialmente en los albergues de los misioneros scalabrinianos de la frontera norte y sur de México y en zonas de conflicto como entre Mozambique y África del Sur, Angola y Congo, lo que ha moldeado mi consagración.

Cuando alguien decide cortar con las raíces más profundas de su ser, desde la familia, la tierra

² Según la tradición Hernán Cortés llegando a Veracruz quemó los barcos diciendo: no hay regreso para España.

donde nació y creció, es como nacer y cortar todo cordón umbilical. El mundo se transforma en tu patio y tú, sin pasaporte, eres de repente ciudadano del mundo. El migrante que he conocido y me ha contagiado es el indocumentado y el refugiado, que depende tan sólo de la misericordia de cuantos encuentra en su camino y de su apuesta sobre el futuro y sobre el hecho que hallará alguien que le tienda una mano o le haga un campito. Las historias de las noches pasadas en el monte, bajo un tejabán, agradeciendo a Dios tener una piedra como almohada y una tortilla como pan del camino han marcado mi consagración.

Mi visión de la vida religiosa se injerta aquí: es una profesión de libertad, donde no limosneo un espacio, sino que me apodero de él, porque vivo más allá de la ley en el sentido paulino e invento mi liturgia, mi eucaristía o la vida comunitaria en la soledad como en medio de muchedumbres.

El Cristo otro - El Dios otro

Confieso la impresión que me causó la vista del primer Cristo negro en África: pelo rizado, labios y nariz aplastada, ojos de luz en el marco de una piel curtida por milenios de sol. Podía haber sido tan sólo una representación artística, hasta que me di cuenta que ese mismo Cristo hablaba con su Dios otro lenguaje, tenía otras categorías, se expresaba con danzas, batuques y colores fuertes. No conocía mis categorías filosóficas y también su teología tenía otro sabor.

En mi peregrinar con los migrantes, descubrí un Dios que habla muchos idiomas, que es hombre y mujer, que tiene otros nombres, que se ha revelado de formas distintas y en tiempos distintos (Hb.1,1s), es Dios del pasado y Dios del futuro, Dios de nuestro *aquí y ahora*.

La migración rompe con la tentación de apoderarnos de Dios, de hacer un Dios a nuestra imagen y semejanza, identificado y muy seguido enjaulado en nuestras culturas, filosofías, políticas y economías. Es un Dios que el migrante lleva consigo que ha escogido la pobreza como su morada, que anda todavía libre... Escuchando a los migrantes de otros credos me di cuenta de cómo hemos vuelto a Dios intocable, definido, encerrado.

La experiencia de estar *in between*,³ quiere decir entre fronteras en todo nivel, hace del migrante un receptor ideal del misterio de Dios que nos rebasa.

Es un Dios que rompe con toda tentativa de hacer de Él un museo, desde el sagrario hasta las estatuas, desde las rúbricas hasta las tradiciones. Es un Dios que sale del sagrario para asentarse en el sagrario de sus hijos, que transforma los templos en esquinas del encuentro en el peregrinar de sus hijos.

De aquí se ha ido fraguando en mí el mandamiento de la caridad: no puedo afirmar conocer y menos amar a Dios si no he entrado en comunión con el otro, el extranjero. Esta ha sido la revolución copernicana de mi vida consagrada: el ser extranjero para muchos, siendo un *ciudadano del mundo y de los santos*. En contacto con tantos credos religiosos y con tantas divisiones entre las ovejas del único redil de Cristo he llegado a lo esencial de mi credo y de mi relación con Dios. Podría decir que mi caminar con ellos ha sido como el exilio de Israel en Babilonia: he salido con mi Dios encadenado como deportado hacia el destierro y he regresado libre con el Dios universal, superadas las viejas fronteras.

El éxodo de un consagrado

Recién llegado a Tijuana hace 20 años escuchaba los corridos del Norte, donde se cantaban las aventuras de los *wetbacks* (*espaldas mojadas*), y se parecían a las antiguas historias de los trovadores, motivo de gloria para el pueblo. Luego se empezó a hablar de *indocumentados*, más tarde de *ilegales* y ahora de posibles *criminales* y *terroristas*. Esta degeneración del lenguaje con todas sus consecuencias de sospecha, discriminación y rechazo se ha vuelto en mi éxodo hacia la Pascua. Ha sido morir con mi pueblo discriminado hasta quedarme a veces solo en la barricada de la dignidad, con la bandera levantada de la esperanza. Es tal vez el camino al cual estamos llamados los consagrados, tras haber sido considerados los perfectos de la santidad somos hoy signo de contradicción. Más y más me siento indocumentado en el mundo, delante de su mentalidad, de una globalización económica y virtual donde tú pasas a ser un simple número o factor exponencial en las grandes planeaciones. De motivo de gloria el consagrado ha ido pasando a ser motivo de sospecha, de rechazo o de mofa. Los faraones de nuestros días siguen con un

³ Es el concepto teológico desarrollado sobre todo en Asia, donde el pluralismo religioso te invita a ponerte en una posición de medio.

proyecto de muerte, van regalando los bozales del silencio, la persecución callada justificada por la seguridad nacional. A veces me he sentido indocumentado dentro de la misma iglesia, cuando los tuyos no te reconocen y no te acogen. ¡Qué fácil es también en nuestros días pasar de largo delante del hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de los bandidos!

Profesión de los votos en solidaridad

Desde el noviciado aprendí a vivir mis votos para ser comunión con Cristo. Hoy mismo, lo encuentro en los caminos de extravío con todo un pueblo en marcha. Mi obediencia se ritma sobre esta gente que no tiene ni el derecho de opinar, de quedarse con su familia y que se ha vuelto misionera sin fronteras. La castidad se empaqueta de una fidelidad cobijada de soledad contemplativa, donde me hago comunión con tantas viudas que quedan atrás, con hijos huérfanos por una temporada o más. Y mi pobreza es la celebración de un Dios que no posee nada porque es lo todo; como seguido me dicen ellos Después del huracán Mitch un joven papá hondureño quería quitarse la vida porque lo había perdido todo, desde su casa hasta su esposa y su niña. Su madre vendió una pequeña televisión y con 300 lempiras lo envió al Norte. Él me decía: *300 lempiras, padrecito, le dieron rostro a la esperanza*.

Desde que en un campo de refugiados, uno de ellos me dijo triste: *éste ya es un cementerio sin cruces*, mi consagración ha querido ser sembradío de cruces de resurrección, plantar el amanecer del tercer día en aquel jardín ya vacío.

Profetas del mañana

América latina se entiende desde su mañana. Esta afirmación me movió el tapete recién desembarcado en Tijuana. Y es el marco referencial de toda vida consagrada, por lo menos de la mía. Nos entendemos desde el mañana, desde aquella parusía que vislumbramos porque brincamos las certezas de la mayoría y nos atrevemos más allá del cerco. La tentación de encerrarnos en una patria. (que el migrante en las palabras de Scalabrini, conoce tan solo en el servicio militar obligatorio y en los impuestos) se parece mucho a la tentación de Israel de regresar a comer carne y cebollas en Egipto. En la esclavitud hay siempre quien te paga. En el consagrado de frontera se repite la misión del centinela como la encontramos en Ezequiel. Cuando un migrante ha cruzado la primera frontera, es un hombre libre y disponible para cualquiera otra frontera, inclusive la del dolor y de la muerte. El migrante me ha amenazado de libertad y contagiado de resurrección. ☞

Hermanitas de Jesús

Betty Herrera
Hermanita de Jesús

Les comparto mi experiencia con el mundo de la calle con el cual trabajo desde hace 3 años y medio.

Lo hago con mucho gusto esperando que ayude un poco a pensar en estas personas desde otro paradigma, y cambie la representación social que tenemos de ellos y ellas, como las y los «pobrecitos» que no saben lo que hacen ni tampoco pedir lo que necesitan. Para recorrer este camino a mí me ha ayudado mucho tener presente la manera como Jesús se relacionó con los excluidos de su tiempo: reconociéndoles su dignidad de personas y reinsertándolos a su comunidad.

Empezaré por ubicar nuestra comunidad y el por qué estamos en ese contexto. En una segunda parte compartiré sobre mi trabajo y la manera como yo, mujer consagrada, me sitúo ante esa realidad.

Hace tres años y medio que estamos en la fraternidad de La Candelaria, en el Centro Histórico.

Llegar aquí significó todo un proceso.

Por carisma y por opción compartimos nuestra vidas en lugares marginales, a través de inserciones que nos permiten vivir las mismas condiciones de vida que nuestros vecinos y vecinas. A través del estar allí, de la presencia respetuosa, la amistad y el compartir, nos revelamos mutuamente que Dios es Vida.

Buscando justamente la vida que Jesús nos ofrece plena para todos y todas, decidimos ir al centro de la ciudad, donde sabemos que se han encontrado desde el tiempo de la colonia, hombres y mujeres de todas edades para vivir en la calle, en condiciones inhumanas.

Nuestra inserción desde un inicio estuvo marcada por dos ritmos: un trabajo compartido con gente que gana su vida en la calle y otro hecho con instituciones presentes entre esas personas profundamen-

te marcadas por la experiencia de vivir en la calle: drogadictos, sexo servidoras, indigentes, niños y niñas de la calle, ladrones, vendedores de sustancias psico activas, etc.

Nuestra oración y compartir común fueron y son espacios privilegiados en los cuales ponemos en las manos de Dios y de nuestras hermanas, lo que vivimos con esta gente y su mundo. Toca lo más hondo de nuestro ser y nos vulnera al igual que a ellos y ellas. Creemos que desde ese compartir vivimos la Buena Noticia que nos da vida y nos convoca para

ser testigos de su Amor.

En mi paso por las Instituciones, he trabajado con diferentes modelos de intervención y reconozco que con algunos he contribuido a mantener la situación que ellos viven en la calle en vez de ayudarlos a salir de ella.

Hace ya un año y medio que tra-

bajo con el modelo ECO2, (Epistemología de la Complejidad y Ética Comunitaria). Me ayuda a situarme en la comunidad en la cual intervenimos, con una mirada más amplia. Trabajando no sólo con la gente «mala» que es el chivo expiatorio de la comunidad, sino también con la comunidad misma. Hemos hecho primero un diagnóstico de la realidad de la comunidad y desde ahí hemos podido ver por dónde trabajar y cómo articular las personas. No llevamos jamás la solución desde fuera. Prioritariamente trabajamos en red con otras Instituciones que están en la zona y con la Parroquia.

Con la gente que vive en la calle desde el año pasado, hemos abierto una carpa en el Jardín de La Soledad (La Merced), a donde vendemos café o chocolate con galletas por la cantidad de \$2.00. Es el mismo precio que tiene una «mona» de activo (solvente) para drogarse y que por ser



barato, la mayoría en la zona lo usa.

En este lugar las reglas son: no introducir droga ni mochilas, no violencia física ni verbal, no robo, no armas y pagar el café. Con el fin de que las personas que deciden entrar, puedan estar seguras dentro de La Carpa. Acogemos a toda la gente que guste entrar y acepte las reglas. Dentro tenemos mesas y sillas para quien guste quedarse a platicar; lo escuchamos con respeto y cariño.

De esta manera proponemos alternativas de vida, después ellos harán sus demandas si es que tienen el deseo de salir de ahí.

Frases textuales que indican lo que ellos piensan del espacio. «Me iba a comprar una mona, pero mejor me echo un cafecito». «suponte que no haya comido en todo el día por echarme unas monas, pero ya con el cafecito y las galletas, algo tengo en mi cuerpecito y me calienta».

Cuando una persona deja en la entrada su mona, activo u otra sustancia y decide quedarse a platicar, vemos cómo se le bajan los efectos de la droga y la transformación que va teniendo. Esto nos permite encontrarla de otra manera.

Llegar a este punto nos costó un año y medio de hacer recorridos y sentarnos a platicar con ellos y sobre todo de no regalarles nada, para que pudieran ver que ellos tienen la capacidad de relacionarse de otra manera y no solo a través de sentirse dependientes de lo que los otros le quieran regalar. Muchas veces nos han dicho que somos «mala onda» que no somos «la banda», «órale, luego nos veremos» y todo porque no hacemos igual que los demás. Mantenernos con nuestro objetivo, ha sido a través de revisar qué efecto nos hace que nos digan las «malas» e insistir que hay otras formas de relación que dignifican más.

Diariamente vienen diferentes Instituciones y particulares a regalar comida y ropa, lo cual les da chance a las personas de pedir o robar dinero solo para drogarse, ya que lo otro lo tienen resuelto.

El respeto con el cual se concibe a la persona en este modelo, lo conecto con la importancia que tenía la persona, los hijos e hijas de Dios, para Jesús. Él no los necesitaba enfermos para ser



bueno, les devolvía la salud y su reinserción a la comunidad.

Con este trabajo he aprendido:

1. Mi ser de mujer consagrada se recrea en este compartir. Para mí vivir los votos no es cuidarme y apartarme de los peligros del mundo, sino vivir el Amor en toda su plenitud en relación con mis hermanos y hermanas, con todo aporte y amenaza que esto conlleva.
2. mi opción por trabajar con esta población, revela algo de mi historia personal que creo, puedo escuchar y sanar en la acogida respetuosa de cada persona.
3. No soy la salvadora de toda esta gente y no llevo la solución en mis manos, por lo tanto puedo reconocermes igual que las personas heridas con la cuales trabajo.
4. Trabajar solo con buena voluntad sin una formación que me lleve a conocer la realidad de este mundo de la calle, es contribuir a que la situación no cambie, sino que persista.
5. El apoyo de mi comunidad y un trabajo de equipo, me ayudan a no perder la objetividad y a guardar una distancia sana que me permite, realmente ofrecer alternativas.

Hermanas y hermanos éste es mi compartir, deseo realmente que contribuya a la reflexión en la búsqueda de una respuesta diferente tanto dentro de la vida consagrada como la vida laical.

Para comentarios, aclaraciones o reclamaciones nuestra dirección es:

Hermanitas de Jesús
 lera. Cerrada de Miguel Negrete # 32-1
 Colonia 10 de Mayo tel. 5542-7604
 Del. Venustiano Carranza C.P. 15290
 Correo-e betyhabibi@hotmail.com
 Un gran abrazo a cada un@. Beatriz Herrera A. ☒



Colaboraciones

Iglesia y poder

Víctor Codina

A lo largo de la historia, la Iglesia ha adquirido los rasgos de una institución de poder «Con la Iglesia hemos topado» dice el Quijote a Sancho, para indicar que han tenido un encontronazo con una institución poderosa.

Estados pontificios, cruzadas, guerras de religión, inquisición...son algunos de los tópicos del poder de la Iglesia. La Iglesia aparece más como poder que como carisma, para utilizar el título de la conocida obra de Leonardo Boff. El «extra ecclesiam nulla salus» ha sido una forma de poder, violento, con respecto a los no cristianos. La conciencia de poseer la verdad produce un distanciamiento de las otras Iglesias y religiones.

Dentro de la Iglesia, el poder lo detenta sobre todo la llamada jerarquía que está investida de una «sacra potestas»:

«Para apacentar el pueblo de Dios y acrecentarlo siempre, Cristo instituyó en su Iglesia diversos ministerios ordenados al bien de todo el cuerpo. Porque los ministros que poseen la sacra potestad están al servicio de sus hermanos,

a fin de que todos cuantos son miembros del pueblo de Dios y gozan por tanto de la dignidad cristiana, tiendan libre y ordenadamente a un mismo fin y lleguen a la salvación» (LG 18).

Pero a pesar de que el Vaticano II ha definido a la Iglesia como pueblo de Dios (LG II) prácticamente se identifica a la Iglesia con la jerarquía y la jerarquía con el poder mundano. De ahí que la Iglesia, sobre todo la jerarquía se codee con los poderes mundanos de la historia, de poder a poder, de sociedad perfecta a sociedad perfecta.

Pero ¿cómo se concilia esta visión de Iglesia poderosa con el evangelio, con la opción por los pobres, con la kénosis de Jesús (Flp 2, 7), con su mansedumbre y humildad (Mt 11, 29), con su entrada en Jerusalén en un pollino como Mesías manso (Mt 21, 5), con su misterio pascual hecho de cruz y de resurrección?

Precisamente a lo largo de la historia de la Iglesia los movimientos proféticos y carismáticos, sobre todo laicales, que han surgido, atacaban este poder de la Iglesia y pedían una vuelta a la Iglesia del evangelio. El hecho de que algunos de estos movimientos acabasen fuera de la comunión eclesial no es obstáculo para detectar su valor profético frente a una Iglesia poderosa.

Y es que el poder que Jesús quiso para la Iglesia no es mundano sino espiritual, evangélico. Jesús advierte a sus discípulos de no ser como los grandes de este mundo ni como los reyes de las naciones que oprimen y avasallan y se hacen llamar bienhechores:



«Ustedes no deben ser así. Al contrario, el más importante entre ustedes se portará como si fuese el último y el que manda como el que sirve»(Lc 22, 26).

Jesús es el modelo :«Así como el Hijo del hombre no vino para que lo sirvieran, sino para servir y dar su vida como rescate de una muchedumbre»(Mc 10, 45).

El lavatorio de los pies, como acto de servicio humilde a los discípulos, es una síntesis de lo que ha sido su vida y de lo que deben sus discípulos ejercitar (Jn 13).

Jesús asume el papel del Siervo de Yahvé que muere por entrega amorosa a los demás (Is 53). El poder de Jesús es poder (exousía) de entrega, de amor, de servicio, de pro-existencia, de muerte en cruz. La fuerza gloriosa de la resurrección es inseparable de

su muerte en cruz. El resucitado es el crucificado, y mantiene las cicatrices de sus llagas. En su vida terrena y sobre todo en su pasión la divinidad se oculta, de modo que Jesús se hace semejante en todo a nosotros menos en el pecado. Cristo es el Jesús pobre y humilde. Sus mismos milagros son ocasionales en el evangelio. Jesús vence en el desierto las tentaciones de poder económico, social y religioso (Lc 4, 1-13). Su mesianismo no es de poder, sino de servicio. La transfiguración es un episodio puntual en la vida de Jesús (Lc 9, 28-36).

La Iglesia, por su parte, se orienta al Reino de Dios que es lo definitivo. Tiene un carácter provisional, de signo y sacramento (LG 1, 9, 48).

El poder de la Iglesia que, podemos llamar carismático, simbólico, sacramental y está ligado al sacramento del orden. Es el poder del Espíritu que el Señor comunica a los pastores de la Iglesia.

Tradicionalmente este poder se ha dividido en tres funciones:

- poder de evangelizar con autoridad a todas las gentes (Mt 28, 19-20), que incluye lo que se llama el magisterio o la capacidad de enseñar con autoridad a los fieles (LG 25)
- poder de celebrar los misterios del Reino y de santificar a los fieles (Mt, 28, 19-20; Mt 16, 19; Mt 18, 18; Lc 22, 19), que incluye toda la actividad litúrgica, sobre todo la eucaristía (LG 26)
- poder de apacentar las ovejas (Jn 21, 15-17), que incluye el ministerio de gobierno pastoral (LG 27)

Esta triple potestad que es don del Resucitado y que implica un carisma del Espíritu, debe ejercitarse en orden al Reino, es decir no como los que tienen autoridad en este mundo, sino como ministerio, es decir como servicio, para mostrar que la Iglesia es una comunidad alternativa donde se viven ya los grandes valores del Reino, en koinonía, en fraternidad y comunión, con sencillez y humildad, con una predilección especial para con los pobres, a quienes se dirige de modo peculiar el evangelio de Dios (Lc 4, 14-22).

Así se ejerció este poder en el NT y en la Iglesia de los primeros siglos e incluso hasta el fin del primer milenio, donde los cristianos conviven fraternalmente (Hch 2, 42-47; Hch 4, 32-37), el Papa Gregorio Magno se califica como *servus servorum Dei*, los fieles participan en la elección de los obispos, hay autonomía de las Iglesias locales y se vive la recepción o sea la participación activa de los bautizados en las disposiciones de sus pastores. Gracias a esta recepción activa se determina el

canon del Nuevo Testamento, se reciben los concilios, se adoptan normas litúrgicas, se canonizan santos. La pneumatología está presente. La Iglesia es ante todo comunidad, cuyo centro es la eucaristía: la Iglesia comunidad hace la eucaristía y la eucaristía hace la Iglesia comunidad.

Aun en medio de innegables tensiones y de pecados (los Padres hablan de la casta meretrix) la Iglesia del primer milenio vive una eclesiología de comunión.

Pero desde el Constantinismo y sobre todo a partir del segundo milenio, con la reforma gregoriana de Gregorio VII, todo cambia: la Iglesia pasa a ser la religión oficial del Imperio romano, se cambian las catacumbas por las basílicas, los obispos tienen el rango de prefectos, los reyes francos dan al Papa territorios que luego serán los Estados pontificios, la Iglesia jerárquica se convierte en autoridad y poder mundano con superioridad sobre los poderes de este mundo porque lo espiritual está por encima de lo temporal, el gobierno se centraliza, desaparece la teología de la Iglesia local, el papa pasa a ser de Vicario de Pedro a Vicario de Cristo y Vicario de Dios, Jefe de la Iglesia y del Estado Vaticano (para la Iglesia primitiva el Vicario de Cristo es el Espíritu). La Iglesia ha ido adoptando en su gobierno interno los métodos de la sociedad absolutista predemocrática. Y se ha ido cerrando a la modernidad democrática.

Precisamente los movimientos contestatarios y proféticos de que hablábamos antes tienen lugar en este segundo milenio contra la Iglesia de Cristiandad: cátaros, albigenses, valdenses, pobres de Dios, humillados, mendicantes, la reforma protestante etc. Piden una vuelta a la pobreza, al evangelio sin glosa, a la Iglesia comunitaria, al respeto a los laicos. En el fondo piden una vuelta a la Iglesia de comunión del primer milenio.

Las cruzadas, las guerras de religión, la inquisición, de las cuales Juan Pablo II pidió perdón en el jubileo del 2000, son típicas de esta Iglesia de poder y autoridad.

De esta época son también las grandes rupturas eclesiales, la del Oriente y la de la Reforma. A la Iglesia romana le ha costado muy caro el haberse convertido en Iglesia de poder y autoridad.

El Vaticano II ha vuelto a la eclesiología de comunión, a la eclesiología del primer milenio, a la Iglesia de la Trinidad, comunidad de fieles consagrada por el Padre, el Hijo y el Espíritu. (LG 4). El Vaticano II ha dejado la categoría de Iglesia clerical para abrazar la eclesiología del pueblo de Dios (LG II). Ha abandonado una eclesiología triunfalista para admitir una Iglesia peregrina que

camina hacia la escatología del Reino (LG VII). Y ha sustituido el concepto juricista de Iglesia sociedad perfecta por el de Iglesia sacramento de salvación (LG 1, 9, 48)

Pero el Vaticano II no ha llegado a arbitrar suficientes estructuras de comunión, que hicieran posible el paso real de una eclesiología de poder a otra de comunión.

No ha tratado del poder del Estado Vaticano del cual el Papa es jefe de Estado, ni ha reformado la forma de elección de los obispos, ni ha tocado el estatuto de los nuncios y de los cardenales, ni ha convertido los sínodos episcopales en decisorios, ni ha establecido normas para la opinión pública dentro de la Iglesia.

Se desconoce lo que significa la recepción.

Las mismas conferencias episcopales cada vez tienen menor vigencia teológica y se han convertido en meros centros de administración. La curia romana cada vez tiene más poder y se interpone entre los obispos y el Papa. Se frenan las voces

proféticas de la Iglesia (teólogos, religiosos-as e incluso obispos), se frena el ecumenismo y la inculturación, hay una clara tendencia a la involución, a volver a la eclesiología del segundo milenio, a una eclesiología de poder y de autoridad, a una Neocristiandad. Los viajes del actual Papa son un despliegue de poder eclesial y temporal a la vez. Se ve necesario hablar de la práctica de los derechos humanos dentro de la Iglesia. Surgen millones de firmas (por ejemplo en el movimiento Somos Iglesia) pidiendo otra forma de ser Iglesia. Hay una fuerte contestación sobre todo en el mundo occidental sobre la moral sexual del magisterio eclesial y sobre la discriminación de la mujer. Hay voces que piden un nuevo concilio para resolver cuestiones que van más allá de lo que pueden decidir los sínodos. El mismo Juan Pablo II soñaba con un encuentro pancristiano para el año 2000 en Jerusalén (Tertio millenio adveniente 53.55)



Es sintomático de esta situación el hecho de que el papa Juan Pablo II se haya dado cuenta de que el modo actual de ejercer el primado de Pedro no responde al evangelio ni al ecumenismo ni a las exigencias de nuestros tiempos y ha pedido a teólogos que revisen y reformulen este carisma petrino. (Ut unum sint 95) Los trabajos de Quinn son un intento de repensar el primado petrino para nuestros días (Cf John R. Quinn, La reforma del papado, Barcelona 2000; Véase también el estudio de Carlos Schickendantz ¿Adónde va el papado? Buenos Aires 2001). El primado petrino que debería ser signo de unidad entre los cristianos, como ya lo reconoció con dolor Pablo VI, se ha convertido en el mayor obstáculo para la unión de las Iglesias.

Pero en la Iglesia, junto al poder jerárquico, hay otras fuerzas eclesiales que también constituyen poderes evangélicos. Pensemos en la misión sacerdotal, profética y regia de los laicos (LG IV), o en el poder carismático y profético de la vida religiosa. (LG VI). Precisamente las grandes corrientes de vida religiosa han nacido en la Iglesia como respuesta profética a situación de endurecimiento de la gran Iglesia ante las diversas crisis históricas. Hoy día los laicos, sobre todo las mujeres, despiertan de su letargo

secular y comienzan a hacer escuchar sus voces en la Iglesia.

Son fruto del Espíritu para el bien de la Iglesia, como lo es la misma jerarquía. No hay que oponer poder a carisma sino que hay que reconocer que todo poder evangélico en la Iglesia es un carisma del Espíritu para el bien del cuerpo eclesial. Hay pluralidad de carismas y aunque le toca a la jerarquía el discernir sobre su autenticidad, no se puede extinguir el fuego del Espíritu: «No apaguen el Espíritu, no desprecien lo que dicen los profetas. Exámenlo todo y quédense con lo bueno» (1 Tes 5, 19-20; cf LG 12)

Precisamente una de las tentaciones de la jerarquía es no atender a estos carismas que surgen del Espíritu en la Iglesia y que constituyen su

dinamismo más profundo. Por otra parte estos carismas no jerárquicos tienen el peligro de constituirse en islas al margen de la jerarquía.

Carismas jerárquicos y carismas no jerárquicos deben complementarse y corregirse dialécticamente. Corresponden, en el fondo, a los principios cristológico y pneumático de la Iglesia. Entre Cristo y el Espíritu no hay contradicción, sino mutua relación y complementariedad. El Espíritu prepara la obra de Cristo, Cristo comunica el Espíritu y el Espíritu del resucitado lleva adelante la obra de Cristo que es la Iglesia. Estamos ante el misterio de las relaciones intratrinitarias, ante la perichóresis que une amorosamente y compenetra al Padre con el Hijo y el Espíritu.

Otra consideración merece la relación de la Iglesia como totalidad con los poderes de este mundo.

La Iglesia no puede presentarse al mundo como una institución poderosa en competencia con el poder mundano de la sociedad, a pesar de que tenga sus estructuras, sus centros, sus templos, su organización. No es este su lugar, a pesar de que muchas veces se equiparen las autoridades eclesiásticas a las civiles. El poder de la Iglesia es simbólico y sacramental, sus riquezas son los pobres, su fuerza el evangelio. No se sitúa al lado de los poderes de este mundo a pesar de estar en el mundo. La *Gaudium et spes* es clara a este respecto (GS 73-76).

Precisamente la vida religiosa, con su acentuación de la pobreza, es una forma de no identificación con el poder mundano de la Iglesia. Francisco de Asís es una crítica profética a la teocracia pontificia de Inocencio III, quien a pesar de todo aprueba su carisma.

No se puede negar que la Iglesia necesita de instituciones para poder cumplir su misión encarnada en la historia. No podemos caer en un angelismo peligroso. Pero estas estructuras han de ser las mínimas y siempre justificadas al servicio del Reino y de los pobres. Sólo un discernimiento podrá ver si estas estructuras están realmente al servicio del Reino y de los pobres. Cuando fueron martirizados los jesuitas de la UCA de El Salvador se vio claramente que su estructura universitaria estaba al servicio del Reino y de los pobres.

Lo que la Iglesia pide a la sociedad no son riquezas ni privilegios, sino libertad para poder ofrecer un sentido a la vida. Libertad para anunciar el evangelio, es lo único que Juan XXIII pedía en la apertura del Vaticano II a los poderes de este mundo.

En un mundo secularizado y globalizado, la Iglesia no puede presentarse como poder ante la sociedad, en competencia con los poderes mundanos y temporales. Su misión es anunciar el Reino de Dios y alzar su voz profética ante los nuevos signos de los tiempos, como oferta de sentido y de vida alternativa.

En una sociedad pluralista la Iglesia no puede pretender que su voz sea la única que se escuche, ni que sus opciones pasen a ser las de todos. No puede impedir la Iglesia, por ejemplo, que la sociedad civil regule el divorcio o incluso las casas de prostitución, aunque para los católicos estén descartados ambos supuestos.

La Iglesia ha de dialogar con una sociedad pluralista, que busca una ética de mínimos, aunque ella tenga una ética de máximos.

En un mundo pluralista en lo religioso, la Iglesia no puede arrogarse el derecho de poseer privilegios ni de condenar a los demás, sino que ha de tener una actitud de diálogo con las otras confesiones religiosas, buscando la paz, la justicia y la salvaguarda de la creación.

Pero de hecho la Iglesia aparece como poder junto a otros poderes temporales. Y la Iglesia que predica igualdad y respeto a los derechos humanos es una sociedad verticalista, machista, clerical y centralizada, que añora el poder temporal de otras épocas y no respeta los derechos humanos en su seno.

Es necesario que el polo profético de la Iglesia ejerza una crítica desde el evangelio a este poder mundano de la Iglesia, para que vuelva otra vez a los cauces evangélicos. Todos soñamos con una Iglesia tal como se pedía en Medellín:

«Que se presente cada vez más nítido en Latinoamérica el rostro de una Iglesia auténticamente pobre, misionera, pascual, desligada de todo poder temporal y audazmente comprometida en la liberación de todo el hombre y de todos los hombres» (Medellín 5,15.)

Es lo que Juan XXIII y Pablo VI intentaron con el concilio Vaticano II. Pero el Vaticano II todavía no ha sido plenamente recibido por la Iglesia. Hemos de recoger el testimonio de los mártires y los profetas de nuestros días para operar una verdadera conversión de la Iglesia al Reino de Dios. Otra Iglesia es posible. ☩



Por supuesto que he cambiado. Jesuita y Teólogo: mi persona y mi Actividad.

Luis del Valle.

Teólogo del CRT

Artículo publicado en la revista SAL TERRAE,
OCTUBRE de 2003

I) Jesuita, mi persona: entre la ley y la libertad. De la amistad sólo con Jesucristo a amistad con muchos más. De la vida de Dios como gracia sobreañadida a la naturaleza, a la vida humana como la vida divina comunicada al humano.

II) Teólogo, mi actividad: Quiebres y continuidades: La teología escolástica y la —lamémosla así—rahneriana. Antes y después del Concilio Vaticano II. Antes y después de Medellín. Nuevos sujetos de la teología.

III) Algunas reflexiones sobre caridad en la pasividad, paternidad-filiación, temor y obediencia a Dios

1.- Mi formación como jesuita sucedió en los tiempos anteriores al Concilio Vaticano II. Y me toca empezar mi actividad como profesor de teología en abril de 1963, entre la primera y la segunda sesión del Concilio.

Mirando hacia atrás encuentro que fui formado en dos vertientes por lo menos divergentes, y en ciertos momentos opuestas.

Entré al Noviciado con toda la buena voluntad de quien quiere incorporarse a la Compañía de Jesús y dejarse moldear por ella. Y me encontré en una estructura de vida en la que todo estaba definido. Muy claras las relaciones de autoridad y la vida toda organizada en todos sus tiempos cada día y a través de las actividades que se iban desarrollando.

Se nos decía, y lo vivíamos con toda naturalidad, que estábamos en la vida religiosa para cumplir la voluntad de Dios y que eso lo realizábamos continuamente dado que cumplíamos en todo momento con lo que él quería manifestado en las Constituciones, ordenaciones de los Padres generales, orientaciones del Provincial, órdenes del Maestro de Novicios (luego del Rector de la casa) expresadas muy concretamente en el reglamento del Noviciado, en las costumbres escritas y recibidas por tradición. Sabíamos —qué maravilla— en todo momento qué es lo que quería Dios que hiciéramos. Ni la menor duda. Y parecía que eso iba a durar

toda la vida. No siempre sería fácil, podríamos fallar, pero siempre estaba claro lo que debíamos hacer. Y el ser fiel así y cumplidor en todo momento y por toda la vida era heroico, propio de los santos. Precisamente San Juan Berchmans fue canonizado como quien no hizo nada más que cumplir fielmente con todo lo de la vida ordinaria. Se nos citaba una máxima de él: «Mea maxima poenitentia, vita communis» (Mi mayor penitencia, la vida común), y se nos decía «age quod agis» (Esmérate en cumplir con lo que estás haciendo).

Aunque el deseo de hacerme jesuita se había alimentado con las realizaciones de jesuitas misioneros en «lejanas tierras» (leí una colección de libros titulada «Desde lejanas tierras»), en el tiempo del noviciado y de la formación no debíamos pensar en el futuro, en lo que haríamos o seríamos al terminar la formación. Eso ya vendría, los superiores nos mandarían a nuestros trabajos apostólicos para los que por el momento nos preparábamos. No había ninguna necesidad ni utilidad en que tuviéramos contacto con lo que sucedía en el mundo en general. Hasta nos estorbaría porque nos distraería de nuestra importante tarea de prepararnos para el futuro. Cada etapa con su finalidad precisa y sus actividades apropiadas. Saldríamos de las varias etapas como jesuitas sólidos en la espiritualidad ignaciana, formados en el contacto en su lengua con los grandes humanistas greco-latinos, con buen manejo de la lengua castellana, conocimientos de otras lenguas y capacidad retórica para convencer a los auditorios, con dominio de LA filosofía perenne y por tanto muy bien formados en lo intelectual y con más cualidades que adquiriríamos luego como maestros en alguno de nuestros colegios y todo eso coronado por la teología: conocimiento de la Doctrina de la Iglesia desde las fuentes de la revelación.

Este era el plan desde el principio para la formación y con sus adaptaciones para la vida apostólica de después. No lo viví así siempre. Al principio sí por la aceptación incondicional de lo que se nos dijera y enseñara. Después de un tiempo,—unos años—funcionó la otra vertiente de formación, divergente y en momentos opuesta.

También nos dieron los ejercicios de San Ignacio. Nos «daban» los ejercicios, pero poco a poco los fui haciendo yo mismo conforme fui superando la actitud de sólo aceptar y asimilar las pláticas que nos proponían como «puntos de meditación». Y también el ir entrando yo mismo en el texto y sentido de los ejercicios con ayudas de quienes

habían ido de nuevo a su fuente en las cartas de S. Ignacio y los primeros comentarios. Y así descubrí que los ejercicios son la preparación para recibir de Dios el don de su libertad. Jesucristo nos vino a hacer libres. Eso es lo que Dios nos comunica al crearnos. Y es lo que nos cuesta trabajo asumir, o lo que no queremos vivir. Y los ejercicios son una pedagogía para que vayamos queriendo y de hecho queramos aceptar en nosotros el don de la libertad de Dios. En un nosotros percibido primero quizá como simple plural: en cada uno de nosotros, y luego como verdadero colectivo, como un nosotros-pueblo de Dios.

Dentro de mí chocaban las dos dinámicas: la de encontrar la voluntad de Dios en las leyes, reglamentos, costumbres e indicaciones concretas y la de ir descubriendo mi libertad en la de Dios. Ir participando de la libertad de Dios; ir haciendo mía la libertad de Dios como regalo suyo. Y esto en el mundo real en que vivimos como individuos y como sujetos colectivos. No alejado de ese mundo hasta que me tocara recibir el envío hacia él, cuando ya

estuviera preparado para afrontar cualquier reto de la realidad al terminar la larga formación.

Desde luego no fue un proceso corto ni que haya comenzado muy pronto. Y aun después de comenzado y de que se fuera realizando dentro de mí, tomé conciencia de él poco a poco, primero confusamente y luego con claridad.



SAN IGNACIO DE LOYOLA FUNDADOR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Un artículo del P. Estanislao Lyonnet, *Libertad cristiana y ley del Espíritu*, publicado en el primer número de la revista francesa de espiritualidad *CHRISTUS* me dio la expresión de lo que yo ya había llegado a sentir, saber y persuadirme.

Cristo nos vino a liberar de la ley. ¿De qué ley? Lyonnet responde que se ha dicho que de la ley

judía, pero hace ver que de toda ley. Que la ley de Dios no es propiamente ley. Y el papel de la ley es el del pedagogo, el esclavo encargado de educar a los niños hacia la adolescencia y edad adulta. La ley nos prepara y conduce hacia la libertad de los hijos de Dios..

Lo digo muy rápidamente, pero esa lectura armó dentro de mí lo que yo había ido sintiendo y viviendo desde hacía tiempo sin formulármelo con toda claridad.

Fue una desmitificación de la autoridad para ponerla en su lugar. Poco después el Concilio Vaticano II nos haría ver que llegamos a conocer la voluntad de Dios de muchos modos y no sólo por medio de la autoridad.

Conocemos los designios de Dios

escrutando los signos de los tiempos.

Y ahora las dos dinámicas siguen existiendo en la Compañía ya formada. Oposición frontal algunas veces. Y oposiciones no frontales, pues también fuimos aprendiendo que las leyes tienen límites, que las hay meramente penales, que la epiqueya es la virtud por la que se atiende en las leyes a su espíritu más que a su letra, que las leyes pueden dejar de

serlo, que ningún legislador puede prever todo el ámbito sobre el que legisla, etc.

Mirando la historia de la orden encuentro que las dos dinámicas han estado en ella de diversas maneras por épocas y lugares. La impresión más general es que los jesuitas han sido los sacerdotes o religiosos como deben de ser, que cumplen muy bien su papel. Y también los que han abierto caminos y roto moldes. Figuras institucionales y figuras carismáticas. Grupos institucionales y grupos carismáticos.

Puedo decir de mí que se dio el proceso de comenzar en la obediencia natural y sencillamente vivida en un ambiente separado del mundo y poco problematizado para poco a poco después de un tiempo irme haciendo dueño de mí mismo; el proceso de buscar a Dios sólo mirando hacia arriba en el campo de la autoridad, a irme integrando a mí alrededor con los compañeros, amistades, entorno social para ir encontrando a Dios y sus designios allí también. Proceso tensionante y liberador. La introyección de toda autoridad como norma última del actuar me hubiera dejado niño toda la vida si no hubiera sido cuestionada por la irrupción del don de la libertad de Dios en la libertad mía y de todos y cada uno de los humanos, hijos de Dios. Hay momentos en que la libertad deslumbra tanto, que quisiera uno que no existiera la ley, ninguna ley y quedarnos en la anarquía. Pero la libertad es también responsabilidad. Me atrevo a glosar la famosa frase de Agustín «Ama, y haz lo que quieras», diciendo «Sé libre y haz lo que quieras». Y no es glosa sino equivalencia en cuanto que el don de Dios es Dios mismo, Dios es amor gratuito y libre.

Se dieron en mí otros dos procesos que enuncio rápidamente.

De vivir sin amistades a gozar de la amistad de muchas personas, jesuitas y no jesuitas, mujeres y varones, grandes y chicos. Lo cual ha sido una fuente de grandes gozos y también tristezas por compartir los dolores de otros y por las despedidas cuando hay separaciones físicas o cuando han muerto. En los 40s se nos decía que como religiosos jesuitas éramos hermanos, pero no amigos. Que cuidáramos nuestros afectos para entregar todo nuestro amor a Jesucristo, sin mermarlo dando parte de nuestro corazón a otros amores terrenos. Pero con el tiempo descubrí que el amor no es una cantidad que se disminuye cuando se da. Y que el llamado de Dios es a amar como él ama, en

gratuidad y libertad y sin límites en cuanto nos es posible.

De saberme creatura a la que luego Dios quiso regalarle el don de su gracia sobrenatural, a saberme hijo de Dios por el mismo hecho de ser creatura humana.

Una vez me sentí muy lúcido explicando cómo es eso de que la vida verdadera es la vida sobrenatural, frente a la cual la vida natural no vale nada: «La vida sobrenatural es la que procuramos y aumentamos o disminuimos y hasta perdemos con los actos meritorios o demeritorios (y pecados) que hacemos bajo la guía y control de la fe. Y para esto tenemos la vida natural, para hacer méritos, y por lo que la fe nos dice nos conectamos con el mundo sobrenatural. Podremos tener muchas virtudes naturales, pero no valen absolutamente nada en el mundo sobrenatural, como una superficie que vale cero en un mundo de tres dimensiones. Podemos ver un cuadro que represente por ejemplo un paisaje con muchas profundidades. Pero por más que lo parezca en la realidad es cero de profundidad. Parecerá maravilloso, pero no es nada. Así una gran virtud de filantropía por la que somos bondadosos con los demás, si por la fe no la convertimos en *caridad fraterna*, no vale absolutamente nada.» Hasta aquí mi lúcida explicación de cómo vivíamos al principio la relación con lo sobrenatural.

Pero el Evangelio nos dice que si hacemos el bien (dando de comer, visitando al preso...) al prójimo seremos de Jesús el Señor, sin necesidad de tener en la conciencia que lo estamos haciendo por él. Ahora puedo referirme al pasaje de la descripción del juicio final (Mateo 25, 34 ss) y en él expresar que vivimos la vida divina comunicada gratuitamente por Él al crearnos. Nuestra vida es amar.

Este proceso de crearme que vivía en la dualidad del plano natural y del sobrenatural a reconocermelo como hijo de Dios, participante de su vida desde el mismo comienzo y origen humanos, se dio en mí como persona, pero fue también un proceso de mi teología. Y aprovecho esto para pasar a hablar de mí como teólogo, de mi actividad.

2.- Cursé la teología durante los años 1955 -1958. Los textos de teología publicados en la BAC por profesores Jesuitas eran la guía de nuestro currículo. Nuestros profesores no eran meros repetidores de esos textos, pero fundamentalmente eran de la misma formación y tendencia. Fielmente escolásticos. Muy pocos de nosotros entendíamos alemán, pero circulaban ya traducciones de escritos

de Karl Rahner y accedíamos a traducciones al francés; también leíamos autores franceses y belgas, pues sí leíamos francés. Esto nos abría la mente a otra teología, a otro método además del estrictamente escolástico; a examinar las cuestiones sin haberlas prejuzgado ya en la misma definición de los términos. Se me fue haciendo claro que el método escolástico es un método de exposición y no uno de investigación. Y nuestro estudio no debía ser siguiendo el método de exposición, si queríamos investigar y aprender por nuestra cuenta y no sólo repetir lo de las clases o lo de los libros de texto.

Se nos abrían nuevos panoramas además de las propuestas de nuestro teologado en el método y también en un planteamiento básico: el tratamiento de las relaciones entre lo natural y lo sobrenatural. Se dan estas relaciones desde la unidad entre el orden de creación con el orden de salvación-redención. Y el mismo lenguaje cambiaba. Se iban dejando esos términos de natural y sobrenatural para hablar más bien de la vida divina en estas humanas creaturas, individuos y colectivos. Esta corriente que ha recibido el nombre de «la nouvelle théologie» suscitó sospechas y llamadas de atención por el temor de que estuviera negando la gratuidad del don de Dios. La encíclica *Humani Generis* puntualizó que no se puede afirmar que Dios no pueda crear seres inteligentes sin que les comunique su misma vida.

Varios de los teólogos de esa corriente fueron llamados por obispos como sus asesores teológicos en el Concilio Vaticano II. Y su pensamiento fundamentado en las fuentes de la revelación y en la tradición primera de la Iglesia está en el trasfondo de los documentos del Concilio.

Después de la licenciatura en teología vino el doctorado en la Universidad gregoriana de Roma. Tenía ya la misión de ser profesor en el mismo teologado de México donde había hecho la licenciatura. Yo concebía esa mi futura tarea con la formulación «predicar el Evangelio como profesor de Teología» Me quedaba claro que la ciencia teológica está al servicio de

la fe. Lo primero no es la ciencia y la erudición sino la fe vivida y comunicada.

Regresé a México y comencé mi labor de enseñanza el 22 de abril de 1963, después de haber tenido la fortuna de estar en Roma durante la primera sesión del Vaticano II.

Tiempos de grandes cambios. Teníamos el reto de reformar la enseñanza de la teología para responder a los signos de los tiempos. Así busqué junto con otros enseñar con métodos activos de los alumnos. Que aprendieran teología haciéndola. Fui cambiando de ser catedrático a coordinador de talleres de producción. Como catedrático preparaba lo mejor posible los temas que iba exponiendo durante la mayor parte del tiempo con unos minutos para resolver dudas. Como coordinador de taller les señalé a los alumnos una carga de lectura apropiada al tema del día y les pido que presenten sus preguntas y comentarios y sobre eso conversamos y discutimos. En momentos explico supuestos o malos entendidos si la conversación-discusión lo postula, o doy información si veo que les falta. Es un taller de producción en el que cada uno aporta lo suyo. El profesor trae, además de sus inquietudes, lo que sabe y su experiencia acumulada. Taller de producción y aprendizaje de teología, de ciencia al servicio de la fe.

Nuestro cambio fue no sólo pedagógico. También epistemológico. Los alumnos deberían trabajar pastoralmente para que comunicaran su experiencia de fe y la teología que la expresa, la hace



comunicable, y para que también se alimentaran de la fe del pueblo. Fue una opción epistemológica en el sentido de poner en práctica que las realidades se conocen cuando uno trabaja en ellas y de alguna manera las transforma.

La reunión episcopal latinoamericana de Medellín (1968) impactó nuestra enseñanza. La opción por los pobres configuró también nuestro teologizar. No sólo como un contenido que estudiar, sino sobre todo el impulso a considerar la vida toda desde la óptica de los pobres.

Después de los ajustes según esas tres opciones, la pedagógica, la epistemológica y por los pobres, vinieron varios años en que se consolidó esa forma de cultivar y comunicar la teología en las clases, seminarios, encuentros, escritos.

Y la teología en relación con el pueblo, con los grupos más en la base, pretendía también que fuera según esas opciones. La teología y la vida de las iglesias se entrelazaron. Se empezó a dar un proceso del que no se cayó en la cuenta al principio: los teólogos se hicieron pueblo y el pueblo se hizo teólogo. O matizando: los teólogos se hicieron al pueblo y el pueblo fue haciendo teología a su modo.

Los obispos y los teólogos, cada quién en el papel que les toca, asumieron el ser voz de los sin voz. Para ello pastores y teólogos nos dimos a la tarea de recoger de los pueblos las narraciones de sus experiencias de Dios. Y después las sistematizábamos y relacionábamos con las fuentes de la revelación y con la teología ya elaborada y les devolvíamos a esos pueblos «su teología».

Por un buen tiempo ese fue el planteamiento hasta que poco a poco nos fuimos percatando de que los pueblos, y los pueblos pobres en particular, sí tienen voz. Sólo que no tenemos nosotros oídos para escucharla. La conciencia de la diversidad de culturas y de la necesidad del diálogo intercultural nos —y me— fue acercando a recibir de los pueblos pobres su experiencia de Dios como ellos la expresan y hacer a un lado la postura de que sólo si la expresan según nuestros sistemas de organizar pensamientos y de relacionarlos a nuestra manera con las fuentes de la revelación como nosotros las comprendemos, sólo así es teología. Como nosotros la hacemos es teología; como ellos la hacen es teología. Lo que sigue es el diálogo entre esas diversas teologías, no para llegar a la única teología después del choque de todas, sino para que cada cultura corrija y potencie la suya aprendiendo y enseñando a las otras.

Y esta es, como ahora me parece, mi etapa teológica actual. No desconociendo ni descalificando las anteriores sino haciendo que la teología como la he hecho antes dialogue ahora en plan de igualdad con otras teologías de otros nuevos sujetos. Y superando la tentación de imponer las reglas del juego en la intercomunicación, aunque tampoco permitiendo que las impongan otros. El diálogo debe abarcar también las condiciones y modos del mismo dialogar. Quizá habrá que encontrar en cada diálogo el modo de hacerlo. Cada quien ha de exponer a su modo su experiencia de fe con su propia elaboración y expresión, pero teniendo en cuenta que se comunica con otros diferentes y por tanto sin hacerse esotérico.

Con esto me expuse como jesuita y como teólogo, mi persona y mi actividad. He ido mostrando continuidades y quiebres. Cada uno de estos quiebres ha significado dificultad interna primero para discernirlo y asumirlo. Ayudas han sido los amigos, pues no fueron rupturas individuales. Y después dificultades externas por buscar algo desacostumbrado. En general se tiene miedo a lo desconocido. A quien lo propone se le ignora, cuestiona y ataca. El ambiente postconciliar fue de aliento a los nuevos vientos y apertura a los cambios. Una treintena de años de primavera en la que brotó nueva vida.

3.- Algunas reflexiones.

Reflexión sobre la caridad en la pasividad

Toda la vida ha sido actividad y pasividad, dar y recibir. No creo que sea típica de la edad avanzada la pasividad. Suceden cambios que vienen lentamente y por eso no se notan de pronto, como cuando va uno subiendo una ladera y de pronto ve uno el paisaje hacia abajo y entonces cae uno en la cuenta que se está arriba, en otro plano. Así en la vida. En un momento dado me veo en otro plano, a pesar de que los cambios en el ser y en las actividades van siendo graduales entre ruptura y ruptura y estas mismas no parecen tales hasta que las miro desde este nuevo plano. Ahora sé que mi papel es el de asesor y consejero desde la experiencia acumulada y la historia vivida. La carga de las decisiones y la responsabilidad de que los asuntos marchen ya debe de ser de otros. Pueden y deben pedir y escuchar el consejo de quienes los hemos precedido. Un deber de ellos que nosotros no hemos de exigir. Si no lo hacen se privan de una muy buena ayuda. A nosotros no nos toca imponerles nada. Si nos hemos ganado autoridad ante ellos intervendremos aportando experiencia,

consejo e historia. Mucho tendrá que ver con la capacidad que habremos tenido de hacer amistades intergeneracionales. De hecho los nuevos dirigentes no son nuestros amigos necesariamente. Pero si tuvimos la capacidad de esas amistades intergeneracionales, también nos habremos sabido ganar el respeto de personas de otras generaciones.

Quizá cada vez seamos menos requeridos. Parece que los tiempos muestran a los que toman decisiones con tendencia a la autosuficiencia. Estamos en época de autoritarismos en lo civil y en lo eclesial, en niveles locales y mundiales, en lo económico y en lo político. Lo que observamos en Seattle y luego en otros foros de los poderosos con sus contraforos con protestas y propuestas da cuenta de la tendencia autoritaria y además del ansia democrática y libertaria de muchos grupos humanos y una incógnita sobre las bases sociales. Ya no nos toca a nuestra edad estar activamente en esos movimientos. Pero sí alentarlos y apoyarlos y recordarles la historia y en lo posible ayudar a que encaucen los arrebatos juveniles sin reprimirlos ni suprimirlos.

Reflexión sobre la paternidad-filiación

A estas alturas de la vida muchos de mis coetáneos son abuelos. Reviven la experiencia de la paternidad. Como jesuita no participo de esa experiencia. A su modo sí tengo la experiencia de la paternidad. En parte es la propia del sembrador que sabe que hubo fruto de su siembra, pero no lo puede determinar ni concretar. A veces me he sorprendido ante las declaraciones de varios en distintas épocas de mi vida que me han dicho que su vida ha sido otra desde su encuentro conmigo. Esto es, a mi modo de ver, experiencia de paternidad-filiación. Eso si nos referimos a individuos. La experiencia de paternidad es a fin de cuentas la de participar del amor de Dios que es gratuito, donación que nada pide. No pide que lo amemos, no responde a que lo hayamos amado. Él es origen (y no terminal) de todo amor. No nos amó para que lo amáramos ni porque lo habíamos amado. Y al comunicarnos su amor nos da la dinámica de amar igual, en gratuidad, no para que nos amen ni porque nos han amado. Y ésta es la verdadera paternidad. Tendremos que desligar a Dios del concepto de Padre como suelen tenerlo los seres humanos todos. Y saber que Dios es principio de todo amor gratuito y libre. En ese sentido es padre, madre, amigo, amiga,

amante. El es amor. Si nos amó, amémonos todos los uno(a)s a los otro(a)s. La experiencia de recibir de Dios y comunicar un amor así es la Filiación-paternidad-filiación.

Reflexión sobre la fe y el temor y obediencia a Dios

Con Dios me relacioné con mucha sencillez desde niño. Era la fe de mis papás. Su teología era la del catecismo del P. Ripalda. Si su práctica hubiera correspondido a sus teorías teológicas, no habrían sido lo bondadosos y cariñosos que fueron junto con un gran sentido común. El temor a Dios estaba en mí como discurso, pero no como realidad. A mi mamá le preguntó una de sus nietas que por qué hemos de tener temor a Dios si nos ama. Y la respuesta: «a lo que le hemos de tener temor es a no querer a Dios.»

Y en toda mi vida ese relacionarme sencillo y sin aspavientos con Dios ha sido una roca firme en las crisis de fe en cuanto que las deslealtades y traiciones de los hombres, y de los que se suponía que representaban a Dios, querían repercutir en crisis de fe. Y de pronto lo eran, pero luego se ponían en su lugar. Ningún humano tiene el lugar de Dios. Ninguno, absolutamente ninguno. Los ajustes de la vejez son para poner más todavía el centro de la vida en ese Dios-amor comunicado, y saber que va uno siendo cada vez menos tomado en cuenta, en un momento dado seremos carne de hospital, sin decisiones propias; y aun antes, los no amigos o no cercanos encontrarán pretexto para no oírnos, en que ya somos viejos y chochos. Pero el amor de Dios fue, es y sigue. ☐



Christus y los libros

«El futuro de la vida religiosa»

JOSÉ M. CASTILLO. EL FUTURO DE LA VIDA RELIGIOSA. DE LOS ORÍGENES A LA CRISIS ACTUAL. MADRID: EDITORIAL TROTTA, 2003. 221 pp. 23 x 14,5 cm

No es la primera voz la de José María que nos alerta sobre la crisis de la vida religiosa. Y no se necesitan esas voces, porque los ojos también descubren esa realidad. Ver que los conventos y casas religiosas se van vaciando porque los nuevos adeptos no cubren el número de los que van muriendo o dejando ese estado de vida.

El autor bucea en los orígenes de la vida religiosa para comprender qué la generó y por eso qué es lo que la podrá hacer vigente en otras circunstancias. Su interés no es sólo la vida religiosa. Va más allá hasta la vida de la iglesia y de la sociedad, dado que la vida religiosa ha sido tan determinante en la vida de la iglesia. «De manera que sin exageración de ningún tipo, se puede decir que si la iglesia tiene que afrontar hoy serios problemas, en buena medida es porque la vida religiosa está metida en una crisis sin pre-

No seguiremos aquí todo el desarrollo del libro. Ésta es una invitación a leerlo todo con detenimiento y ponderación, no para simplemente aceptar sus propuestas, pero sí para tomar y reflexionar sobre esa problemática y buscar respuestas.

Termina el libro con tres preguntas. Y son las que ahora destacamos:

1. ¿Puede hacer algo verdaderamente eficaz, para modificar el sistema injusto y violento en que vivimos, una institución que vive integrada en ese sistema?

La pregunta es muy seria. La vida religiosa nació con quienes se salieron del sistema económico y social y por eso escogieron el desierto. Y es un hecho que la vida religiosa actual está integrada en el sistema económico y social.

2. ¿Debe ser nuestra preocupación fundamental ver cómo seguimos manteniendo lo que venimos haciendo o no sería más iluminador y estimulante ponernos a buscar en serio otra forma de vivir y también otra forma de ser



dentes.» (pág. 14).

en este mundo que nos ha tocado vivir?

Muy lógico que sea preocupación de los superiores y dirigentes de las obras de los religiosos la de que esas obras sigan. Pero eso a la mejor distrae toda la atención para no pensar más que en el obrar, en el ser de los religiosos y de sus obras.

3. ¿Qué hacer de inmediato y mientras la vida y el paso de los años no nos vayan aclarando lo que tenemos que hacer?

No es fácil por el sobrecargo y apremio de los asuntos ordinarios que se encuentre el espacio humano y el sosiego para entrarle a los problemas de fondo que nos plantea hoy la crisis de la vida religiosa.

**«Las órdenes religiosas»
Su misión en un futuro próximo como testimonio vivo del seguimiento de Cristo**

En 1977 Juan Bautista Metz se ocupó del tema de las órdenes religiosas con el subtítulo: su misión en un futuro próximo como testimonio vivo del seguimiento de Cristo. Pronunció una conferencia ante los superiores mayores de Alemania. Quiso destacar lo que para los religiosos tocaba a partir del documento del sínodo alemán de los obispos. «Nuestra Esperanza. Una confesión de fe para la época actual».

JOHANN BAPTIST METZ. LAS ÓRDENES RELIGIOSAS. SU MISIÓN EN UN FUTURO PRÓXIMO COMO TESTIMONIO VIVO DEL SEGUIMIENTO DE CRISTO. BARCELONA: EDITORIAL HERDER, 1978. 121 pp. 19 x 12 cm.

Todo cristiano es un seguidor de Jesús. En las órdenes religiosas se pretende el seguimiento radical, y eso es lo que las constituye. Sus miembros son verdaderos cristianos. «Todo cristiano está llamado al seguimiento. Pero la actual situación eclesial requiere un empujón, una especie de shock en dirección al seguimiento. Y ¿de dónde ha de venir este empujón radical, si no es de las órdenes?»...[las órdenes religiosas] son, al mismo tiempo, correctivos, una especie de 'terapia de shock del Espíritu Santo' para la gran Iglesia. Proclaman la radicalidad del evangelio en una Iglesia amenazada del peligro de excesiva adaptación» (Pág. 104)

Metz hace muchas más preguntas que Castillo. No las vamos a transcribir todas. Aquí sólo algunas en relación con lo que acabamos de citar:

«¿Dónde se muestra hoy la tensión, necesaria y fecunda, el antagonismo vital entre órdenes y gran Iglesia? ¿Dónde están hoy las tensiones que marcaron los orígenes de casi todas las órdenes religiosas? ¿No se han situado estas órdenes, en el tiempo transcurrido desde su fundación, demasiado en aquel 'centro' en el que todo se equilibra y se modera; no se han acomodado en cierto modo a la gran Iglesia y se han dejado como cercar por ella? ¿Dónde está hoy aquella capacidad de shock intraeclesial de las órdenes?»

26 años separan los dos libros. Y sus preguntas son semejantes. Con una diferencia, parece. Metz pregunta en el presupuesto de que fundamentalmente la órdenes sí cumplen en general su rol profético que las tensiona con la gran Iglesia, aunque es bueno cuestionar si de veras lo hacen. Castillo asiste a una crisis de la vida religiosa y sus preguntas equivalen a la disyuntiva: o las órdenes y congregaciones religiosas vuelven a ser proféticas o ya no tienen nada que hacer en el futuro.

**Servicio a la Iglesia Católica, A.C.
Ofrece a los lectores de CHRISTUS**

«Biblia Latinoamericana: »

	Precio
Rústica	\$79
Bolsillo, Color	\$77
Bolsillo, Nacár	\$79
Nuevo Testamento, Plástico	\$28

Esta oferta estará vigente por tiempo limitado.

El flete está incluido.

Solicitarlas al 56 89 99 55 (Fax)

55441675 (Teléfono)

De Lunes a Viernes de 9:00a 14:00 horas

FAVOR DE INDICAR PROMOCIÓN CHRISTUS AL LLAMAR. ☐

La Palabra a fondo

Misión por la fraternidad

MISIÓN POR LA FRATERNIDAD ENCARGÓ LO DE CUARESMA Y DOMINGO DE PASCUA A SEBASTIÁN MIER Y LOS DOMINGOS DESPUÉS DE PASCUA AL EQUIPO PASTORAL DE CUERNAVACA, CONSTITUIDO POR JOSÉ LUIS CALVILLO ESPARZA, IGNACIO MARTÍNEZ ESPINOZA Y ÁNGEL SANCHEZ CAMPOS.

En el tiempo de cuaresma la liturgia invita de modo especial a que profundicemos nuestra conversión. Ésta ha de significar no solamente quitar la cizaña, sino también incrementar el trigo. Así conviene dar un tiempito más largo de reflexión personal (de 2 a 5 minutos) entre la invitación al acto penitencial y la recitación común del pedir perdón. En esa invitación sugerimos ir revisando diversos aspectos de nuestra vida para descubrir en ellos tanto la cizaña como el trigo; la cizaña para pedir perdón y tratar de corregir, el trigo para agradecerlo e intentar aumentarlo. La invitación a revisar la vida es para hacerlo brevemente en la misa misma y con más amplitud en algunos momentos a lo largo de la semana. Los aspectos de la vida pueden ser: trabajo, oración, familia, iglesia y sociedad.

Luego retomamos esos mismos aspectos en cuatro partes de la misa: 1 para pedir perdón al inicio 2 para incluir algunas peticiones al respecto en la oración de los fieles 3 para subrayar ese aspecto al darnos la paz 4 para una acción de gracias después de la comunión.

**29 Feb 2004:
1er Domingo de cuaresma**

Dt 26, 4-10 Rom 10, 8-13 Lc 4, 1-13

Monición antes de las lecturas:

En el tiempo de cuaresma hemos de disponernos de modo especial para la conversión continua que siempre necesitamos. Ese es el simbolismo del retiro y la oración de Jesús en el desierto. La primera lectura nos invita a una acti-



tud de confianza al recordar el amor de Dios a su pueblo y los beneficios que le ha concedido, la segunda dirige esa confianza hacia un deseo de alcanzar la salvación que Dios nos ofrece y el evangelio nos advierte contra las tentaciones que pueden desviarnos de ese camino.

Sugerencias para la homilía:

Las tentaciones son una invitación a desviarnos del camino que Dios nos señala. Dios nos señala el camino del amor. Las tentaciones nos invitan al egoísmo, a veces de una manera más burda como robar o matar; pero en muchas ocasiones de un modo más sutil diciéndonos que el pan y el poder son bienes necesarios, y haciéndonos pasar de ahí al

deseo de acaparar los bienes e imponer nuestra voluntad arbitrariamente sobre los demás. Para hacernos esta invitación desviada no se nos aparece un diablillo, sino que la encontramos en las tendencias de nuestro corazón y en el ambiente social. Así en nuestros días, nuestro ambiente y en particular la televisión nos inclinan a tener más a consumir más y con mayor lujo y a sentirnos más que los demás («totalmente Palacio»).

Jesús, reconoce que el pan (la justa satisfacción de las necesidades materiales) es necesario para vivir; pero nos señala otro camino para ser felices: escuchar y realizar la palabra de Dios. Esta palabra nos convida a otra actitud y nos recuerda que hay otro Pan. La actitud cristiana no es acaparar el pan o incluso despojar de él a los otros; sino compartirlo. Así en la oración que Jesús nos regaló nos enseña a pedir el pan no mío, sino nuestro: que tengamos sí los bienes necesarios (vivienda, alimentos, salud, educación...) pero compartiéndolos con los demás, de modo particular con los más desprotegidos.

Jesús sabe además que nuestro corazón es débil y que muchas veces le faltan fuerzas para vencer el egoísmo, la envidia, el miedo, etc. Por eso nos deja también el alimento espiritual de su propio cuerpo, el pan de la Eucaristía. No como un premio para los que se portan bien o simplemente para que lo sintamos bonito en nuestro interior; sino para que aprendamos a amar y compartir con la misma generosidad y valentía con la que lo hizo El.

7 Marzo 2004:

2º Domingo de cuaresma

Gn 15, 5-12. 17-18 Flp 3, 17 - 4,1 Lc 9, 28-36

Monición antes de las lecturas:

Dios ha querido hacer una alianza con su pueblo para regalarle la verdadera liberación. La primera lectura nos recuerda la alianza celebrada con Abraham, padre del pueblo

israelita y el evangelio hace alusión a las renovaciones de esa alianza mediante Moisés y los profetas y nos recuerda algunos aspectos importantes de la realización definitiva en la persona de Jesucristo. La segunda lectura nos invita a seguir el ejemplo de quienes han sido fieles al Dios de la alianza y a evitar lo que nos aparta de El.

Sugerencias para la homilía:

Esta manifestación especial de Jesús a los apóstoles junto con Moisés y Elías significa la continuidad y renovación de la alianza de Dios con su pueblo. Moisés y Elías son dos de los principales personajes que colaboraron con Dios para dar a su pueblo la liberación y la esperanza durante la primera alianza, y por eso aparecen de nuevo para recordarnos la fidelidad de Dios que está realizando una alianza aún más profunda por medio de su mismo Hijo: Jesucristo nuestro Hermano Mayor.

Dado que a esta nueva alianza se oponen los poderosos del país que desean mantener sus privilegios, que no están dispuestos a renunciar a ellos para vivir la fraternidad, Jesús prevé que va a padecer la persecución y la muerte. Por eso se manifiesta con esta claridad a sus apóstoles para fortalecerlo en la fe y prepararlos para los momentos difíciles.

También nosotros tenemos muchos momentos de sufrimiento y de lucha ardua en nuestra vida personal y como comunidad. Y por eso también Jesús se nos sigue manifestando a nosotros que hemos de ser sus apóstoles en la actualidad. Se nos manifiesta de distintas maneras, y lo podemos reconocer si tenemos fe, atención y cuidado. Una de esas maneras deberían de ser las misas, las eucaristías. Pero -como acabamos de advertir- es necesario participar en ellas y realizarlas con fe, atención y cuidado; de modo que no sean tan sólo una obligación que cumplimos, sino un verdadero encuentro con Jesús y con los otros hermanos.

Y así podemos preguntarnos ¿cuáles maneras de celebrar la eucaristía nos han ayudado más a nosotros para sentir este encuentro con nuestro Hermano y los hermanos?

Ahora bien si hemos experimentado en la misa la manifestación de Jesús y la comunidad, ello debe impulsarnos a vivirlo también en todos los ámbitos de nuestra vida, y hoy vamos a insistir en la construcción de una economía solidaria, en la que no cada uno se rasca con sus uñas para tener vivienda, alimentos y trabajo; sino que nos echamos la mano también en eso en la medida de nuestras posibilidades.

**14 Marzo 2004:
3er Domingo de cuaresma**

Ex, 1-8. 13-15 1 Cor 10, 1-6. 10-12 Lc 13, 1-9

Monición antes de las lecturas:

La semana pasada recordábamos cómo Dios ha querido hacer alianza con todos nosotros que somos su pueblo y el evangelio aludía a la llevada a cabo por medio de Moisés. Ahora la primera lectura nos presenta de lleno un momento importante de ella. La segunda lectura nos advierte que no basta estar inscritos en la lista del pueblo de Dios, sino que es necesario vivir conforme a las exigencias amorosas de la alianza y Jesús en el evangelio nos insiste en la necesidad de producir frutos en el amor y la justicia.

Sugerencias para la homilía:

En toda vida tenemos la dimensión personal y la colectiva, y así en la vida cristiana Dios nos llama a ser hijos suyos y también pueblo suyo. Hoy nos vamos a fijar más en este llamado de Dios a convertirnos en su pueblo. La lectura del libro del Éxodo nos recuerda una y otra vez que nuestro Padre-Madre conoce la condiciones de esclavitud en las que vivimos, la descripción más expresa se refiere a la situación de los israelitas en Egipto; pero hemos de referirlo también a nuestras circunstancias actuales.

La carta de los obispos mexicanos del año 2000 nos señala varios aspectos de esa esclavitud actual, entre ellos vamos a fijarnos hoy en tres: por una parte hay sectores de población que aún viven en una tremenda miseria tanto en el campo como en la ciudad, y por otra el estilo imperante de la economía, las grandes tiendas y la televisión nos invitan consumir cada vez más todo tipo de productos; y junto con esto ha aumentado la dificultad para tener un buen empleo.

La semana pasada mencionábamos a Moisés, y la primera lectura de hoy nos recuerda precisamente cómo Dios lo llamó para ser un líder que ayudara a su pueblo a organizarse a fin de caminar hacia su liberación. También nosotros hemos recibido un llamado en esa línea --aunque tal vez no del mismo tamaño-- para dar nuestra colaboración. Y aquí hemos de conectar el pasaje del evangelio y preguntarnos ¿hemos rendido el fruto que nuestro Padre y su pueblo esperan de nosotros o hemos sido vid infecunda? Y nuestra respuesta ha de ser a la vez realista y sincera: quizá de plano enterramos por miedo el talento recibido, quizá hemos rendido un modesto treinta por uno... Y entonces volvemos a preguntarnos ¿no tengo y tenemos capacidad para producir más? Y ¿qué podemos hacer para lograrlo?

Como lo hemos hecho en los domingos anteriores, conviene que también ahora revise-mos nuestra manera de vivir la eucaristía. Nuestra asistencia a misa puede ser el abono que estemos recibiendo para ver si ahora por fin producimos el fruto anhelado; pero no es algo que funcione automáticamente, que baste con que estemos presentes y ya cumplimos. Hemos de revisar si de veras nos está impulsando a vivir más plenamente nuestra fe en Jesús en todos los ámbitos de nuestra vida y, en esta ocasión, si en particular en estos aspectos de la economía de nuestro pueblo podemos hacer más.

**21 Marzo 2004:
4º Domingo de cuaresma**

Jos 5, 9-12 2 Cor 5, 17-21 Lc 15, 1-3, 11-32

Monición antes de las lecturas:

La primera lectura nos presenta otro momento de la alianza de Dios con su pueblo, ahora mediante Josué: es el momento de la entrada en la tierra prometida, cuyo rendimiento va a requerir la colaboración fraterna de todos. La segunda lectura insiste en la necesidad de esta colaboración fraterna para que la reconciliación entre nosotros sea más efectiva y Jesús nos recuerda con tierna elocuencia los rasgos de nuestro Padre, el Dios de la alianza.

Sugerencias para la homilía:

Seguramente ya hemos escuchado este pasaje del evangelio muchas veces y hasta nos lo sabemos casi de memoria; pero no se trata tanto de conocerlo, sino de vivirlo. Y así hemos de preguntarnos si verdaderamente creemos en la inmensa misericordia de nuestro Padre, si tenemos confianza en que El nos perdonará cuando le hemos fallado, si creemos que su amor es más grande que todas nuestras miserias, si confiamos en que El es capaz de darnos las fuerzas que necesitamos para levantarnos y seguir luchando...

Y todo esto no solamente para nosotros, sino también para nuestros demás hermanos; porque, si no, seguramente estaremos cayendo en la actitud del hermano que no era capaz de hacer fiesta junto con su Padre por el regreso del descarriado. ¿Sabemos perdonar, ofrecer otra oportunidad a quien nos ha fallado? Cabe aclarar aquí que no es lo mismo perdonar que seguir soportando los abusos de quien no tiene intención de cambiar. Frente a los abusos tenemos que aprender a ponerles un alto, de la manera más eficaz posible: Pero hemos de tender la mano a quien reconoce su error y se esfuerza por corregirse, aunque no lo logre a la primera.

Si en este examen descubrimos con sinceridad que nuestras actitudes no son las que desea Jesús para sus seguidores, entonces será importante que aprovechemos nuestra participación en esta eucaristía y en particular el momento de la comunión para pedirle a Jesús que nos dé un corazón semejante al suyo. Si necesitamos recibir la misericordia de Dios que nos devuelva la confianza y autoestima, detenernos suficientemente en ello. Si necesitamos comunicar esa misericordia hacia los demás buscar los medios más eficaces para realizarlo no sólo de manera individual; sino mejor en organización lo más amplia posible.

**28 Marzo 2004:
5º Domingo de cuaresma**

Is 43, 16-21 Flp 3, 7-14 Jn 8, 1-11

Monición antes de las lecturas:

La primera lectura nos presenta un nuevo momento de la alianza de nuestro Dios con nosotros, su pueblo; ahora en la difícil época en la que nuevas esclavitudes lo afligían. La segunda lectura nos recuerda la excelencia de la nueva alianza realizada en Cristo Jesús y nos confiesa cómo Pablo encontró en ella nueva luz e impulso vigoroso. El evangelio nos presenta al vivo rasgo fundamentales de ese Jesús de quien Pablo escribe con entusiasmo.

Sugerencias para la homilía:

En el evangelio de este domingo volvemos a encontrar en Jesús las mismas actitudes fundamentales de hace ocho días: confianza enorme en el perdón que nuestro Padre desea otorgarnos e invitación a saber igualmente perdonar. Encontramos incluso algunos detalles que lo hacen aún más profundo. En la parábola del hijo pródigo, Jesús propone una comparación hermosísima que nos revela el inmenso corazón del Padre; frente a la pecadora encontramos a Jesús mismo ejerciendo esa misma misericordia. Y con ello superando expresamente la dura ley de Moisés y

poniendo de manifiesto la hipocresía del «hermano enojado» que no sabe perdonar. Y además nos da un ejemplo de que perdón no significa tolerancia de abusos.

Está bien la prohibición del adulterio porque causa un gran daño a la familia; por eso Jesús le dice a la pecadora perdonada que ya no peque más. Pero también pone Jesús de manifiesto la excesiva dureza de la ley de Moisés y la hipocresía de quienes pretenden aplicarla contra una mujer indefensa sin caer en la cuenta de que ellos mismos son pecadores y que no se tratan con la misma dureza.

En este mismo sentido hemos de entender los párrafos de la carta de Pablo a los filipenses que hoy leímos. El exfariseo Pablo estuvo aplicando la dureza de la ley de Moisés contra los cristianos que seguían a Jesús; pero tuvo la apertura de corazón para acogerse a la misericordia de Dios manifestada en Cristo y entonces todo lo anterior lo consideró sin valor.

Una adecuada participación en las distintas partes de la eucaristía (penitencia, palabra, ofertorio, memoria de la Cena, comunión...) debería impulsarnos a una continuada conver-

sión de este estilo: apertura a la misericordia divina, para recibirla y para comunicarla.

Y -como hemos de insistir repetidamente- no se trata de comunicarla tan sólo en la celebración eucarística; sino de ahí llevarla a toda la vida.

4 Abril 2004: Domingo de Ramos

Lc 19, 28-40 Is 50, 4-7 Flp 2, 6-11 Lc 22, 14-23, 56

(Nota: en este domingo sugiero una monición más larguita que ayude a una mejor escucha de la lectura prolongada de la pasión, y una homilía breve que tome eso en cuenta.)

Monición antes de las lecturas: Ya acabamos de recordar cómo Jesús entró en un burrito a Jerusalén como Mesías enviado por Dios para la alianza definitiva, lo seguimos teniendo presente en esta celebración donde comenzamos a adentrarnos de nuevo en el misterio de su pasión. Las tres lecturas se refieren a ella. Isaías señala ese rasgo sufriente de los servidores del Dios del amor y la justicia, Jesús lo realiza plenamente en fidelidad a la misión que le confió su Padre de anunciar su



misericordia y denunciar las injusticias y opresiones, y Pablo lo recuerda a la comunidad primitiva como el camino para participar de la resurrección. Al recordar cuánto nos amó Jesús solidaria y agradecidamente tengamos también en nuestro corazón a quienes hoy siguen siendo víctimas de la injusticia.

Sugerencias para una breve homilía:

Ya antes de las lecturas recordábamos el sentido de la pasión y muerte de Jesús: «fidelidad a la misión que le confió su Padre de anunciar su misericordia y denunciar las injusticias y opresiones» en un mundo en el que los poderosos no están dispuestos a cesar sus abusos en contra de la gente desprotegida, sino más bien a eliminar a quien se oponga a sus injustos intereses. Jesús lo realizó con amor generoso y valiente, que el acompañarlo hoy y a lo largo de toda la semana nos fortalezca para reconocerlo y servirlo en todos sus hermanos que hoy siguen padeciendo hambre, sed, soledad, esclavitudes...

8 Abril 2004: Jueves Santo

Ex 12, 1-8. 11-14 1 Cor 11, 23-26 Jn 13, 1-15

Monición antes de las lecturas:

Las lecturas de hoy nos recuerdan que es importante celebrar sacramentalmente la liberación que nuestro Dios nos ha otorgado para que ello nos ayude a continuar colaborando con ella en nuestra vida diaria. La primera lectura se refiere a la cena del cordero pascual entre los israelitas, la segunda a la eucaristía entre los seguidores de Jesús y el evangelio nos señala la necesidad de vincular los sacramentos con el servicio.

Sugerencias para la homilía:

A lo largo de toda su vida Jesús nos ha enseñado distintas dimensiones del amor. Desde su nacimiento, en su niñez y juventud ocultas, curando enfermos, expulsando demonios, ali-

mentando multitudes, denunciando todo tipo de injusticias y opresiones... El jueves santo, un día antes de afrontar su pasión y muerte, insiste en el servicio sencillo y cotidiano y nos deja su cuerpo y sangre como alimento y bebida. Todos ellos estrechamente relacionados entre sí; no como si pudiéramos escoger uno y relegar los otros.

Esto hay que advertirlo en particular en referencia al sacramento del cuerpo y la sangre de Cristo Jesús, porque ha sido y es muy común presentarlo de una manera parcial. Es una verdad de fe que este sacramento constituye un regalo sumamente especial que Jesús nos ha dejado; pero ello no significa que pueda suplir las otras dimensiones del amor. Como si dijéramos: hay dos caminos para creer en Jesús, uno es aceptar con fe su presencia en la eucaristía y acercarse a comulgar, y otro encontrarlo en el amor fraterno («dar de comer al hambriento...»). Los dos caminos son inseparables. Jesús no dijo «éste es mi cuerpo y ésta mi sangre; ahora vengan y adórenme aquí y ya no se preocupen por los demás»; sino «mi cuerpo y mi sangre serán entregadas por ustedes», invitándonos así a entregar también nuestra vida en el servicio a los hermanos como Jesús mismo lo simbolizó al lavar los pies de sus discípulos y mandarnos que siguiéramos su ejemplo.

Entonces si en todas nuestras misas y en particular en la eucaristía del jueves santo, admiramos el inmenso amor que Jesús nos ha tenido al punto de dejarnos su misma persona («cuerpo y sangre») como sacramento y se lo agradecemos con todo nuestro corazón, también hemos de pedirle que al comulgar con él transforme ese corazón nuestro que aún tiene mucho de egoísta, envidioso, mezquino, miedoso, selectivo, injusto... y nos vaya conformando un corazón semejante al suyo que sabe amarnos a todos, incluso a sus enemigos.

Pascua

Introducción General a la Pascua

El tiempo Pascual es el más antiguo. Desde el siglo VIII hasta antes del concilio Vaticano II se componía de 56 días, incluyendo la octava de Pentecostés. Con la Reforma Litúrgica recuperó su sentido y tiempo original de cincuenta días exactos. En los primeros siglos se le conocía como *Quinquagesima*, *Quinquagesima paschalis*, (*Cincuentena paschal*) o *laetitiae* (*de la alegría*) o, sencillamente, Pentecostés. Esta última expresión, originada a partir del libro de los Hechos de los apóstoles 2, 1, le da un nuevo contenido a esta fiesta judía, fiesta agrícola o de la cosecha. Con el tiempo, esta fiesta se transformó en la fiesta de la manifestación del Señor en el Sinaí. Dios establece una Alianza liberadora con su pueblo. La espiritualidad de este tiempo está marcada por la caridad. Así la Misión por la Fraternidad quiere ayudar a dejarnos conducir por el espíritu propio de este tiempo, expresado en el lema: *Servir y compartir en la mesa y en la Misa*.

Vivimos cincuenta días de gozo como si se tratara de un solo día. La Pascua de Cristo no sólo es el eje central del año litúrgico sino de toda la vida cristiana y, por lo mismo, de la vida sacramental de la Iglesia. Sería una buena catequesis para la comunidad el hecho de realizar la celebración de todos los sacramentos en este tiempo: 1º Bautismos (suspendidos durante la Cuaresma); 2º Primeras Comuniones; 3º Confirmaciones; 4º Sacerdocio; 5º Matrimonio; 6º Unción de enfermos; 7º Reconciliación y 8º Reunión de toda la Iglesia parroquial.

**11 Abril 2004:
Domingo de Resurrección**

Hech 10, 34. 37-43 Col 3, 1-4 Jn 20, 1-9

Monición antes de las lecturas:

En este tiempo pascual las lecturas quieren ayudarnos a comprender y vivir el sentido de la resurrección de Jesús. El discurso de Pedro en el libro de Los Hechos nos hace ver la conti-

nuidad entre toda la vida de Jesús, su muerte y su resurrección, y el testimonio que hemos de dar sus seguidores, la carta de Pablo insiste en este último aspecto y el relato del evangelio nos invita a recuperar la fe en la experiencia de Jesús resucitado.

Sugerencias para la homilía:

Celebramos hoy, después de la pasión y muerte de Jesús, la victoria de su resurrección, pero hemos de aclararnos más ¿qué significa que Jesús haya resucitado? ¿Qué nos dice de Jesús mismo? ¿Qué nos dice de nosotros?

Durante su vida Jesús luchó por el reinado de Dios, confió en su Padre, trabajó por la fraternidad entre los seres humanos, combatió la injusticia, proclamó la verdad, etc. Pero los resultados no siempre eran los esperados. De modo que podría dar la impresión de que se trataba de esfuerzos inútiles. Más aún de un camino equivocado. Lleno de propósitos hermosos, pero al fin y al cabo equivocados. La resurrección de Jesús viene a mostrarnos que su camino es el acertado, el que conduce al Reino. Que el Reino no es tan sólo un sueño atractivo, sino una realidad que Dios quiere hacernos posible. Que a pesar de todas las apariencias en contrario, el amor no es inútil, la lucha por la verdad y la justicia no son en vano, etc. Más aún la resurrección de Jesús nos muestra que ese hombre extraordinario, sin dejar de ser humano y hermano nuestro, es al mismo tiempo Dios. Que la vida que él mismo vivió y a la cual nos invita, no es meramente humana; sino, al mismo tiempo, divina. Que Dios, el tres veces santo, ha querido hacerse presente en nuestra vida, en nuestra historia. Si la imagen de Jesús más común es la que lo representa crucificado, ella nos recuerda lo grande de su amor en su entrega y lo grande del pecado y de la injusticia que fueron capaces de arrancarle la vida. Pero Jesús es también el resucitado, el que venció a la muerte y el pecado. Aquél cuyo amor, después de haber entregado la vida, la recupera triun-

fante. No es un amor derrotado, sino victorioso.

Sin embargo la victoria de Jesucristo sólo es perceptible en la fe. Es una victoria cierta, pero no del todo evidente. Es una victoria que fundamenta nuestra esperanza, pero que requiere de nuestra fe.

¿Alcanzamos a creer en la resurrección, en el triunfo de Jesucristo? ¿Creemos que su amor no sólo fue grande para impulsarlo hasta entrega total de su vida, sino más aún para devolverle la vida de una manera definitiva? ¿Confiamos en el amor que Dios nos tiene y que se manifiesta sobre todo en la resurrección de Jesús? ¿Le da esta resurrección sentido a nuestros esfuerzos diarios y a nuestras luchas?

8 Abril 2004: 2º Domingo de Pascua

«Yo soy el que vive»

Introducción

Si los congresos eucarísticos nacieron para ayudar a la comunidad a centrarse en la celebración litúrgica, y no obstante se quedaron en la mera devoción; este año, con motivo del 48 Congreso Eucarístico Internacional (Guadalajara, octubre 10-17), podríamos aprender a celebrar la Eucaristía.

Hechos 5, 12-16; Salmo 117; Apocalipsis 1, 9-11. 12-13. 17-19; Juan 20, 19-31

Iluminación

La resurrección de Jesús no hizo de los discípulos/as una iglesia perfecta, sino una comunidad de gente honesta, que inició un aprendizaje de ser gente resucitada y gente resucitadora. Los cinco versículos del texto de Hechos constituyen uno de tantos resúmenes, digamos, fotográficos del perfil de la comunidad habitada por el Espíritu de Jesús. Si los leyéramos separados de los textos que los preceden, tendríamos una visión perfeccionista, triunfalista y, por eso, falsa de la comunidad.

Convendría, entonces, tener presente que los versos 4, 32-37, son la presentación luminosa de una comunidad de participación de bienes que tiene también, como su contraparte de sombras, en 5, 1-11, el episodio de la pareja tramposa de Ananías y Safira. El texto es muy honesto: en la comunidad de resucitados/as había luces y sombras; gente recta, como Bernabé de Chipre, y gente torcida, como la susodicha pareja de esposos.

El Espíritu del Resucitado no suprime las contradicciones; capacita a los/as creyentes para, precisamente a través de ellas y no a pesar de ellas, hacer relucir la bondad esencial inherente al ser humano, visitado por la Gracia. Por eso, en nuestro texto, vemos a los apóstoles de Jesús, los mismísimos que otrora se habían mostrado, en su compañía física, como timoratos, amantes del poder, incrédulos, siendo ahora transmisores generosos de la fuerza de Jesús, resucitadora de la dignidad del pueblo. Al autor de Hechos le interesa mostrar a Pedro casi como calca de Jesús, el hacedor del bien y liberador de oprimidos. Así lo dirá Pedro, en 10, 38, definiendo a su Maestro: «Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y ... éste anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él.» Quien se deja resucitar por Jesús se convierte en fuente abundantísima de sanación-liberación. La resurrección desencadena un proceso de compartir salud-liberación-salvación a raudales. Tanto así que inclusive la sombra, y no sólo la luz, de los humanos, visitados por la Gracia, recrea a quien ha caído.

El texto de Apocalipsis nos muestra a Juan, otro discípulo de Jesús, en la postración del cautiverio y del exilio, hablándoles a otros/as en la misma situación, siendo tocado por la visión, rica en símbolos, del Resucitado, «semejante al Hijo del Hombre», siendo también revestido de la misión de revelar por escrito «las cosas que has visto, y las que son, y las que han de ser después de estas.» La clarividencia profética es don concedido por

Jesús a quienes han compartido su sufrimiento. Del sufrimiento de la prisión y exilio en Patmos, como de su cuna, se levanta la misión profética del pueblo que sufre. Juan es modelo de aquella alquimia que hace que el dolor se transforme en dignidad e inocencia, transformadoras a su vez de la historia. A esto se le llama, en nuestros días, «empoderamiento» del pueblo oprimido como sujeto de transformación de la historia.

El texto de Juan insiste en que la resurrección de Jesús tiene un lugar privilegiado para su reconocimiento y acogida, a saber, las llagas del (de los y las) crucificados/as. Pero, claro, hay diferentes maneras de tocar llagas. Tomás las quería como pruebas para creer; Jesús se las ofrece como el camino que él siempre había anunciado como el único apto para resucitar. Las llagas no dan certeza racional, dogmática; son lugar para dejarse tocar por la Gracia resucitadora del Dios de la vida.

Memoria Eucarística martirial

En 1537, Francisco Marroquín, fue el primer obispo ordenado en América. Entre las obras que realizó destacan las escuelas y hospitales que fundó en Guatemala.

Sugerencias litúrgicas

1. Mientras se proclama el pasaje del Apocalipsis, se puede sostener en alto el evangelio, rodeado por siete velas encendidas; y al final de la proclamación levantarlo todavía más, mientras alguien dice: «Yo soy el primero y el último; yo soy el que vive. Estuve muerto y ahora, como ves, estoy vivo por los siglos de los siglos».
2. Se puede despedir diciendo: «Como el Padre me ha enviado, así los envío yo». Vayan en paz, Aleluya, Aleluya.
3. En la puerta del templo se puede rociar, a quienes salen, con agua bendita perfumada.

Conversión

Compartir, cada domingo, el pan y el vino, sacramentos del Cuerpo y la Sangre del Resucitado, lejos de hacer de la Iglesia una institución triunfalista, le ofrece la buena noticia de que sus llagas y debilidades son lugares de encuentro con su Señor. Recibirlo en la comunión no es ni diploma, ni medalla, ni trofeo, otorgado a los victoriosos, sean santos o puros o perfectos. Como Iglesia, tenemos que compartir las heridas y llagas que la vida dura de este mundo ha dejado en todo viviente. En ese compartir solidario, la Iglesia hará que su palabra sea creíble, relevante, profética, ante el mundo. Ni podemos esconder llagas, ni las podemos mostrar con cinismo. Al mostrar a Jesús «destazado por los poderosos», o sea, como Cordero de Dios, la Iglesia se pone ante los ojos el camino seguro del seguimiento de Jesús. La comunión es la más íntima identificación con el crucificado-Resucitado.

25 Abril 2004: 3er Domingo de Pascua

«Traigan algunos pescados de los que acaban de pescar»

Introducción

La figura de Tomás, el apóstol de Jesús, apodado «gemelo», nos sirvió de indicador para saber reconocer al Jesús Resucitado. Las llagas son distintivo de Jesús, las lleva como trofeo de la victoria sobre la muerte, toda muerte, que le puede suceder al ser humano; Tomás quería tocarlas y Jesús se las mostró para que se convenciera de que precisamente tocando llagas de gente herida es como se le da vuelta a la llave que abre la visión del Resucitado. Quien se hace solidario/a y aprende a tocar llagas, es como alguien que aprieta el botón correcto para verlo. La actitud simpática de Tomás sirvió también para que Jesús hiciera clara una fórmula que ayuda a entender el proceso del seguimiento de Jesús: No hay que pedir milagros para tener fe; sino, al contrario, hay que tener fe para hacerlos brotar de la

dura realidad, nada milagrosa, que vivimos. Así fue como, a partir del reconocimiento de Jesús, «Señor mío y Dios mío», Tomás se transformó, a su vez, en resucitado y en resucitador.

Hechos 5, 27-32. 40-41; Salmo 29; Apocalipsis 5, 11-14; Juan 21, 1-19

Iluminación

Para entender mejor el texto de Hechos, conviene leer desde el v.17 y terminar hasta el v.42. El texto de Hechos nos presenta a Pedro y a los apóstoles dotados de un ejercicio de palabra marcado por la libertad. Su palabra no puede ser aprisionada ni prohibida. Así lo manifiesta su liberación de la cárcel por manos del ángel (se pueden comparar otras narraciones de liberación de la cárcel en los capítulos 12 ó 16). En este ángel uno puede imaginar que en la cárcel habría gente simpatizante de ese nuevo «camino de vida» que los apóstoles andaban estrenando y enseñando. El ángel del Señor eran las manos concretas de gentes metidas en el gobierno que cultivaban en secreto el nuevo camino para ser humanos.

Gamaliel era un doctor judío que, según se ve en los v. 34-39, simpatizaba profundamente con ese nuevo estilo de vida que estaba surgiendo. Así lo manifiesta más claramente la afirmación contundente de Pedro cuando comienza su discurso ante el consejo de los saduceos y el sumo sacerdote. Para entender lo que estaba sucediendo era necesario hacer una distinción: las cosas de Dios y las cosas de los hombres. Precisamente en los discípulos la resurrección de Jesús les había producido, por así decirlo, una resurrección de su conciencia. «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres» (v. 29) es una frase que coincide con la lógica de Gamaliel, en los v. 38-39. La nueva conciencia los capacitaba para distinguir entre Dios y los hombres y hacer opción.

Según el texto de Juan, los discípulos continuaron su trabajo de pescadores, aun después de haber visto a Jesús resucitado (v.2). Ese mismo trabajo cotidiano para ganarse el pan es el lugar de la manifestación del Resucitado. Jesús no se aparecía en

el templo, sino en los lugares donde se desarrollaba la vida diaria de su pueblo. Juan sitúa aquí lo que Lucas 5,1-11 coloca como el factor decisivo que hizo que aquel grupo de gente del pueblo se hiciera seguidor de Jesús. Lucas pone la pesca abundante como principio del ministerio de Jesús y Juan la entiende como el principio decisivo del ministerio de la comunidad resucitada. Tal vez nos pueda ayudar pensar que el número de pescados era 153 y que, según la simbología judía, ese número remite a una Iglesia en la que nadie quede excluido/a. La tarea consiste, entonces, en acabar con los grupos excluyentes.

A Jesús se le reconoce por su preocupación y práctica de partir y repartir el pan y, en este caso, el pescado asado (v. 9. 12). La pregunta sobre la identidad de Jesús sale sobrando puesto que ese gesto es su característica (ver Lucas 24, 30-31). Los v. 15-19 narran el diálogo de Jesús con Pedro en que éste queda reconciliado a la comunidad y en el que es investido como servidor-presidente de sus hermanos. Su autoridad de servicio llegará a su plenitud cuando realice la total entrega de su vida, en imitación de su maestro amado. Asumiendo la tarea de amar-liberar a sus hermanos, Pedro se convierte también en discípulo amado de Jesús.

Hay que tener en cuenta que el nuevo camino de resucitados que presenta el texto de hechos no consiste sólo ni se reduce a un comportamiento religioso; se trata más bien del nuevo camino encontrado por los/as seguidores/as del resucitado que los guía hacia la consecución de una manera más eficaz de llegar a ser humanos, libres y en plenitud. Aquí viene a la mente algo muy querido por Monseñor Romero en sus años de profeta. Recordemos cuando amonestaba a los soldados, que eran mandados por el gobierno a reprimir, con muerte, al pueblo salvadoreño. En nombre de Dios les mandaba dejar de matar al pueblo y les citaba exactamente esas palabras de Pedro: «Ante la orden de matar dada por el gobierno, es necesario obedecer primero a Dios», clamaba. El 6 de enero de 1980, en su homilía

de Reyes, decía una frase que repetía constantemente: «Cada hombre (y mujer o pueblo [nota nuestra]) tiene en la intimidad de su ser como una cámara secreta donde Dios baja a hablar con el hombre y donde el hombre decide su propio destino».

Para este santo mártir, el pueblo debe cultivar y desarrollar su conciencia como el «lugar» más sagrado donde la Palabra de Dios resuena con mayor claridad. Un pueblo sin conciencia no llega a ser más que un montón de gente manipulable. El problema viene cuando, de tal manera el pueblo se hace consciente de la oposición entre los caminos de Dios y los de los poderosos, el pueblo se hace rebelde a lo que se les manda. Entre más conciencia se tenga sobre lo que Dios manda, más rebelde se hace un pueblo ante los que lo han mandado siempre.

Memoria eucarística martirial

En 1667, nació Pedro de Betancourt, que formará parte de la orden franciscana, y se distinguirá por su servicio a los pobres en Guatemala. Fue beatificado el 22 de junio de 1982.

Sugerencias litúrgicas

Al momento de la proclamación de fe o credo, se puede hacer con las preguntas de la noche de Pascua y responder: «Señor, tú lo sabes todo, tú bien sabes que te quiero». Después se puede hacer la aspersion con agua.

- Tomemos en cuenta la fecha del Día del Niño (30 de abril). Además de otro signo, se puede invitar a las niñas y niños a rodear el altar y tomados de las manos decir o cantar el Padre Nuestro.

Conversión

Sin duda, que los/as discípulos/as resucitados de Jesús llegaron a tener conciencia. Nosotros/as debemos buscar la manera para revisar por dónde anda nuestra toma de conciencia de nuestra situación y de la misión que, como pueblo de resucitados, también tenemos. Comentemos en esta reunión algún indicio que nos muestre que el reunirnos con los/as hermanos/as cada semana nos va dejando como resultado la toma de conciencia. Y que, además, vamos siendo capaces de cuidarla.

Preguntemos si nos impresiona que el cuerpo resucitado de Jesús lleve todavía las llagas tan visibles. Comentemos lo que significa para nosotros ese juego de frases: «No hay que pedir milagros para creer; sino pedir fe para hacerlos nosotros/as mismos/as».



Nuestro próximo número

Marzo-Abril

En la raza humana conviven personas de todas las edades. Se entretajan las acciones, ideales, recuerdos, ilusiones, sentimientos, fantasías de los padres y los hijos y los nietos; de los ancianos y los niños y los jóvenes y los adultos.

Los roles de los padres y de los hijos, de los adultos y de los jóvenes y de los niños, estuvieron muchos tiempo bien establecidos. Era claro que los jóvenes, a pesar de toda la rebeldía adolescente, entrarían al mundo y modo de ser de los adultos. El hijo o hija de familia se sabía sometido a la disciplina familiar gobernada por el papá o por el abuelo o patriarca. Las mujeres vigilaban por que todo sucediera así.

En las Iglesia igualmente el presupuesto era el mismo: los jóvenes pasarán al mundo de los adultos para integrarse a él sin más. Entretanto se les ofrecía estudio, formación y esparcimiento bajo el control de los adultos y mayores. Se sabía muy bien el camino hacia el matrimonio.

La pastoral juvenil tenía sus cauces claros. Se trataba de que el mundo de los adultos se reprodujera tal cual. Frecuente que los hijos siguieran el modo de vida de sus papás. Y si no necesariamente la profesión, sí los mismos valores de convivencia y normas de conducta.

Las cosas han cambiado. A los jóvenes ya no les interesa entrar al mundo adulto como lo ven. Puede que ni piensen en eso. Se sienten jóvenes para siempre. O si se han de hacer adultos, no será como ven que lo son los que los preceden. Y por otra parte el mundo de los adultos no los acoge. No hay empleo para todos los jóvenes que quisieran entrar de ese modo a la sociedad adulta.

Los jóvenes ahora se agrupan al margen y en contra del control de los adultos. Siempre lo hicieron o creyeron que lo hicieron y se apandillaban con cierto nivel de travesura y de escape. Pero ahora se reúnen de muy diversas maneras por sí mismos. No se escapan de los adultos. Simplemente no les interesan.

La pastoral juvenil será el tema del cuaderno del próximo número. En ella repurcuten las situaciones y problemas que hemos enunciado.

Pagos

Moneda Nacional

Hacer un depósito para abonar nuestra cuenta: Santander Serfin, N°: 65501043917 a nombre de Centro de Reflexión Teológica A.C. (le pedimos que nos envíe copia del depósito junto con una copia del cupón de renovación por fax).

Mandar giro postal o bancario a nombre del Centro de Reflexión Teológica A.C., Apdo. Postal 21-272 Coyoacán 04021 México, D.F.

Dólares

Enviar cheque o giro bancario avalado por un banco estadounidense a nombre de Centro de Reflexión Teológica, A.C.

Importante

Envíe una copia del cupón de renovación con el comprobante del pago para que sepamos de quien es la suscripción a renovar.

¿Cuál es la prisa?	C. Rodríguez	33.60
¿Valió la pena?	J. Marins y equipo	31.20
Analizar la realidad en América Latina	R. Mora	88.80
17 días de la Iglesia Latinoamericana	Frei Betto	10.80
Apocalipsis	M. Morales	80.00
Catecismo en comunidad	B. Ameche	9.04
Comentarios al Evangelio de Marcos	J. Mateos	36.80
Con Dios y con los pobres	J. Jiménez	26.40
Chiapas. Buena nueva a pesar de todo	CRT	6.40
De la tragedia a la esperanza	Auerbach/Rodríguez	66.40
Dinámicas	J. Marins	216.00
Dios es bueno	J. L. Caravias	45.76
Dios y los obreros	C. Rodríguez	24.80
El agro mexicano ¿siempre lo mismo?	J.F. Cortes	60.80
El camino de la historia	J. Saravia	56.00
El camino de las comunidades	J. Saravia	48.00
El Dios de Jesús	J. L. Caravias	60.80
El Dios de Jesús, destructor de todos los ídolos	J. Peña	24.80
El Episcopado L.A. Y la liberación	E. Dussel	50.40
El Nuevo Testamento	J. Saravia	60.00
El Padre Pro, mártir	F. Azuela	18.00
El rostro indio de Dios	Varios	88.00
En busca de la fraternidad	J.A. González	32.00
El sermón del monte (#4)	J. Mateos	48.00
Engrandecer el corazón de la comunidad	F.J. Ali Modad	66.40
Espiritualidad de la liberación	Vigli/Casaldáliga	43.20
Esto es un grito	C. Rodríguez	36.80
Galilea año 30	C. Bravo	64.00
Guía para el catequista	B. Ameche	25.60
Hablar de Dios diversas voces	Varios	33.60
Hacia la civilización del amor	A. González	36.80
Historia de un gran amor	R. Falla	44.00
Humanidad en lo no humano	L. García Orso	43.20
Indicadores de la modernidad	R. Mora	72.00
Itinerario espiritual en la opción por los pobres	J. Mendoza	36.80
Jesucristo liberador	J. Sobrino	112.00
Jesús. Manual para leer el Ev. de Mc	A. Méndez	30.40
Jesús Hombre en Conflicto	C. Bravo	112.00
Jesús interpreta las escrituras	J. Saravia	55.20
La aventura de un cristiano	I. Tellechea	33.60
La buena noticia desde la mujer	A. Méndez	39.20
La espiritualidad de la Nueva Ev.	C. Maccise	43.20
La formación de la Nueva Ev.	CLAR	60.80
La voz de los desplazados (disco compacto)	Coro de Acteal	112.00
Lectura orante de la Biblia	CRB	30.40
Lectura profética de la historia	CRB	77.60
Liturgia del pueblo creyente	F. Azuela	16.00
Los comienzos del camino	J. Saravia	36.80
Los pobres y los neoliberales	Coedición	24.80
Malabareando	D. Fernández	72.00
María en el evangelio liberador	S. Mier	42.40
México; Estados y Sindicatos	Max Ortega	24.00
Nepantla	J. Garibay	160.00
Para vivir el mensaje de Guadalupe	A. Méndez	18.40
Pequeño vocabulario de la Biblia	W. Guen	42.40
Pers. Lat. de San Juan de la Cruz	C. Maccise	32.00
Que fluya la justicia	Alejandro Rosillo	64.00
Recetas catequéticas	B. Ameche	44.00
Sabiduría y poesía del pueblo de Dios (#12)	CRB	73.60
San Andrés	CRT	40.00
San Marcos	M. Morales	60.00
San pueblo		9.60
Seguir a Jesús: Los evangelios (#13)	CRB	80.00
Taller de Vida y Espiritualidad	Ernesto Martínez	144.00
Todos catequistas como Jesús		19.20
Tu Palabra me da vida (# 6)	J. L. Caravias	48.00

Estos precios ya incluyen
el 20% de descuento
en pedidos y en nuestra librería

DEL PROFETA ISAIAS

¡Clama a voz en cuello, no te detengas, alza tu voz como una trompeta! ¡Anuncia a mi pueblo su rebelión y a la casa de Jacob su pecado! Ellos me buscan cada día y quieren saber mis caminos, como gente que hubiera hecho justicia y que no hubiera dejado el derecho de su Dios. Me piden justos juicios y quieren acercarse a Dios. Dicen: «¿Por qué ayunamos y no hiciste caso, humillamos nuestras almas y no te diste por entendido?». Porque en el día de su ayuno ustedes buscan su propio interés y oprimen a todos sus trabajadores. Porque ayunan para contiendas y debates, y para herir con el puño inicuaamente; no ayunen como lo hacen hoy, para que su voz sea oída en lo alto.

¿Es este el ayuno que yo escogí: que de día aflija el hombre su alma, que incline su cabeza como un junco y haga cama de telas ásperas y de ceniza? ¿Llamarán a esto ayuno y día agradable a Yavé? El ayuno que yo escogí, ¿no es más bien desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión, dejar ir libres a los quebrantados y romper todo yugo? ¿No es que compartas tu pan con el hambriento, que a los pobres errantes albergues en casa, que cuando veas al desnudo lo cubras y que no te escondas de tu hermano? (Isaías 58, 1-7)



El día 15 de diciembre de 2003 el Señor **MANUEL CUBAS MAZA** nos dejó llamado por Dios nuestro Padre.

Acompañamos en esta pena y esperanza a su hija **MAGDALENA CUBAS CARLÍN**, quien por tantos años ha colaborado generosamente en el Centro de Reflexión Teológica y en la revista **CHRISTUS**.

Don Manuel, abogado y hombre cabal, supo propiciar el amor y el cariño en su familia, y apoyar las causas que consideró más humanas y por lo mismo, en el corazón de Dios.

Doña Magdalena, su esposa, le sobrevive. El amor mutuo entre ellos fue la base de los lazos familiares y de la apertura de todos a familiares, amistades y más allá a donde han visto que pueden ayudar a que este mundo sea mejor. Quienes colaboramos en el crt y la asociación civil no sólo acompañamos en su pena y esperanza a su esposa y familia. También sabemos de la pérdida del amigo en este mundo.